



Federico Álvarez

LA INFORMACIÓN CONTEMPORÁNEA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



200
BATALLA DE
CARABOBO

Federico Álvarez Periodista, ensayista y docente universitario nacido en Carora, Lara, en 1932. Desde joven fue militante comunista y dirigente estudiantil. Fue director de la Escuela de Comunicación Social y del Instituto de Investigaciones de la Comunicación de la UCV. Recibió el Premio Nacional de Periodismo y la Orden Andrés Bello. Publicó *El periodismo de Andrés Bello* (1962); *La información contemporánea* (1978); *La sociedad sin papel también lee* (1988) y *Treinta años de periodismo en democracia* (1990).

● *Escultura Monumental* ubicada en la Avenida Bolívar de Caracas, hacia 1953.
Foto: Archivo MDV.



La información contemporánea

FEDERICO ÁLVAREZ

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

La información contemporánea

FEDERICO ÁLVAREZ

Prólogos de Earle Herrera y Orlando Araujo



Índice

- 15 **Magisterio vivo de Federico Álvarez**
(Prólogo a la segunda edición), Earle Herrera
- 21 **Prólogo a la primera edición, Orlando Araujo**
- 29 **Presentación**
- 35 **Introducción**
- 36 Ideología y propaganda
- 38 El Camino «Time»
- 40 El nivel universitario
- 44 Otras tendencias
- 47 **La objetividad**
- 50 Origen y alcance
- 55 Todo en contra
- 60 Experiencia profesional
- 65 **El periodismo objetivo**
- 67 Mitología del hecho
- 72 Naturaleza de la noticia
- 75 La tecnificación
- 78 Y ahora los vicios
- 85 **La edad del optimismo**
- 88 El mundo burgués

- 91 Los mundos marginales
- 93 Ración de noticias
- 95 **La quiebra de un mundo**
- 98 La guerra ideológica
- 101 Nuevos golpes
- 107 **La interpretación**
- 109 Controversia en Londres
- 115 Ecos finales
- 119 **Fundamentos de la interpretación**
- 121 Los hechos
- 127 Algo más
- 131 **Problemas de la interpretación**
- 131 *¿Qué interpretar?*
- 132 *¿Quién debe interpretar?*
- 134 Los medios y la pista
- 137 *¿Cuándo interpretar?*
- 139 El gran problema
- 141 *¿Cómo Comenzar?*
- 143 *¿Cuál es esa estructura?*
- 144 *¿Y el cuerpo?*
- 149 **Por qué y para qué interpretar**
- 151 Los misterios económicos
- 155 La política
- 160 La ciencia nos rodea
- 161 Universalización de la noticia
- 165 El impacto audiovisual

167 Un periodismo diferente

169 El derecho a pensar

172 Rostro propio

177 La información dirigida178 *¿Qué había pasado? ¿Cuál era el crimen de Sylvester?*

179 Vieja maña

183 Las técnicas

188 Las fuentes

195 Criterios profesionales

201 Apéndice «A»**205 Apéndice «B»****213 Apéndice «C»****219 Apéndice «D»****225 Apéndice «E»****229 Bibliografía general**

230 Fuentes hemerográficas

Magisterio vivo de Federico Álvarez

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Abundante agua teórica —y por ello, nada bendita— ha corrido bajo los puentes del periodismo desde que, en 1978, apareciera la primera edición de *La información contemporánea*, de Federico Álvarez. Dos décadas son más que suficientes para hacer obsoletas muchas teorías y propuestas, sobre todo en un universo tan cambiante como el de la comunicación. La obsolescencia, sin embargo, anda más veloz en el campo de la tecnología que en el de las doctrinas, concepciones y formas periodísticas. Las viejas infraestructuras se desechan sólo para hacer más rápidas y fuertes las viejas ideas y procedimientos. Las críticas y señalamientos que Federico Álvarez hacía al periodismo de finales del siglo pasado, hoy tienen una vigencia que abruma. Los medios, incluso los de pueblos apartados, han computarizado sus salas y espacios y los exhiben con un orgullo tecnológico no pocas veces ingenuo. Empero las innovaciones, en la mayoría de los casos, no alcanzan a los contenidos. La sociedad de hoy es deslumbrada por el envoltorio y la rapidez con que éste le llega, hasta que abre el paquete. Pocos son los que se percatan del contrabando. Ya se ha dicho: el medio es el mensaje.

Las vertiginosas renovaciones del medio, excepto en la velocidad y la forma, no afectan el fondo del mensaje. Al confundirse éste con aquél, sin embargo, el contenido se reviste de una apariencia novedosa. Esto hace más difícil detectar los dogmas, las técnicas y perversiones que ya se señalaban y criticaban en *La información contemporánea*. Pero siguen allí, como momias egipcias encapsuladas en naves espaciales del siglo

XXI. En coyunturas políticas excepcionales, todo el ropaje postmoderno salta en pedazos y aflora sin necesidad de mayor indagación académica y teórica. El proceso histórico que se vive en Venezuela desde 1998 ha sido pródigo en ejemplos al respecto.

Cuando en la Asamblea Nacional Constituyente de 1999 se discutían los artículos constitucionales sobre materia de libertad de expresión, información veraz y derecho de réplica, con emoción y orgullo de viejo ex alumno de Federico Álvarez, pude ver y oír cómo varios asambleístas citaban el libro del maestro para respaldar sus exposiciones. También recurrí, en mi turno, no sólo a las páginas del texto, sino al recuerdo de sus clases y su magisterio, vivo y vigente. La realidad mediática venezolana, sobre todo en lo que se refiere a la mitificada objetividad y a la información dirigida, parecían decirle: «Usted tiene razón, profesor».

Luego de escribir su libro, Federico Álvarez habría preferido que la realidad no le siguiera dando la razón. Justamente, además de los motivos académicos, profesionales y pedagógicos, se escribe en función de transformar la realidad y de que las cosas cambien. *La información contemporánea*, por estas razones, es un libro difícil de clasificar. Ya lo apuntaba Orlando Araujo en el prólogo a la primera edición. El estilo de su escritura es periodístico, ameno y literario; lejano de las formas manualescas. Sin embargo, no tardó en convertirse en obligado libro de texto, para algunos, casi en un manual de periodismo interpretativo. Al mismo tiempo, el propósito pedagógico no impedía el tono y hasta la intención del debate y la polémica. Araujo lo denominó entonces ensayo; género abierto que tiende un puente entre la poesía y la filosofía, en la concepción de don Mariano Picón Salas, entre el arte y la ciencia, entre la reflexión libre y la exposición sistemática.

Qué bueno y qué suerte cuando nuestros libros nos sobreviven. Ello nos hace vivos y vigentes más allá de toda ausencia. La situación política venezolana a partir de 1998 ha producido una confrontación en la

que los medios de comunicación social decidieron asumir el papel de los partidos de oposición. En política siempre han estado metidos y, durante la época bipartidista, algunas veces con desavenencias y desencuentros con el gobierno, pero por lo general, en estrecha relación de intereses con el mismo. Los medios, al erigirse partidos opositores o al ocupar el lugar de estos, han hecho de la información, la opinión, la propaganda y la información dirigida una y la misma cosa. Los acontecimientos se construyen mediáticamente, para decirlo con Eliseo Verón. Los clásicos atributos y factores de la noticia no están en los hechos y sus circunstancias, sino en la política editorial signada por un opositorismo exacerbado. Los grandes perdedores de esta confrontación han sido el periodismo y su credibilidad.

Si le buscamos a esta situación algún aspecto positivo, lo encontramos en el debate que sobre el papel de los medios, antes, durante y después del golpe de Estado del 11 de abril de 2002, se ha extendido por todo el país y más allá de nuestras fronteras. Nunca como ahora se ha discutido tanto acerca de una materia reducida antes a los espacios profesionales, gremiales y académicos. El ciudadano común se ha descubierto objeto y sujeto de la comunicación. Critica, selecciona y cuestiona lo que recibe de los medios. El mito de la objetividad que ayer Federico Álvarez denunció y la academia criticó, hoy es puesto en duda por la calle. El fetichismo mediático se resquebrajó. Ya no es tan cierto ni algo tan pasivamente aceptado casi con carácter de axioma, aquello de que «si la prensa lo dice, es porque es verdad»

En este amplio debate, *La información contemporánea* es referencia permanente. Allí está el único estudio sistemático realizado en el país sobre información dirigida, con sus técnicas, fuentes y mecanismos. Y la pregunta de estudiantes y jóvenes profesionales: ¿qué hacer?, encuentra respuesta en todas las páginas que dedica el profesor Álvarez al periodismo interpretativo. Fundador de la cátedra del mismo nombre en la

Escuela de Comunicación Social de la UCV, su vieja Escuela de Periodismo, esta concepción periodística cobra más urgencia en un mundo en el que lo socialmente significativo se banaliza, mientras lo superficial y frívolo se magnifica con un envoltorio de trascendencia.

La información contemporánea generó polémicas en los días de su aparición. En tiempos de arduos debates ideológicos, escuché a un viejo periodista y profesor de Derecho decir que el periodismo interpretativo era un invento de los comunistas. Desde la Cuba de Fidel un catedrático escribió que se trataba de una treta imperialista. Con serena sonrisa el profesor Álvarez recibía estos dardos de lado y lado. Su libro era el producto de años de reflexión, de su largo ejercicio en la docencia y de la relación y discusión académica y profesional con sus alumnos en el salón de clase y con sus colegas en los foros y conferencias que el gremio organizaba. Eran tiempos de apasionados y fecundos debates.

De allí la originalidad —y yo diría, el atractivo— de un libro en el que se enseña y dicta cátedra y, al mismo tiempo, no se elude la polémica. El docente está en cada página, pero también el combativo periodista y columnista reconocido por amigos y adversarios políticos como una de las más profundas e incisivas plumas del siglo xx. Cuando Federico Álvarez escribió *La Información Contemporánea*, todavía el llamado «escepticismo postmoderno» no le servía de excusa y cobijo a algunos espíritus para barnizar sus posiciones con una pretendida neutralidad, ni tampoco se había decretado, así como así, el «fin de la historia y de las ideologías». Le tocó escribir en tiempos de confrontaciones y no evadió el compromiso con su tiempo. El tono «crítico y hasta peleador» de su libro lo advirtió desde las primeras líneas.

Por el año 1976, el profesor Federico Álvarez me citó una mañana a su oficina. Había asumido él la Dirección de la Escuela de Comunicación Social de la UCV y los compromisos que le cayeron encima le impedían dictar los cursos de Periodismo Interpretativo, de Opinión y

el seminario de Información Económica que se autoprogramó. Me dijo tranquilamente: «He pensado, don Earle, que usted puede ayudarme y dictar este semestre Periodismo Interpretativo». ¿Ayudarlo yo a usted? Me pareció un chiste en quien la apariencia nada tenía que ver con un fino y cultivado sentido del humor. Su serenidad contrastaba con el pánico que me embargó. Con todo, atiné a decir: «Bueno, sí».

Cumplí veintiséis años al frente de la cátedra que mi profesor Federico Álvarez me asignó, de la que me entregó el relevo un día para mí indeleble. La misma emoción de aquella mañana de 1976 en su oficina, la volví a experimentar cuando Olga Dragnic, su compañera de por vida, me llamó para pedirme escribir el prólogo de esta nueva edición de *La información contemporánea*. Es un tremendo compromiso y un alto honor pergeñar estas líneas sobre una obra cuyas páginas, en el medio periodístico venezolano y en las aulas de las Escuelas de Comunicación Social del país y Latinoamérica, siguen abiertas.

Agradezco a Olga Dragnic la oportunidad que me da de volver a escribir y pronunciar una palabra; esa sola palabra que resume mis sentimientos hacia la figura y memoria de Federico Álvarez: Maestro.

Earle Herrera

Prólogo a la primera edición

La reunión era en algún piso de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, una transparente mañana de febrero de 1963. Allí estaba un grupo de camaradas universitarios esperándome. Eran cinco y yo sólo conocía a dos. Contrastaba mi atuendo gerencial de «joven ejecutivo» con la sencillez y el descuido de mis interlocutores. Sentí el miedo, la timidez o la reserva que siempre siento ante gente más segura de sí misma que yo. Comencé a hablar, que era como contar mi vida por absoluta necesidad de confesión y de catarsis: yo era el niño mimado de la burguesía, asesor de Fedecámaras, asesor de empresas millonarias y, antes, un tecnócrata de la dictadura; estaba asqueado de todo eso, de mí, de una torpe bohemia gerencial y me ahogaba. Recuerdo que cuando soltaba todo esto como quien echa una pesada carga al suelo recorría los cinco rostros que me observaban y escuchaban en silencio; podía captar la ironía en alguna mirada, el compasivo desprecio en otra, la conmovedora emoción en otra más; pero había un rostro allí delante de mí, fija su mirada en mí, sin pestañar y sin entregarme ni el bien ni el mal de un sentimiento participativo. Dije que no estaba allí para exponer sólo el conflicto individual de una conciencia pequeño burguesa, sino que ese conflicto se extendía a mis traiciones de clase: yo venía de campesinos modestos y de una comunidad de gente pobre y estaba alquilando mi talento y conocimientos nada menos que a la Federación de Cámaras de Comercio y Producción, y era ya un casi proyecto de ministro. Estaba decidido a terminar con todo eso, cuando aún era tiempo, y a luchar allí donde fuera más efectiva mi pelea.

El hombre de los ojos clavados en mí sin pestañar, allí delante, seguía sin darme el más pequeño dato acerca de sus sentimientos. Era magro y pequeño de estatura, unos 27 años, y una cara piramidal aindiada e importante, de dos pisos: en el primer piso una boca de labios finos y apretados correspondía a un mentón de ángulo firme y a una nariz de quilla fina; el segundo piso estaba dominado por los ojos grandes, acorados, penetrantes y por un inmenso terraplén de frente ascendiendo hacia un vasto cráneo de calvicie prematura ¿Cómo se le va a olvidar a uno un rostro así? Y menos si en un trance de confesión y búsqueda apremiantes se te queda mirando y te penetra por detrás de la fachada hasta adentro, hasta el pozo donde escondes la verdad y la mentira, lo auténtico y lo falso. Cuando salimos, me acerqué y repetí mi nombre buscando el suyo:

— Orlando Araujo, dije

— Federico Álvarez, respondió.

En el cafetín más cercano, tomamos nuestro primer café. No presentíamos, entonces, que tiempo después lo tomaríamos en la cárcel.

Viejo luchador, este duro caroreño se midió contra la dictadura perzjimenista cuando apenas era un adolescente. Sus primeras experiencias periodísticas, en aquellos tiempos, le enseñaron una lección que se aprende a medias en las escuelas y plenamente en la calle: que el periódico de una empresa capitalista con fines de lucro y que el ejercicio periodístico, cuando el periodista interpreta con autenticidad los hechos, es un cotidiano riesgo económico y político. Federico tuvo que liar sus bártulos y salir de la cárcel en Venezuela hacia el exilio en Chile. En la Universidad de Santiago de Chile cursó y culminó sus estudios universitarios de periodismo. Cuando regresó a Venezuela traía algo que no se había llevado, una bella y leal compañera y un libro sobre Andrés Bello como periodista que, en rigor, es un libro sobre la obra y el magisterio latinoamericano de Bello, un escritor cuya poesía y cuya gramática

(para el uso de los americanos) comparten con el periodismo la necesidad y la voluntad de informar, de comunicar y de enseñar.

En la década de nuestro encuentro —y esto parece más bien un retrato mío a propósito de Federico— recibí las únicas lecciones de periodismo que he recibido en mi vida, de tres muy jóvenes maestros: Eleazar Díaz Rangel, Jesús Sanoja Hernández y Federico Álvarez. La Escuela fueron: *El Venezolano*, *La Extra*, *Qué pasa en Venezuela* y *Deslinde*. De Díaz Rangel debí haber aprendido, pero no aprendí, el rigor y la disciplina en un oficio que no admite desmayo; de Sanoja, el incansable pulso de la escritura diaria y la capacidad de decir en media cuartilla, y con el celaje de un brillante alfanje que cortara la sombra, lo que muchos talentos no alcanzan a decir en diez cuartillas (tampoco lo aprendí); de Federico Álvarez debí aprender, y no lo hice, a informarme a fondo del asunto antes de opinar sobre él, a investigar los antecedentes y las circunstancias de su propio presente, a proyectar sus medibles consecuencias, es decir a interpretar los hechos, y luego a escribir sobre ellos, controlando un brioso estilo y pensando siempre en el tiempo y el interés de los lectores. De los tres, en común, sí creo que aprendí una cosa: a no alardear del sacrificio y a aceptar con naturalidad, sin autocompasión, y como parte de un boleto de destino voluntariamente adquirido, el golpe del adversario o la circunstancial derrota. Buena escuela.

Por modestia, o quién sabe si por zamarra vanidad, Federico Álvarez no ha reunido en haz de libro una selección de sus trabajos periodísticos en diarios y revistas del país. En política internacional, que yo recuerde, hay material inestimable, y en crítica literaria están algunas cosas allí en *Kena* ¿Sorprendente, no? que pasaron inadvertidas entre tanta gacetilla mediocre que calza los coturnos de la gran prensa. Pero lo fundamental de esas escrituras está en aquellos periódicos de izquierda, en aquellas columnas de «Reto» que provocaron las amenazas de *La Verdad* (sic) y los recurrentes miedos de Marco Aurelio Rodríguez, hoy en paz.

Pero Federico no se ocupará de esa recopilación y selección. Su estilo vital es pasar inadvertido y crear sin aspavientos (estilo que jamás he podido imitar). Y es tan cierta esta característica de su personalidad, que este libro al cual le estoy endilgando por cuenta mía este retrato, es el fruto de unos veinte años de estudio y de meditación, de los cuales quince años corresponden a la enseñanza, en cátedra universitaria, de la materia que constituye el tema de la obra. Jamás he visto improvisar a este hombre; ni actos, ni escrituras, ni amistades improvisa. Y sin embargo, el estilo de sus letras fluye como las aguas color de jade que atraviesan conversando los llanos de Monai. No es repujado ese estilo, no tiene esa pobreza adverbial de quienes mucho «componen», sencillamente se desliza lector adentro, y enseña refrescando.

Qué voy a saber yo nada de ciencia y teoría de la Comunicación Social. He leído los originales de *La Información contemporánea* con el interés con que siempre me asomo a un mundo que me es desconocido o del cual sólo tengo esos retazos con que las ciencias sociales lo arman a uno para piratear al mundo. No voy a opinar sobre lo que no sé, porque el primero en no perdonarlo sería Federico. Puedo decir, y quiero hacerlo para los lectores que están en la misma situación, que al cerrar el libro, aquellos retazos que me confundían sobre la doctrina de la «objetividad» en la información, sobre la «interpretación» como teoría periodística y sobre el «periodismo dirigido», forman ahora un tejido conceptual coherente, plenos de sentido histórico, cargados de fuerza controversial para el debate y de estímulo para la investigación.

Leí como un alumno, pero también como un lector. Creo que la dificultad mayor que se le debió presentar al autor, a la hora de estructurar y escribir, debió ser la de cómo resolver y armonizar la libertad de merodeo indagador que exige el ensayo con la necesidad de ofrecer, al mismo tiempo, una síntesis de la experiencia docente y un texto de

formación universitaria. No sé cómo lo hizo, pero lo cierto es que encuentro en el libro el estilo abierto de las escrituras de Federico Álvarez, la factura literaria que ya me es familiar en el desenfado de sus artículos; la provocación polémica; la nobleza para tratar las divergencias; la erudición sin andamios, el saber sencillo y el coraje cuando se trata de dar la razón al adversario ideológico o de refutar el dogma del compañero de viaje. En este sentido, el libro es un ensayo libre, una obra para el mundo. Y con todo, el libro es además el texto de una Cátedra en donde el estudiante halla una orientación, una ejemplificación y un modo de hacer las cosas, hasta el punto que, en alguna parte, el vuelo del ensayo cede a la necesidad didáctica, pues de otro modo ¿cómo iba a ser el fruto del estudio y meditación individuales enriquecidos con la experiencia de quince años de enseñanza universitaria? Y es precisamente el estudio, la meditación y el debate en cátedra, sometiendo a prueba de juventud ideas y teorías, lo que ha permitido al autor no sólo ofrecer un panorama coherente de la información contemporánea y una sistematización de la superestructura teórica e ideológica en la cual se reflejan los sistemas económicos y los intereses de clase, sino contribuir con ideas y planteamientos propios a uno de los debates más determinantes de la sociedad actual y uno de los más críticos y decisivos para el mundo marginal dentro del cual la realidad socioeconómica clasifica a Venezuela: superada históricamente la «objetividad», desenmascarada como cobertura de un mundo liberal que la utilizó en provecho de sus intereses hegemónicos y que fue enterrado por las crisis y guerras mundiales de este siglo XX, surgen las interrogantes: ¿Cuál es el papel, el sentido, el alcance y los límites del periodismo de postguerra? Y desde la perspectiva actual ¿Cuál es el sentido del periodismo interpretativo? ¿Cuál es el papel de los medios audiovisuales dentro de esta dimensión a profundidad? ¿Cuál es el nuevo rol del periodista y cuál debe ser su formación? ¿Dónde está Venezuela a todas éstas y cuál es su situación y cuáles sus perspectivas dentro de la

información dirigida, habida cuenta de sus actuales contextos financieros y diplomáticos en el área tercermundista?

Planteadas tales interrogantes, el libro de Federico Álvarez no da respuestas definitivas porque no puede ser dogmática una obra que obedece a un objetivo de formación de la conciencia crítica en el ámbito universitario y más allá. El trabajo es precisamente una lección de ejercicio de aquella conciencia crítica, que no rehuye el enfrentamiento con los problemas más álgidos de la comunicación social, pero que no presenta ante los jóvenes y ante el mundo (todo libro es para el mundo) a la «verdad» agarrada por el cogote como un tembloroso conejo. Y ésta, en un medio donde abundan los cazadores de conejos, ya es una hazaña de la honradez.

Que me disculpe Federico el retrato, la pedantería y todo lo demás. Los serios lectores yo sé que no me lo perdonarán.

Orlando Araujo

«El hombre que nunca ve un periódico está mejor informado que el que los lee».

THOMAS JEFFERSON, *Carta a John Norvel*

«En relación con el primer punto —la obligación de publicar sucesos y de informar al público— parece que se trabaja aún con fórmulas anticuadas. Nuestros periódicos tienen la tendencia a concentrarse en las noticias de última hora, sean ellas locales, regionales, nacionales o internacionales. Este es un criterio restrictivo, toda vez que los grandes procesos mundiales, los que atañen a nuestra profesión, a nuestra educación, salud, intereses nacionales, la paz y la guerra no se prestan al mismo tratamiento que un incendio de un hotel en el centro de la ciudad. Sin ser menos cautivantes, sus elementos son más complejos.

«Hoy, la complejidad de los acontecimientos, la necesidad de interpretar y de presentar síntesis son tales, que los directores harían bien en establecer grupos de investigadores permanentes para estudiar el contenido de la información y su presentación, en particular en lo que concierne al mejoramiento del estilo.

«Aunque tardíamente, los periódicos han emprendido investigaciones técnicas: pero, salvo raras excepciones, se mantienen atrasados en cuanto a información y a la redacción. Las empresas periodísticas deberían hacer lo que hacen otras grandes instituciones; analizar su producción y adaptarse a las exigencias del mañana.

«Ello va en interés directo de los mismos periódicos; y es más, permitiría la identificación de la prensa con el interés general. La rutina diaria, objeto de veneración para nuestros directores, no es siempre un mecanismo sólido con el cual relacionar los procesos significativos de nuestro tiempo».

Shepard Stone: «¿Cumple la prensa su misión?».

Cahiers de L'IIP 14e année, No.9, pp. 4 y 5. Enero de 1966, Zurich, Suiza.

Presentación

El propósito de este trabajo es el de presentar los lineamientos fundamentales de las tres doctrinas informativas vigentes en el mundo de la Comunicación Social: la objetividad, la interpretación y la información dirigida. Debo confesar que he dedicado años al estudio y a la reflexión de esta materia, especialmente a partir de 1963, cuando inicié la enseñanza de esta disciplina en la Escuela de Periodismo (hoy Comunicación Social) de la Universidad Central de Venezuela.

Esta larga maduración había retardado, quizás excesivamente, la tarea de redacción que ahora he cumplido. Varias son las razones que me inhibían. Pero, seguramente, la básica estriba en la esperanza de hallar mayor claridad, de alcanzar un mayor dominio de los conceptos. La decisión de escribir no implica necesariamente que haya logrado esa meta, sino simplemente que ya no se justifican nuevas tardanzas.

Quien haya tratado estos temas en Venezuela, bien con intenciones de elaboración teórica o de mero aprendizaje, habrá comprobado la desoladora realidad que allí impera en materia bibliográfica. Podemos decir que, hasta donde llegan nuestros conocimientos, sólo existe un libro orgánico en este campo: *Interpretative Reporting*, la obra clásica de Curtis Mac Dougall, cuya primera edición apareció en 1938. A pesar de las continuas reediciones en inglés, este texto no ha sido traducido al español. En ese libro se contiene el planteamiento general de la interpretación y, sobre todo, un énfasis especial en la necesidad de introducir cambios en la manera de informar. Posee también algo que es

característico de los manuales norteamericanos: toda una casuística excesivamente localista, escasamente significativa para el lector extranjero.

La colección de los *Cahiers de l'IIP*, órgano mensual del Instituto Internacional de la Prensa¹, con sede en Zurich, recoge sistemáticamente trabajos relacionados con el análisis teórico y el estudio de casos concretos vinculados a las doctrinas de la información. También suele señalarse entre nosotros como manual-guía el libro *Un nuevo concepto del periodismo*, de Neale Copple, profesor de la Universidad de Northwestern. En el aula he manifestado mis discrepancias con los criterios de Copple, en el sentido de que limita la interpretación a la sola explicación de los hechos. Además, ilustra las explicaciones teóricas con ejemplos que por su estructura y elaboración resultan muy desorientadores acerca de las verdaderas características del periodismo interpretativo.

En 1974, apareció en Santiago de Chile *Periodismo interpretativo*, de Abraham Santibáñez, egresado de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile y redactor entonces de la revista *Ercilla*. Esta obra de Santibáñez está orientada sobre todo a resaltar la experiencia de la revista «Time», con exagerado espíritu magnificativo, y por mecanismo reflejo la de la publicación chilena en la cual trabajaba. Subraya, asimismo, una concepción que a mi juicio es profundamente limitativa de las posibilidades del periodismo interpretativo: considera que este tratamiento es privativo de las revistas semanales, criterio que discutimos en la Introducción de este trabajo. El libro de Santibáñez es, no obstante, el primero que aparece sobre esta disciplina en lengua castellana.

En Venezuela, el profesor de la Universidad del Zulia Ignacio de la Cruz ha publicado dos artículos sobre esta materia (revista «El

[1]_ El Instituto Internacional de la Prensa es un organismo creado y sostenido por los editores de los principales países del mundo no socialista. Su contribución al estudio del campo comunicacional es innegable, aunque sus posiciones doctrinarias y políticas se identifican con las corrientes más reaccionarias del pensamiento contemporáneo.

Periodista»), en los cuales hace hincapié en la disfuncionalidad de la información contemporánea. Hemos considerado prudente no hacer referencia a estos trabajos, por cuanto forman parte de un todo que hasta donde sabemos no está terminado y los criterios varían mucho con el tiempo.

En los últimos meses han circulado en el país algunos textos que, en una u otra forma, tocan el tema de la interpretación. *El medio media*, de Lorenzo Gomis, contiene una utilización del término interpretación mucho más vasta de la que nosotros le damos, pues a su juicio todo periodismo es interpretación. El mismo criterio está presente en *Periodismo para nuestro tiempo*, de Jorge Raúl Calvo, en el cual se trata el problema de la objetividad desde un punto de vista exclusivamente ético. En *Redacción periodística*, de José Luis Martínez Albertos, encontramos un concepto más desorientador todavía: señala como géneros de interpretación aquellos que son característicos del periodismo de opinión. La confusión deriva de una falta de deslindamiento entre los diversos métodos de tratar la materia. En cualquier trabajo de opinión hay una dosis de interpretación, pero de allí no deriva su sello distintivo, sino del planteamiento de juicios personales.

Los materiales periodísticos susceptibles de ser analizados, antes tan escasos en la prensa venezolana, existen hoy con abundancia en las secciones internacionales. Las principales agencias noticiosas aplican, cada vez con mayor frecuencia, el método interpretativo no sólo en los llamados «análisis» sino también en los despachos normales, como lo demuestran los cables de AP y UPI sobre las conversaciones entre Estados Unidos y Panamá acerca del canal. Se ofrece a los lectores también trabajos interpretativos tomados de los principales diarios del mundo occidental y algunos de la agencia soviética Novosti. Y el último año, han entrado a la competencia los servicios de Inter Press Service (IPS), cuyos despachos lindan frecuentemente con la simple emisión de opiniones.

La producción nacional es limitada, aunque se advierte la tendencia al cultivo de la interpretación. Citemos como ejemplos «Resumen» y los trabajos de Mayobre y Viso.

Hemos utilizado otras fuentes bibliográficas distintas del periodismo y aun de la comunicación social. Nada extraño hay en ello. Por su mismo carácter, el periodismo es una profesión eminentemente interdisciplinaria, su contacto con otras fuentes del conocimiento humano ha sido enriquecedora, tanto en la teoría como en la práctica. Mucho debe la entrevista a los hallazgos de la Psicología, así como la Encuesta como género informativo es tributario de la Sociología. Estas mismas ciencias están en la base de la Teoría de la Comunicación. No es necesario subrayar la influencia que sobre el periodismo de todos los tiempos han tenido la literatura y el arte. Si alguna materia gana, pues, con las relaciones interdisciplinarias es la comunicación social. Eso explica las referencias a Adam Schaff. Digamos, además, que la bibliografía directamente señalada no es la única a la que el autor de este trabajo debe algo. Lo que allí planteamos supone años de lecturas en diversas áreas.

Mención especial merecen las fuentes vivas. En primer lugar, mi profesor de Periodismo Interpretativo en la Universidad de Chile, Mario Planet, a quien debo las primeras noticias sobre esta materia. Las continuas discusiones con Olga Dragnic, mi esposa y compañera en la docencia, han servido siempre para precisar algún criterio que no estaba suficientemente claro. El contacto con mis alumnos durante 15 años ha sido una riquísima fuente de experiencia. Las dudas, las incompresiones, el difícil paso de la noticia «objetiva» a la interpretación sin caer en la opinión directa, las exigencias de la investigación, todo eso va impulsando la reflexión y obliga a reconsideraciones constantes.

Otra escuela igualmente aleccionadora han sido los cursos de extensión patrocinados por la Asociación Venezolana de Periodistas (hoy por el Colegio Nacional) en el interior del país. Es una relación distinta.

En la Universidad está uno ante el muchacho que carece de la teoría y de la práctica. En estos cursos se ofrece la oportunidad de cotejar los planteamientos teóricos a la luz de la experiencia que los profesionales de provincias, con niveles tan desiguales de formación, han vivido. La confrontación plantea nuevos problemas y crea la necesidad de nuevos esclarecimientos.

No hemos pretendido hacer un manual. Mantenemos en todo momento un tono crítico y hasta peleador. No creo en las exposiciones frías, impersonales. También en este terreno es indispensable sostener una posición, una óptica para plantear las cosas. No he querido asumir falsas actitudes de neutralidad en una materia que, como lo indico más adelante, está profundamente impregnada por las ideologías contemporáneas. Las palabras de Jefferson y de Shepard Stone con que abrimos este trabajo indican cuál será el espíritu del mismo.

Introducción

El más grave error de la Associated Press fue el de impedir a sus reporteros que enviaran artículos explicativos basados en tendencias políticas. Se limitó a autorizarlos para que relatasen aquellos acontecimientos que habían adquirido un carácter definitivo. No deseaba ningún tipo de interpretación de los sucesos, sino un reportaje que se redujese a los hechos evidentes...²

En estas palabras, pronunciadas por Maynard Brown durante su disertación doctoral en la Universidad de Wisconsin, está contenido el primer cuestionamiento teórico de la doctrina de la «objetividad» informativa. La queja de Brown asume la condición de reclamo colectivo contra las insuficiencias de una técnica periodística que no permitió al público formarse una idea cabal acerca de las causas y las consecuencias de la Primera Guerra.

Corrían los primeros años del decenio del treinta. El mundo occidental había sido estremecido por el conflicto bélico, por dos crisis económicas de dimensiones insospechadas (1919 y 1929), por la primera revolución socialista de la historia y por la implantación del fascismo en Italia. Acontecimientos explosivos, destinados a cambiar el rumbo de la humanidad, habían sido pobremente cubiertos por la prensa de la época. El lector se encontraba, al final, vacío y confuso. De allí su frustración ante una forma de periodismo que no había satisfecho sus

[2]_ Mac Douglas, Curtis: *Interpretative Reporting*, p. 15. 4a edición. Ed. Macmillan, Londres 1966.

necesidades de información, su acuciante deseo de comprender el mundo que lo rodeaba.

Curtis D. MacDougall, quien recoge el testimonio de Maynard Brown en la Introducción a su obra *Interpretative Reporting* (1938), señala que tales limitaciones no fueron exclusivas de la AP. En general, todas las agencias noticiosas, la prensa toda —los otros medios apenas comenzaban a desarrollarse— habían adolecido de los mismos defectos. Era un problema que sobrepasaba los recursos técnicos y las habilidades personales de los periodistas. Aquellas fallas estaban demostrando las insuficiencias de una manera de tratar los hechos noticiosos, las limitaciones de una política informativa que estaba vigente desde mediados del siglo XIX, cuando el periodismo industrial la impuso como modalidad exclusiva en todas las redacciones del mundo occidental.

No es extraño que la Primera Guerra Mundial haya sido el detonante que provocara el estallido de los vacíos y defectos de la «objetividad». Conjuntamente con el proceso bélico, que sirve de campo para la experimentación de todo tipo de armas, se desarrollan modalidades informativas que parten de supuestos radicalmente distintos a los que habían orientado al periodismo de entonces.

Ideología y propaganda

A raíz de la Revolución Bolchevique, Lenin pone en práctica sus concepciones acerca del papel que deben jugar los periódicos en una sociedad más justa³. La prensa debe ser, a su juicio, agitador y organizador social. Ni siquiera como posibilidad admite la función de juez imparcial que los teóricos de la «objetividad» le había asignado. Postula, en cambio, un periodismo comprometido, un periodismo que sea instrumento de servicio público, con orientación y propósitos confesos.

[3]_ Lenin, Vladimir I.: *Acerca de la Prensa*. Ed. Progreso, Moscú, S/F.

Por otra parte, la conflagración mundial sirve de escenario al nacimiento de las políticas gubernamentales de propaganda, en un intento por ganar las conciencias como paso previo para la victoria militar. Durante el gobierno del Primer Ministro Británico Asquith, un tipo extraño de nombre Charles Masterman, que se había distinguido por sus ideas reaccionarias, fue encargado de organizar todo un aparato de divulgación ideológica. En las oficinas de la Comisión de Seguros de Wellington House⁴, con la máxima discreción, Masterman comenzó a bombardear al mundo con folletos, afiches, «slogans» y mensajes diversos destinados a convencer a los gobiernos neutrales y a sus pueblos de la justeza de la causa inglesa en su guerra con los imperios centrales.

Masterman debe haber contado con recursos abundantes para la realización de su trabajo, por cuanto en uno de sus informes periódicos al Parlamento Lloyd George, quien había reemplazado a Asquith, admitió: «Nuestra propaganda cuesta al gobierno... no me atrevo a decir cuánto...» Bajo el gobierno de Lloyd George, la oficina de Wellington House se transforma en ministerio, con Lord Beaverbrook, uno de los magnates de la prensa inglesa, a la cabeza. Junto a él, como asesores con funciones muy precisas, estaban Rothermer y Lord Northcliffe, líderes empresariales del periodismo tan poderosos como el flamante ministro.

De más está decir que el ejemplo de Inglaterra fue rápidamente seguido por los otros países beligerantes, con lo cual gran parte de la información que, a partir de entonces, recibió el público sobre el conflicto estaba altamente contaminada de propaganda. Esta circunstancia explica la exigencia de Maynard Brown, en el sentido de indicar la importancia de los artículos explicativos «basados en tendencias políticas». En esa forma, el lector habría sido al menos advertido sobre la manipulación de que era objeto.

[4]_ Joll, James: «Europa, Soberana del Mundo» en *Historia Mundial del Siglo XX*. Tomo I. pp. 1-7. Ed. Vergara. Barcelona, España, 1972.

Resulta ocioso señalar que, bajo el régimen fascista, la prensa italiana abandona también el reino de la «objetividad» para sumirse en el mundo de la propaganda y de la información dirigida. Lo mismo ocurriría unos años más tarde con la prensa alemana, una vez que Hitler accede al poder. En poco más de diez años, ocurren fenómenos políticos y económicos que modifican sustancialmente los fundamentos del periodismo. Sin embargo, como lo observa Brown, en el terreno práctico pesaba mucho la rutina impuesta por la tradición decimonónica.

El Camino «Time»

La primera respuesta de naturaleza profesional a este conjunto de incitaciones se produce a partir de 1922. Henry L. Luce y Britton Hadden, alumnos de la Universidad de Yale, concibieron la idea de editar una revista en cuyas páginas se resumiese los sucesos de la semana, con el fin de ayudar al lector que no puede leer diariamente la prensa o que lo hace malamente, asediado por el tiempo y el trabajo. Esa publicación se llamaría «Facts». Pero, finalmente, salió al público el 13 de marzo de 1923 con el nombre de *Time*.

La nueva forma de hacer periodismo intentada por Luce y Hadden provocó de inmediato la reacción de los periodistas veteranos. Según recuerda la «historia oficial» de la revista⁵, citada por el periodista chileno Abraham Santibáñez en su libro *Periodismo interpretativo*, se dijo que en lugar del reporteo utilizaba únicamente «tijeras» y goma de pegar», acusación que no rechazaron totalmente los hombres de *Time*. «El pequeño equipo de la revista —confiesan— no podía aspirar a realizar mucho reporteo original, pero se esforzó en cambio por tamizar y organizar las noticias y agregarles antecedentes y perspectivas».

[5]_ Citado por Abraham Santibáñez M., *El Periodismo interpretativo* p. 13. Ed. Andrés Bello, Santiago-Chile, 1974.

Allí están contenidos elementos clave del periodismo interpretativo: organizar, tamizar, antecedentes, perspectivas. Más adelante, cuando estudiemos esta manera de tratar los hechos noticiosos, haremos hincapié en cada uno de ellos y en otros que no están —no podían estar— en el esbozo de *Time*. Desde luego que la referencia que aquí hacemos a la famosa revista de Henry Luce tiene un valor rigurosamente histórico. Esto no compromete en modo alguno el juicio que, desde el punto de vista profesional y político, podamos tener acerca del periodismo que allí se hace y que, en buenas cuentas, se ha impuesto en todo el mundo occidental.

El estremecimiento producido por la crisis económica 1929-1933 y —¿por qué no?— el éxito alcanzado por *Time* en pocos años de circulación impulsó nuevas publicaciones que buscaron una forma distinta de trabajar la noticia. Así surgieron *Newsweek* y *U.S. New & World Report*, vinculadas a consorcios periodísticos poderosos y con orientaciones ideológicas y políticas que difieren en matices de importancia para el público norteamericano.

La circunstancia de que fueran revistas informativas las que, en sus inicios, ensayaron el periodismo interpretativo, indujo a pensar que sólo las revistas están en condiciones de hacer este tipo de periodismo. En efecto, aún en nuestros días se sostiene este criterio y se trata, tácitamente, de establecer una división del trabajo informativo: periodismo «objetivo» para los diarios y demás medios que viven la inmediatez de los acontecimientos; periodismo interpretativo para las revistas informativas semanales que disponen —según el enunciado de *Time*— de más tiempo para «organizar y tamizar» las informaciones. Así lo sustenta Santibáñez en el libro ya citado, el único que sobre la materia ha escrito hasta ahora un latinoamericano.

Sin embargo, el intento de reducir el tratamiento interpretativo a las revistas informativas semanales exclusivamente representa una

limitación caprichosa, fácilmente negada por la experiencia práctica. Evidentemente, *Time* descubrió una fórmula válida para las revistas informativas, pero, como lo veremos más adelante, no agota todas las posibilidades de la interpretación. Esta discusión se plantea también, cuando se trata de medir la utilidad de la interpretación en otros medios de comunicación social, especialmente en los audiovisuales, y se pretende que el periodismo interpretativo es privativo del medio impreso.

La respuesta empírica a estas interrogantes la da, en la misma época que estamos refiriendo, el *Wall Street Journal*. La angustia creada por la crisis económica, el anonadamiento dejado por el «crash» de la Bolsa de Nueva York, demandaba una explicación que los diarios tradicionales no habían ofrecido. Todo el supuesto poderío del capitalismo, los pilares mismos del sistema, se habían desmoronado de la noche a la mañana, cuando todo el mundo, incluso el Presidente de la República, aseguraba que tenía una firmeza incommovible. Esta necesidad de comprensión, este anhelo de saber qué había pasado, constituye la motivación del *Wall Street Journal*, primer diario que introduce el tratamiento interpretativo en las informaciones económicas. Cuestión aparte es la orientación que este diario dé a sus análisis. Lo importante es que demuestra en la práctica que la interpretación es un problema de enfoque y no de simple perspectiva en el tiempo para la comprensión de los acontecimientos. La interpretación es también válida en una dimensión de inmediatez informativa.

El nivel universitario

En el terreno práctico se había registrado, hacia los años treinta de este siglo, un cambio sustancial en la manera de hacer periodismo. Pero la mentalidad de los profesionales de la prensa —según registra Mac Dougall— había cambiado poco. Tales experiencias eran consideradas como aberraciones, fenómenos extraños perfectamente ubicables en aquel

torbellino de sucesos estrambóticos, a la par que el surrealismo, el brote de los *Gang* y la extravagancia de la moda. La hora de la reflexión llegó un poco más tarde, cuando los periodistas dedicados a la enseñanza en diversas universidades de los Estados Unidos expusieron las formulaciones teóricas necesarias para dar cuerpo de doctrina a la interpretación.

Todos los tratadistas coinciden admitir que fue Maynard Brown, en su disertación doctoral para recibirse de abogado, el primero en plantear el problema a nivel universitario. Señala asimismo MacDougall que, al comienzo de los años treinta, Willard Mott exponía en la Universidad de Iowa la necesidad de ofrecer al lector una explicación más comprensible de los fenómenos locales e internacionales. Entre tanto, en las universidades de Wisconsin y Minnesota se adelantaban estudios acerca de las insuficiencias de la información «objetiva». Este primer ciclo culmina con la publicación de *Interpretative Reporting*, el manual clásico de Curtis D. Mac Dougall, en 1938.

La consistencia de los cambios registrados en la concepción del periodismo se puso a prueba durante la Segunda Guerra Mundial. Todos los historiadores del periodismo señalan que este conflicto tuvo una cobertura más completa, más inteligente, de mayor coherencia, con grandes beneficios para el lector. Una legión de periodistas preparados en el marco de la interpretación demostró entonces las bondades de este tratamiento informativo: Walter Duranty, John Gunther, Vicent Sheen, Edgard Ansel Mowrer, Quentin Reynolds..., según recuerda MacDougall en la Introducción de su libro.

La guerra fría, con las prácticas de guerra psicológica y de combate ideológico a nivel mundial, creó las condiciones para quebrar la resistencia que aún encontraba el tratamiento interpretativo en los principales diarios del mundo. Es un hecho admitido que la información en la época que vivimos no es ni puede ser neutral, si es que alguna vez lo fue, sino que forma parte de los aparatos ideológicos de las fuerzas

políticas beligerantes a escala universal. Tanto el enfrentamiento de los años cincuenta como la terrible confusión reinante en los años posteriores, cuando todo ha sido cuestionado, determinan que la pretensión de hacer un periodismo «objetivo» sea apenas una confesión de anacronismo o bien una falacia deliberada de las empresas periodísticas.

En el decenio del cincuenta se llevó a cabo una prolongada discusión en Londres, promovida por el Instituto Internacional de la Prensa, organismo con sede en Zurich. El debate reunió a los principales representantes de las agencias noticiosas y de los diarios occidentales más importantes. Allí se continuó el esfuerzo teórico iniciado en las universidades, con la ventaja de que hubo la posibilidad de confrontar el fruto de las reflexiones con la enseñanza de la experiencia práctica. Las dos tendencias en pugna se enfrentaron con argumentos que reseñaremos más adelante y, como conclusión, se estableció que la resistencia a la interpretación, más que demostración de la validez del tratamiento «objetivo», constituye una posición política suficientemente reveladora ella misma de la inexistencia de una objetividad real en el trabajo informativo. Vale la pena adelantar que fue Lester Markel, redactor-jefe de la edición dominical del *New York Times*, para la fecha, el más tenaz defensor de la interpretación y el más agudo crítico de la objetividad desde el punto de vista de la experiencia profesional.

Con todo esto queremos decir que la batalla interpretación-objetividad ha cesado prácticamente, a estas alturas, en todo el mundo occidental. Rechazan la interpretación algunos periodistas socialistas, así como analistas de esta misma tendencia ideológica, desde dos puntos de vista. Algunos periodistas soviéticos con los que hemos tenido ocasión de conversar sostienen que sólo existe periodismo de opinión y que todo lo demás son artimañas o subterfugios para engatusar al lector. Verdad de Perogrullo que nadie discute hoy seriamente, ni a nivel profesional, ni a nivel universitario. Ciertamente, todo tratamiento periodístico que se

le dé a un acontecimiento involucra cierta dosis de opinión encubierta, pero esto no invalida la existencia de diversos tratamientos, de diversas maneras de presentar el mensaje con el objeto de obtener una mejor receptividad por parte del público.

Klaus Vieweg y Willi Walther, dos analistas de la República Democrática Alemana, argumentan en «Cambios en la estructura de la información en la prensa imperialista», trabajo publicado en el número 77 de la revista cubana *Casa de las Américas*, que la interpretación es un intento de los grandes consorcios periodísticos de los Estados Unidos para acentuar el carácter individual de la información en detrimento de la función social del periodismo.

Tendremos oportunidad de insistir en un aspecto básico de la interpretación: este tratamiento informativo no es en sí ni de derecha ni de izquierda, ni marxista ni liberal. Es simplemente una herramienta de trabajo en manos del periodista, un método para investigar la realidad, para organizarla de acuerdo con su bagaje cultural e ideológico. Puede ser igualmente aplicada por un reaccionario o por un revolucionario, porque la sustancia de la interpretación es la de sobreponer al ser humano, al hombre pensante por encima de las fórmulas mecánicas, tal como se estilaba con la «objetividad».

Es evidente que todos los nombres que aquí hemos señalado como pioneros de la interpretación están vinculados de una u otra manera a un sistema ideológico reaccionario, pero omitirlos sería incurrir en una deformación histórica y, en consecuencia, falsear la verdad. Hoy día son muchos los profesionales directamente comprometidos con los cambios revolucionarios que ejercen el periodismo interpretativo. Han aprendido a utilizar un instrumento profesional, así como los campesinos de los países socialistas aprendieron a usar los tractores, las segadoras y los demás inventos tecnológicos creados bajo la égida del capitalismo.

Otras tendencias

No sólo la interpretación disputa en estos momentos el campo de la información a la «objetividad». Se han hecho ensayos de periodismo personal o personalista, si se quiere, y está vigente en el mundo entero la doctrina de la información dirigida, que tiende a sustituir a la propaganda directa como mecanismo de lucha ideológica.

Ciertamente, hace unos dos años la revista Harper's entregó un número completo al excéntrico escritor Norman Mailer para que expusiese allí sus puntos de vista, sus enfoques personales sobre acontecimientos nacionales e internacionales, sus juicios acerca de los políticos, los deportistas, las estrellas de cine o la opinión que le mereciesen libros, obras de teatro y demás espectáculos. En resumen, un número monográfico desde el punto de vista del autor. Mailer cumplió con el objetivo de la revista y dejó la primera experiencia contemporánea de periodismo personal —en el pasado podemos encontrar innumerables ejemplos. Y si bien es cierto que en los trabajos de Mailer hay interpretación, como tiene que haberla en todas las obras intelectuales del hombre, no debemos confundir los métodos, ni el tratamiento interpretativo con esa manera arbitrariamente personal de reflejar la realidad.

La información dirigida, cuya importancia se acrecienta con el propósito de los gobiernos del Tercer Mundo de desarrollar políticas comunicacionales, recibirá en este trabajo una explicación más o menos detallada, tanto en sus fundamentos teóricos como en las técnicas que ha creado. Ella sola demandaría un estudio completo, que está más allá de nuestros propósitos. Nos limitamos a proporcionar un panorama de las diversas doctrinas de la información, aunque hagamos especial hincapié en la interpretación.

Todo lo dicho hasta aquí es válido para los medios de comunicación social más notables del mundo occidental. En América Latina la travesía de la interpretación ha sido más azarosa. Desde hace más de veinte años

es disciplina obligatoria en las escuelas universitarias de periodismo. Ciespal, organismo parcialmente sostenido por la Organización de Estados Americanos, lo incluye en los planes de estudio que recomienda a nivel latinoamericano. Algunos diarios y revistas, especialmente en los países del sur del continente, lo practican con cierta asiduidad. Son numerosos los profesionales que, repitiendo el caso del «Burgués Gentilhombre» de Moliere, lo cultivan sin saberlo. Sin embargo, lo predominante, sobre todo en Venezuela, es la desconfianza y el rechazo.

Algunos acontecimientos, tales como la aguda controversia ideológica y política que precedió el derrocamiento de Allende en Chile o el conflicto permanente con Cuba socialista, han precipitado la crisis de la «objetividad» en aquellos órganos que fueron adalides hispanoamericanos de esa doctrina —caso de *El Mercurio*—, los cuales se lanzaron abiertamente al periodismo tendencioso en defensa de sus intereses de clase. Pero, una vez que cesa el peligro, se tiende a proclamar nuevamente el respeto a los viejos ídolos de la profesión.

El caso venezolano no difiere mucho de lo prevaleciente en América Latina. En muchos sentidos, la situación aquí es peor que en otras partes. Los empresarios mantienen una posición cerrada frente a la posibilidad de que los periodistas venezolanos hagan interpretación, aunque pagan y publican trabajos interpretativos suministrados por periódicos norteamericanos y europeos, muchas veces con grave peligro de intoxicación ideológica para el público nacional, como quedó en evidencia con las informaciones sobre la llamada crisis energética*. En las redacciones

[*]_ Se refiere a la crisis que estalló cuando, en octubre de 1973, los países árabes de la OPEP anunciaron que dejarían de exportar petróleo a los países que apoyaron a Israel en la Guerra de los Seis Días, ocurrida en 1967, y que enfrentó a esa nación con Egipto y Siria. La medida afectó especialmente a Estados Unidos, Reino Unido, Francia y Holanda y produjo un alza drástica en los precios del crudo, lo que desató una crisis de abastecimiento con serias implicaciones económicas, financieras y políticas. (N del E).

predomina la rutina objetiva y en el gremio no existe mayor conciencia acerca del problema. Esto, a pesar de que la enseñanza de esta disciplina en las universidades nacionales comenzó hace más de 15 años. Los pocos ejemplos de esfuerzo nacional en este terreno serán señalados en capítulos posteriores de este trabajo.

Este anacronismo no es extraño en Venezuela. Cuando la mayoría de los diarios latinoamericanos, incluso aquellos de países más atrasados que el nuestro, introdujeron el periodismo «objetivo» a comienzos de siglo, nosotros tuvimos que esperar hasta 1936. En plena era de la información audiovisual, el primer diario del país abrió su primera página con este titular: «Ha muerto Tse Tung», veinticuatro horas después que el público conocía la noticia gracias a la radio y la televisión. No debe asombrarnos entonces que, a cincuenta años de cultivo de la interpretación, se considere aquí la *objetividad* con un respeto casi religioso.

La objetividad

La palabra objetividad ha resultado especialmente conflictiva en las Ciencias Sociales. Su contenido exacto va más allá de las definiciones que podemos encontrar en los diccionarios, y siempre que se la usa, sea en Filosofía o en Periodismo, se abre la posibilidad de una polémica. Por eso, conviene desde ahora precisar cuál es la objetividad que nos ocupará al estudiar los problemas de la información. Pero antes, debemos hacer alguna referencia a las demás acepciones con las cuales pudiere confundirse.

En cualquier manual de Filosofía topamos con el secular debate entre materialistas e idealistas acerca de la existencia de un mundo objetivo, situado más allá de nuestra conciencia y de los alcances del conocimiento humano. Platón, en el Mito de la Caverna, sienta las bases de toda una teoría del conocimiento según la cual sólo son reales nuestras ideas, mientras que el mundo exterior no viene a ser otra cosa que el reflejo de aquéllas. Únicamente cuando dominemos el reino de las ideas estaríamos en contacto con la objetividad. Todo lo demás es ilusorio.

Frente a esta teoría se alzó desde la Antigüedad la concepción materialista del mundo y del conocimiento. De acuerdo con sus sostenedores, la realidad exterior existe independientemente de nuestra conciencia. Las ideas apenas constituyen un reflejo de ese mundo externo. El hombre tiene la posibilidad de ir avanzando lentamente en el conocimiento de ese mundo, en la medida en que la ciencia permita abrir caminos hacia la entraña de las cosas. El conocimiento humano se presenta así como

una larga batalla por la conquista de la objetividad. Pero como los recursos del hombre son siempre limitados, históricamente restringidos, esta objetividad será siempre relativa, algo quedará para las generaciones posteriores en el proceso de dominio del mundo objetivo.

La objetividad a la cual nos referiremos en este trabajo no alcanza las dimensiones que la Teoría del Conocimiento le asigna, aunque de alguna forma está ligada a los criterios señalados arriba. En efecto, un idealista puede perfectamente ser partidario de la doctrina informativa de la objetividad y, de hecho, los principales sostenedores de la misma se inscriben en corrientes pragmatistas de pensamiento. Pero, además, Adam Schaff ha planteado en *Historia y verdad* un aspecto singular de la concepción materialista de la objetividad. Se trata de la función que juega el sujeto cognoscente —en el caso de Schaff, el historiador— en el proceso del conocimiento objetivo.

Según él, es imposible desligar del concepto de objetividad la dosis de subjetividad que el sujeto cognoscente, sea historiador o periodista, introduce en el objeto por conocer. De allí que cualquier teoría que descarte ese ingrediente subjetivo, propio del individuo que conoce, estaría falseando la realidad.

La llamada objetividad pura es una ficción el factor subjetivo está introducido en el conocimiento histórico por el mismo hecho de la existencia del sujeto cognoscente⁶.

El mismo historiador polaco agrega en otra parte de su estudio:

El sujeto desempeña en el conocimiento histórico un papel activo, y la objetividad de este conocimiento siempre contiene una dosis de subjetividad. De lo contrario, este conocimiento sería ahumano o sobrehumano⁷.

[6]_ SCHAFF, Adam: *Historia y verdad*, p. 338. Ed. Grijalbo. México. DF. 1974.

[7]_ *Ibíd.*, p. 337.

El criterio de objetividad que se utiliza en periodismo no es, como queda visto, el que deriva de la Teoría del Conocimiento. Sin embargo, tal como lo demuestran las opiniones de Adam Schaff, encontramos en la filosofía elementos suficientes para negar los postulados esenciales de la doctrina de la objetividad periodística, según veremos más adelante.

Es moneda corriente en las redacciones la utilización de la palabra objetividad en el sentido de veracidad o imparcialidad. En efecto, frecuentemente se demanda del reportero que «sea objetivo», es decir que no invente, no mienta, con lo cual se entra en la dimensión ética de la profesión. Cualesquiera sean nuestras convicciones políticas o profesionales, nada nos exime de la obligación de ser veraces a la hora de informar. Pero entiéndase bien, veracidad no es renuncia al mundo objetivo, es simplemente demanda de honestidad. Se tiende a confundir comúnmente la veracidad con la imparcialidad. Esta última supone el declinar los puntos de vista propios, reducirse a la condición de eunuco. El ser humano puede reconocer aquello que no le gusta o que lo afecta, es decir, ser veraz, sin necesidad de tales renunciamientos.

Si la objetividad del conocimiento significara la exclusión de todas las propiedades individuales de la personalidad humana, si la imparcialidad consistiera en emitir juicios de valor renunciando al propio punto de vista y al sistema de valores aceptado, si la validez de los juicios universales consistiera en la eliminación de todas las diferencias individuales y colectivas, la objetividad sería pura y simplemente una ficción, ya que supondría que el hombre es un ser sobrehumano o ahumano⁸.

Si esto es válido para el historiador, que analiza una situación con suficiente perspectiva en el tiempo y puede reflexionar con mayor frialdad, también lo es para el periodista, que está obligado a ofrecer una

[8]_ Ibíd, p. 341.

versión caliente de los hechos, describirlos con la inmediatez que impone el ritmo de la información en el mundo contemporáneo.

Este criterio ético de la objetividad ha recibido incluso consagración legal, al ser establecida en dos artículos de la Ley de Ejercicio del Periodismo la obligación de ser objetivos. Desde este punto de vista, todo aquel que cultive periodismo interpretativo, periodismo de opinión o información dirigida estaría delinquiendo. Pero es evidente que el legislador no se refiere allí a doctrinas informativas ni a modos de tratar la noticia, sino simplemente a la veracidad que debe imperar en todo trabajo periodístico.

Origen y alcance

La llamada «Doctrina de la Objetividad» se basa en postulados extraordinariamente simples, eminentemente pragmáticos. En primer lugar, plantea que debe existir una separación rigurosa entre la información y la opinión. La presentación de los hechos —porque se exige exactamente eso, presentación— no debe estar contaminada con elementos subjetivos. En el periódico debe haber espacios definidos con toda precisión para el relato de los acontecimientos y otros para la valoración de los mismos. C.P. Scott, director del *Manchester Guardian* por muchos años, sintetizó el asunto con una fórmula categórica: «Los hechos son sagrados, la opinión es libre».

El cumplimiento de este postulado básico supone otro, que se deriva como consecuencia lógica: es necesario que exista un ser humano capaz de percibir la realidad sin comprometer sus sentimientos, ideas, prejuicios, es decir, prescindiendo de su propia conciencia. Este ser increíble, que se supone debe ser el periodista, andaría por el mundo como una especie de máquina ideal recogiendo los estímulos de la realidad exterior y presentándolos al público con la máxima neutralidad.

De este modo, no sólo se propone una fisonomía determinada para el periódico, un modo de proceder en el ejercicio profesional, sino también qué tipo de hombre debe ser el periodista.

La doctrina de la objetividad asienta, además, que el trabajo del periodista debe tener una meta única: buscar hechos. El público, según los cultores de la misma, no se interesa en cosas abstractas. De allí que las ideas resultan devaluadas en la escala de valores del periodista objetivo. El culto al «hecho bruto» de que hablara Jacques Kayser en *Mort d'une liberté* domina el mundo de la información objetiva, con lo cual la creación intelectual y científica, cuando no alcanza solidez factual, es desdeñada sin piedad.

Pero, aparte de insistir en la necesidad de captar hechos, se impone también una forma particular de enfocar la realidad: el periodista debe buscar hechos aislados, rehuir de todo aquello que pueda desvirtuar la pureza del «hecho bruto». Esta manera metafísica de reflejar la realidad conduce necesariamente a fragmentaria o disecarla, a despojar los sucesos de su verdadera naturaleza, al privarlos de su contexto y de sus relaciones causales.

Más adelante, cuando examinemos la tecnificación que la objetividad introdujo en el mundo de la información, volveremos sobre este aspecto, por cuanto la concepción que tengamos acerca de lo que es un hecho influye grandemente en el tratamiento periodístico que se le da a los mismos. La tendencia a enfocar hechos aislados y no procesos llevó incluso a la creación de un tipo de noticia —la llamada «noticia con segundo día»— cuya naturaleza resulta siempre bastante confusa, cuando lo lógico es captarlos como momentos específicos de un proceso más general.

Esos son los postulados fundamentales de la doctrina de la objetividad. A partir de ellos, se formuló toda una concepción del trabajo periodístico que tendremos oportunidad de detallar más adelante. Pero

creemos que ha llegado el momento de preguntarse por qué ha recibido el nombre de doctrina y no de teoría o de técnica.

En verdad, la objetividad está constituida, como lo hemos visto, por un cuerpo de principios extremadamente simples, especie de catecismo concebido con una finalidad práctica: armar al periodista para que trabaje y se comporte de una manera determinada. En este sentido, supone un proceso de enseñanza-aprendizaje, aún más, una catequesis. Por otra parte, estos postulados no son discutibles, se aprenden y se aplican, con lo que adquieren el carácter cerrado o excluyente que identifica a las doctrinas. Ningún jefe de información toleraría que un reportero le plantease un debate acerca de la naturaleza y alcances de la objetividad. Exige simplemente el cumplimiento de la cartilla.

Una concepción así rebasa los límites de una simple técnica, aunque es evidente que bajo el dominio de la objetividad se desarrolla una técnica bastante refinada del ejercicio periodístico. Esto es algo que impregna de lleno la filosofía misma del medio, su definición de principios. Por algo pasa a ser el sustentáculo principal de la política editorial del mismo.

Tampoco podríamos llamarla teoría, por cuanto es propio de la teoría su condición abierta, polémica, no excluyente. Uno tiene la posibilidad de aceptar partes de una teoría y rechazar otras, lo que resulta imposible en relación con una doctrina, a menos que incurramos en apostasía. De allí que pueda haber coexistencia entre las teorías, complementación muchas veces. En cambio, entre las doctrinas no son admisibles ni la complementación ni la coexistencia. En gran parte, la controversia sobre la objetividad demuestra esta incompatibilidad, al imponer un énfasis cuasi religioso en la defensa de su vigencia histórica.

Se repite con frecuencia que los creadores de la «doctrina de la objetividad» fueron los empresarios periodísticos norteamericanos de mediados del siglo XIX. Y no hay duda acerca del aporte que ellos hicieron

para desarrollarla y darle vigencia por casi un siglo. Sin embargo, los elementos básicos de esta doctrina están contenidos ya en el Prospecto del *Daily Courant*, primer diario que circuló en el mundo. En esa entrega, aparecida en Londres el 11 de marzo de 1702, su directora Elizabeth Mallet escribió:

Se verá por las publicaciones extranjeras que, de cuando en cuando, según se presente la ocasión, serán mencionadas en este periódico, que el autor ha tenido cuidado de proveerse de cuanto llega del extranjero en cualquier idioma. Y para dar seguridad de que no impondrá, so pretexto de tener informes privados, ninguna añadidura de fingidas circunstancias en una acción sino que dará sus extractos justa e imparcialmente, al principio de cada artículo citará al periódico extranjero de donde aquel fue tomado, para que el público, viendo de qué país llega cierta noticia, con permiso de aquel gobierno, esté mejor capacitado para juzgar la veracidad y escurpulosidad del relato: *ni tampoco intentará ningún comentario o conjetura propios, sino que narrará solamente la materialidad del hecho*; suponiendo que otras gentes tienen bastante sentido para hacer reflexiones por sí mismas⁹.

Hemos citado *in extenso*, aunque resalta que la parte final es la más estrechamente relacionada con los propósitos de este trabajo. Sin embargo, el texto completo —según lo recoge la *Enciclopedia del Periodismo* —revela los dos aspectos del asunto: por un lado está el respeto a la fuente extranjera, por el otro un criterio para tratar la información. Véase, además, cómo aparecen allí dos elementos claves en el periodismo objetivo: el respeto a la «materialidad del hecho», señalado ya en la parte correspondiente a los postulados de la doctrina, y el supuesto respeto al libre albedrío del lector, del público, que ha sido uno de los caballos de batalla de la prensa industrial.

[9]_ AAVV: Enciclopedia del Periodismo., p. 687. Ed. Noguer, S.A. Barcelona-Madrid, España. 4ª. edición, 1966. (Cursivas de F.A).

El criterio expuesto por Elizabeth Mallet recoge toda una tradición que deriva de las viejas «gacetas» y «corantos» de la primera historia del periodismo, cuando éste se reducía a la simple información, rehuendo todo lo que involucrara opiniones. Georges Weill reproduce en su obra *El Periódico* los testimonios de Vauban y del Márques de Souches, a manera de ilustración de lo que el público de la época espera de los periodistas. Todos ellos coinciden en que la única función de un redactor de noticias —como lo apunta el Marqués de Souches— es la de reproducir los hechos sin inmiscuir en ese acto su mundo subjetivo.

El sucesor de Elizabeth Mallet en el *Daily Courant*, Samuel Buckley, reiteró la misma política editorial al asumir, diez días más tarde, la dirección del periódico. Escribió entonces Buckley:

Siguiendo este método, espera que se le acreditará con la realización de lo que él considera como adecuada y única tarea de un escritor de noticias; primero, dando los más recientes avisos de todos los puntos (...); y seguidamente refiriendo hechos según vienen relatados y sin inclinación a uno y otro lado. Y se verá que si así lo hace, *representando las mismas acciones*, de acuerdo con las explicaciones que ambas partes den sobre ellas, de lo cual los periódicos que cite serán sus fiadores.

Y habiendo relatado justamente lo que se hace, *cuando, dónde*, que parte ha informado y por que manos ha sido transmitido aquí, se cree obligado a no embarcarse más allá de su demarcación para divertir a la gente con comentarios y reflexiones propios, sino que deja a cada lector que haga tales observaciones por sí mismo, de lo cual es capaz¹⁰.

En el capítulo siguiente, veremos cómo los norteamericanos tomaron estos conceptos rudimentarios y le dieron forma a toda una formulación doctrinaria. Planteemos ahora la posibilidad real del cumplimiento de estos postulados.

[10]_ Ibíd, p. 688.

Todo en contra

El punto clave en la doctrina de la objetividad y en cualquier otra forma de tratar los hechos noticiosos radica en la posibilidad de que el periodista —ser humano al fin— esté en condiciones de captar la realidad exterior con prescindencia de la subjetividad propia del ser humano. Hubo un tiempo en que se pensaba que el proceso del conocimiento, producto del contacto del hombre con el mundo exterior, era un fenómeno sencillo, mecánico, similar al que se provoca cuando hacemos incisiones en una placa de cera. La percepción humana venía a ser, según este criterio sentado por Aristóteles, una simple operación mecánica perfectamente realizable sin intervención de la conciencia. Si esto fuera así, no cabe duda de que los partidarios de la objetividad tendrían razón. Sería posible, una vez admitido este criterio, exigir al periodista la más absoluta prescindencia de su subjetivismo a la hora de captar los hechos.

Sin embargo, las investigaciones psicológicas¹¹ han demostrado que la percepción no solamente es un fenómeno extraordinariamente complejo, sino que además sólo se puede hablar de percepción a nivel social. Cuando un individuo capta el mundo que lo rodea no está empleando solamente sus recursos personales, los que derivan de su condición física, sino que también intervienen en ese acto todos los valores que la sociedad ha inculcado en su conciencia, bien por la vía de la educación formal o por las que derivan de la experiencia. Desde de este punto de vista, nuestra versión de lo que percibimos está condicionada por nuestros prejuicios, nuestros sentimientos, nuestros valores, fobias, ideas, etcétera. Es decir, el sujeto que percibe —o lo que es lo mismo, el sujeto que conoce— es un elemento activo que contamina con sus contenidos de conciencia todo aquello que capta.

[11]_ KRECH, David y otros: «El Conocimiento: factores básicos psicológicos». En *Psicología Social*. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid 1965. (Cursivas de F.A).

No es nuestro propósito hacer aquí una relación de las teorías de la percepción, pues no es este el lugar ni el momento, pero creemos necesario insistir en este planteamiento porque es básico para el esclarecimiento de la disputa objetividad-interpretación. Desde hace mucho tiempo, se ha admitido que la percepción del mundo exterior es afectada por defectos físicos. Empero, no es esto lo más importante, sino el condicionamiento social del fenómeno perceptivo. Es fácil demostrar cómo una concepción religiosa o política, por ejemplo, influye radicalmente en la manera de captar y de relatar un suceso. El ser humano tiende a percibir mejor todo aquello que armonice con el cuadro de valores que se haya formado. Por el contrario, rechaza o percibe mal aquellos hechos que chocan con sus contenidos de conciencia. Los textos de psicología abundan en ejemplos ilustrativos al respecto. Bástenos hacer esta referencia como elemento de juicio para sostener que el periodista que la objetividad postula como necesario no puede existir.

No sólo el periodista. Como afirma Adam Schaff, en la tantas veces citada *Historia y verdad*:

el científico el intelectual, puede ser y en general es permeable a las fobias a los prejuicios, a los modelos de interpretación y de valoración de los hechos y de los hombres, característicos de su época, de su clase, de su grupo, social, de su medio profesional, etcétera. Todos estos factores modelan esencialmente su concepción del mundo, sus actitudes, sus opiniones en materia de problemas sociales, lo que impregna, por consiguiente, su visión del proceso histórico, la manera cómo construye y selecciona los hechos históricos, para no hablar ya de su interpretación cuando pasa a las síntesis históricas. Estos son los contenidos concretos que se ocultan bajo la criptonimia del *factor subjetivo en el conocimiento histórico*¹².

[12]_ SCHAFF, Adam: Op. Cit. p. 351. (Cursivas de F.A).

La Semántica, disciplina de moda en los estudios de Comunicación Social, advierte que otra de las acciones obligatorias del periodista en su trabajo informativo —la escogencia de las palabras con que redacta la noticia— está también impregnada de subjetividad. Sin que tampoco sea nuestro propósito entrar en consideraciones sobre una materia que está más allá de nuestro alcance, conviene referir —dentro de las exigencias limitadas de este trabajo— la diferencia que establece la semántica entre denotación y connotación en el sentido de las palabras. Un vocablo tiene una definición permanente, invariable, formal, que encontramos en el diccionario. La etimología señala rigurosamente qué significa una palabra y qué debemos entender por ella en abstracto. Si aquí terminaran los problemas del lenguaje, el entendimiento, la comunicación entre los hombres sería extraordinariamente sencilla. Bastaría consultar el diccionario en cada ocasión de duda, la que sólo podría derivar del desconocimiento de la etimología.

Pero bien sabemos que las relaciones entre los hombres por el instrumento del lenguaje no son tan simples, que muchas veces se producen corrientes de incomprensión, de incomunicación, aunque estemos utilizando las mismas palabras. Sabemos, asimismo, que la misma palabra despierta en personas diferentes imágenes completamente distintas, como tantas veces se ha indicado en relación con las vivencias que despierta la palabra casa en un niño pobre o un niño rico. Todo ello ha servido para las más diversas especulaciones, entre ellas para la formulación de la famosa Filosofía Semántica, elaborada por los integrantes del no menos famoso Círculo de Viena, según la cual todos los problemas del mundo se reducen a confusión de palabras¹³.

Pero, reduciéndonos al terreno de la Semántica, se ha establecido que, además del sentido denotativo, todo vocablo adquiere un sentido

[13]_ SCHAFF, Adam: *Introducción a la Semántica*. Fondo de Cultura Económica, México DF, 1966.

connotativo que deriva del lugar que ocupa en la frase y, sobre todo, de la carga de ingredientes que va acumulando en el proceso de la experiencia. Las palabras tienen para nosotros un valor social, se van impregnando de sentido en la medida en que nos vamos familiarizando con ellas en la vida. De allí que tendamos a usar más unas palabras que otras, o que determinadas palabras despierten en nuestra conciencia reacciones muy disímiles.

Nuestras relaciones, la vinculación real que establecemos en la sociedad en que vivimos se basa en el sentido connotativo de las palabras. Por eso, el acto de escoger el vocabulario que usamos, bien sea para conversar o para escribir una noticia, es en gran parte subjetivo. Otra razón que conspira contra la pretensión de neutralidad que postula el periodismo objetivo.

En el mismo campo de la información, se ha venido desarrollando una compleja teoría de la Comunicación Social que constituye el elemento de moda en las Ciencias Sociales Contemporáneas. Parte de esa teoría es la descripción del proceso de la comunicación. Cualquiera sea el autor que escojamos —Schramm, Berlo, Fattorello, etcétera— todos señalan como elementos imprescindibles del proceso al Sujeto Emisor, Sujeto Receptor, Canal y Mensaje. Todos consideran, además, que el inicio de los procesos comunicacionales consiste en un estímulo que proviene del mundo exterior. Pero desde el momento en que el Sujeto Emisor capta ese estímulo y el Sujeto Receptor recibe el mensaje a través de un canal —prescindimos de las sofisticaciones— media un conjunto de actos de carácter aparentemente simple, en realidad sumamente complejo.

Supongamos que el Sujeto Emisor es un periodista, que necesita un estímulo del mundo exterior —la Fuente— antes de emitir su mensaje. Está de más decir que la primera operación que ese periodista debe ejecutar es la de percibir el estímulo que proviene de la fuente noticiosa.

Si no lo hace, simplemente recibe un tubazo. El primer acto, entonces, es la percepción del hecho o estímulo. Ya hemos señalado toda la complejidad del fenómeno perceptivo y hasta qué punto está contaminado de subjetividad. De lo cual se desprende que el primer paso de todo trabajo periodístico es eminentemente subjetivo, que dista mucho de lo que plantea la doctrina de la objetividad. Es decir, el periodista capta el estímulo con toda la carga de contenidos de conciencia que ha acumulado en su experiencia vital.

En segundo lugar, el periodista debe descifrar o decodificar el estímulo que envía la fuente. Para que pueda hacerlo es necesario que haya un marco de referencia común entre la fuente y el periodista. Si éste no entiende el idioma en que está cifrado el estímulo o no está en condiciones de comprender los signos o símbolos del mismo —lo que ocurre frecuentemente en los periodistas que cubren fuentes científicas o económicas— allí mismo se interrumpirá el proceso de comunicación. El periodista estará impedido de elaborar su mensaje. Ocurre aquí una confrontación de dos experiencias vitales por intermedio del lenguaje, tal como lo platea la Semántica. Entran en juego los lenguajes de la fuente y del periodista, con toda la carga de subjetividad que ello involucra.

La tercera operación no es menos complicada. El periodista debe interpretar el estímulo, es decir, más allá de las palabras, debe estar en condiciones de comprender el contenido del mismo para que pueda hacerlo comprensible al público. Muchas veces percibimos algo, conocemos el sistema de signos en qué está cifrado, pero no captamos su sentido profundo. En estas condiciones resulta imposible que podamos dar una nueva organización a los elementos que van a constituir el mensaje y cifrarlo debidamente. Está de más recalcar hasta qué punto es subjetiva esta operación.

Por último está la operación de cifrar o codificar el mensaje, en la cual podemos aplicar todo lo dicho, desde el punto de vista de la Semántica,

al proceso de descifrar el estímulo. Una vez más, el periodista deberá entenderse con la escogencia del vocabulario y estará obligado a considerar no solamente lo que representa su propio mundo lingüístico, sino también el de su público, si realmente quiere tener receptividad y alcanzar efectos sensibles con sus mensajes. Nuevamente, la subjetividad de por medio. De modo, pues, que el proceso de la comunicación —a nivel individual o social— arroja elementos suficientes para demostrar que no es posible la existencia de un periodista como el que requiere el cumplimiento estricto de la doctrina de la objetividad.

En razón de esto, el tratadista italiano Francesco Fattorello sostiene, en *Introducción a la técnica social de la información*¹⁴, que todo el proceso de la comunicación puede resumirse en la formulación de una opinión. A su modo de ver, la sola palabra información involucra, en su acepción latina, la función inevitable de «dar forma», es decir, elaborar un juicio. De allí que, en la fórmula de la comunicación que propone, reemplaza el factor *mensaje* por opinión.

Experiencia profesional

¿Implica la separación rigurosa entre la información y la opinión, la presentación separada entre las versiones de los hechos y los juicios de valor que hagamos sobre ellos una garantía de objetividad? En otras palabras, ¿es rigurosamente cierto que las páginas de un periódico responden con exactitud a la división tan categóricamente planteada por C.P. Scott?

Bastaría una selección de titulares de la prensa de un país cualquiera para demostrar lo contrario. Además de todo lo que hemos dicho en relación con el sentido conotativo de las palabras, es un hecho que el proceso de búsqueda, selección, redacción y presentación de las

[14]_ FATTORELLO, Francesco: *Técnica Social de la Información*. p. 42. Ediciones de la Escuela de Periodismo de la UCV, Caracas, 1969.

noticias involucra la intervención del periodista en una medida difícil de determinar, pero imposible de negar. En este sentido, los profesionales verdaderamente serios desconfían de esta división introducida en el cuerpo de un periódico y restan valor a la confiabilidad que ella merece como índice de objetividad. Un director del *Miami Herald* solía decir: «No necesito de editoriales. Mis editoriales son los titulares de primera página».

En relación a la presunta división entre periódicos de opinión y de información, el director de la *Revue Politique* de Bélgica, Marc Delforgue, escribía en los *Cahiers de IIP*, lo siguiente:

No existe, no existe en ninguna parte, mucho menos en Bélgica, diarios que sean exclusivamente de información o de opinión. Cuando más, unos dan preeminencia a uno de estos elementos, en desmedro del otro. Quien haya reflexionado un poco sobre experiencias concretas, sabe que no es posible informar al lector sin orientarlo de alguna manera. Sólo los anglosajones, entre quienes cierta forma de ingenuidad se cuenta como una de las virtudes más simpáticas, sostienen la ilusión de haber superado la dificultad definitivamente, al pretender que si el comentario es libre los hechos son sagrados. ¡Como si existiera el hecho en estado puro! ¡Como si de partida no hubiese ya en su percepción una intervención humana, por lo tanto falible!¹⁵

Y aquí comienza el cuestionamiento de la categoría hechos que haremos en el capítulo siguiente. Pero antes vale la pena reproducir la argumentación que expuso Lester Markel, Jefe de Redacción del *New York Times*, en la serie de debates promovidos por el IIP en Zurich, entre 1952 y 1953. Allí está resumida la experiencia que cualquier periodista ha tenido con el tratamiento y presentación de los hechos.

[15]_ DELFORGUE, Marco: «Fait et Opinion». Reproducido en *Cahiers de L'IIP* p. 15, No. 7, 1er année, noviembre de 1952, Zurich, Suiza.

Aquellos que objetan la interpretación dicen que una historia debe reducirse a los hechos. Yo pregunto: ¿Cuáles hechos?!. Y descubro que no existe tal cosa como un artículo objetivo, en el sentido que estos críticos lo usan o en cualquier sentido, si a eso vamos a referirnos. Tome al más objetivo de los reporteros. Él recoge 50 hechos; de estos selecciona los doce que considera suficientemente importantes para incluirlos en su escrito, dejando fuera treinta ocho. Éste es el primer elemento de juicio. Luego el reportero decide cuál de estos doce hechos debe ser el «lead» de su historia. El hecho específico que él escoge recibe el énfasis que es importante, porque el lector, a menudo, no va más allá del primer párrafo. Éste es el segundo elemento de juicio. Luego el editor lee la llamada historia objetiva y toma la decisión de si debe ponerla en la primera página o en la número 29. Si escoge la primera página tendrá un impacto considerable en la opinión. Si es colocada en la número 29 no tiene tanto énfasis. La decisión editorial más importante en cualquier periódico, creo, es saber lo que va en primera página. Este es el tercer elemento de juicio.

Resumiendo, esta noticia objetiva, es, en los propios términos de su informante, bien poco Objetiva, y el tipo de juicio necesario para la interpretación no es diferente del usado en la selección de los hechos de la llamada información de hechos y en la presentación de la misma¹⁶.

En el mismo sentido, el profesor Hamilton, de la Universidad estatal de Iowa, señala:

La objetividad completa no es más posible en el periodismo que en cualquier otra empresa humana. Todos tendemos a ver las cosas desde nuestro propio punto de vista o a la luz de nuestros personales deseos y necesidades.... Al margen de donde

[16]_ MARKEL, Lester: «L'Interpretation, un probleme a resoudre», publicado en *Cahiers de L'IIIP*, pp. 5 y 10 No. 15, 2º année, mayo de 1953, Zurich, Suiza.

aparezca un trabajo, debe estar escrito tan objetivamente como sea posible. Esto significa que el reportero trata de ser justo e imparcial al seleccionar los hechos que se enfatizan, y atribuye cuidadosamente las declaraciones de opiniones a alguna autoridad o personalidad involucrada¹⁷.

Como se ve, Hamilton reduce todo el problema a un planteamiento ético, se remite sin más a la honestidad del periodista, después de reconocer que no es posible la objetividad tal como ha sido entendida en el periodismo norteamericano.

Tampoco la experiencia profesional ofrece asideros sólidos a las pretensiones de la objetividad. Las referencias de Delforgue y de Markel podrían ser enriquecidas con las declaraciones de todos los periodistas que, de una manera seria y honesta, informen sobre su trabajo real. Sin embargo, creemos que el juicio de un europeo suficientemente prestigioso y, sobre todo, el de Lester Markel constituyen elementos ilustrativos suficientes.

La «doctrina de la objetividad» se manifiesta así extremadamente vulnerable en sus planteamientos fundamentales. Igualmente falaz es el argumento según el cual el periodista objetivo está desligado de toda filiación ideológica o filosófica. Todo indica que, así como responde a las características de una época que tendremos oportunidad de registrar, también se inserta en una corriente filosófica muy concreta, el Pragmatismo. Esta forma especial de desarrollo del Positivismo en los Estados Unidos impregnó todo el proceso social norteamericano del siglo pasado —ciencias, educación, política, periodismo— y sus huellas son visibles en los postulados de la objetividad.

La objetividad y el pragmatismo comparten el culto a los hechos, con la consiguiente subestimación del pensamiento. Ambos están inmersos

[17]_ Ibid.

en el culto a lo práctico, a lo útil, como se demostrará en las referencias a las técnicas informativas de la objetividad. También se identifican en el enfoque metafísico de la realidad, al concebir al mundo como una yuxtaposición de hechos aislados y dispersos y no como un proceso. En resumen, la objetividad no sólo es insostenible a la luz de los conocimientos científicos contemporáneos, sino que además no es consecuente con su pretensa independencia de compromisos políticos o ideológicos. La identificación con el pragmatismo es fácilmente demostrable, pero si ella no bastara allí está la experiencia histórica para aportar ejemplos suficientes de cómo la prensa «objetiva» olvida sus propios postulados cada vez que ve amenazados los intereses de clase que, en el fondo, defiende.

El periodismo objetivo

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la burguesía lleva a cabo la segunda gran transformación de la prensa. Creación suya, al menos en su modalidad impresa, el periódico había surgido en los tiempos del Renacimiento como servicio de noticias adscrito a las grandes casas comerciales de la época. En esta condición subordinada, muchas veces humillante, se mantuvo dos siglos, hasta que las necesidades impuestas por las crisis revolucionarias de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX obligaron a la clase burguesa a convertir aquellas humildes gacetas en instrumentos de lucha ideológica. Surge así el vigoroso periodismo de opinión que dio prestigio a la prensa y al oficio de periodista.

Cuando las turbulencias de la revolución burguesa se habían aquietado, hacia mediados de la pasada centuria, la prensa gozaba de un estatus sólido y de fama reconocida como vehículo de cultura y de cambios sociales. Edmundo Burke, publicista inglés, la llamó «Cuarto poder» del Estado Y, en verdad, al lado de los tres poderes tradicionales en la estructura de Montesquieu, la prensa asumía la representación del conjunto social, de lo que también desde entonces comenzó a llamarse la Opinión Pública. Ciertamente que algunos periódicos destruían esa imagen con el uso de un lenguaje incendiario y con el agitar de las pasiones personalistas. Pero eso no era suficiente para deteriorar el prestigio de una institución que se había ganado sus galones en el fragor de la revolución liberal.

Sin embargo, la burguesía pensaba en otra cosa. Estaba promoviendo en todo los órdenes de la actividad productiva una transformación

radical, mediante la utilización de la máquina. ¿Por qué no hacerlo también en la producción de periódicos? Desde un punto de vista técnico era posible, como comenzó a demostrarse desde el momento en que John Walter I ordenó la aplicación de la fuerza de vapor a las prensas del *Times* de Londres. El obstáculo era eminentemente financiero. Para introducir la tecnología necesaria se necesitaba grandes inversiones que, difícilmente, podían ser satisfechas con una prensa de carácter ideológico. Este tipo de periodismo tenía, desde su nacimiento, enemigos anticipados, toda vez que asumía la defensa de una causa determinada. Era indispensable hacer un periódico que no chocase con nadie de antemano, que estuviese en condiciones de llegar a todos sin distingos ideológicos.

La justificación para provocar un cambio de esta naturaleza estaba en las bases mismas de la teoría política liberal. Existe la libertad de conciencia. Todo individuo tiene el derecho de forjarse una escala de valores, de elaborar sus juicios y opiniones sin recibir presiones de ningún género. Todo aquello que, de una manera u otra, signifique compulsión sobre el fuero interno de una persona atenta contra las libertades individuales. En consecuencia, la prensa, de opinión, el llamado periodismo de cruzada, surgido como una necesidad en la lucha por la conquista del poder político, se convertía así en la negación de los postulados liberales. Se imponía la tarea de crear un tipo de periodismo que, al mismo tiempo que aprovechaba los avances de la técnica, respetara el derecho del individuo a pensar por su propia cuenta.

Lo demás es suficientemente conocido. El financiamiento por la venta de ejemplares, típico de la prensa de opinión, fue perdiendo terreno ante los fondos provistos por la publicidad. Y así, en pocos años la prensa dejó de ser una empresa cultural o ideológica para devenir en industria y comercio. El periodista renunció a su condición de ser pensante,

de difusor de ideas, para convertirse en caza-noticias. En otras palabras, se produjo en las condiciones materiales del periodismo el cambio radical necesario para la aparición de la «doctrina de la objetividad». En una prensa comprometida ideológicamente de una manera deliberada y confesa ella no tiene razón de ser.

Como toda industria que aspire a conquistar el mercado, la industria periodística requería la elaboración de una mercancía tipo. De este modo, para satisfacer esa necesidad, se concibió la Noticia como piedra angular de todo el engranaje periodístico. Se la definió de muchas maneras —algunas ingeniosas, otras cínicas, como la de Charles Dana: «noticia es lo que el editor quiere que sea»—, pero en el fondo se coincidió en que es una versión o relato de los hechos. Y allí surgió la estrecha relación hechos-noticia que domina toda la elaboración conceptual del periodismo objetivo.

Mitología del hecho

En la vida de una comunidad ocurren diariamente numerosos hechos. ¿Cuáles de ellos son susceptibles de ser convertidos en noticias? He allí el primer problema. La «doctrina de la objetividad» erigió toda una mitología sobre el hecho, en el supuesto de que había encontrado un punto de referencia inmovible, ajeno a cualquier perturbación de carácter subjetivo. Pero, apenas se inicia el trabajo de búsqueda, comienzan los desafíos impuestos por la necesidad de escoger, de seleccionar. Por eso, la primera tarea consistió, necesariamente, en fijar un conjunto de cualidades que deben estar presentes en el *Hecho* para determinar su condición potencial de noticia. Estas cualidades, variables según el gusto de cada periodista y de cada teórico, reciben el nombre de atributos y son, esencialmente, cuatro: novedad, actualidad, significación social e interés público. Entiéndase que son cualidades del hecho y no de la noticia.

Un suceso, para que merezca la calificación de noticia, debe ser novedoso. Aquello que forma parte de la rutina, que es sabido, carece de interés. Sin embargo, la novedad sola no basta. Las cuatro reglas de la aritmética constituyen algo novedoso para cada generación de muchachos que llega a la escuela primaria. Se trata de un conocimiento nuevo para ellos. Sin embargo, a nadie se le ocurre que las cuatro reglas de la aritmética puedan constituir una noticia publicable en un medio de comunicación social. Se requiere, entonces, que esa novedad sea cercana a nosotros en el tiempo, es decir, que tenga actualidad. Y aún más, como veremos más adelante, el concepto de actualidad admite, en la escala de objetividad, una modificación más presentista: la inmediatez.

Hasta allí llega el Periodismo Objetivo. Durante largas discusiones en la cátedra de Periodismo Informativo en la Escuela de Comunicación Social de la UCV, llegamos a agregar la significación social y el interés público como atributos exigibles a los hechos. Un acontecimiento crece en importancia noticiosa, a nuestro juicio, en la medida en que represente un cambio, introduzca una modificación significativa en la sociedad donde se produce. De este modo, se dispone de un criterio para destacar aquellos hechos intrínsecamente valiosos, aunque carezcan de espectacularidad, sobre aquellos anodinos, intrascendentes pero vistosos.

Asimismo, consideramos que los hechos adquieren valor noticioso en la medida en que afectan al ser humano. El hombre, para decirlo con las palabras del sofista griego, es la medida de todas las noticias. Eso explica que un hecho menor revista mayor importancia que otro intrínsecamente mayor por la circunstancia de afectar a mayor número de personas. Un temblor en una gran ciudad adquiere mayor interés que un terremoto en el desierto.

En consecuencia, los hechos no liberan al trabajo periodístico de las intromisiones de la subjetividad. Ya hemos visto cómo el punto de

partida de la búsqueda noticiosa es una elaboración conceptual, una escala de valores que permite seleccionar los hechos. La enorme variedad de atributos que, de acuerdo con los gustos o necesidades, se exige a los hechos en cada redacción de periódico es una demostración fehaciente del carácter arbitrario y subjetivo de esta decisión y de lo vulnerable que resulta la mitología del hecho.

Algo más. El periodismo objetivo no sólo exige ciertas condiciones a los hechos en materia de tiempo, como la actualidad inmediata. También establece sus requisitos espaciales. No sólo se trata de hechos nuevos, actuales, inmediatos, sino que deben ser aislados. Es indispensable buscar una unidad elemental, un núcleo, en torno al cual construir el relato noticioso. De esta forma, mientras más simple, mientras menos elementos contaminantes tenga el hecho, mejor. Se tiende así a una simplificación excesiva de la realidad y a despojar a los hechos de las relaciones causales que los explican. La búsqueda de esos nexos, como lo afirma Robert E. Park en «La Noticia como forma del Conocimiento»¹⁸, es trabajo de historiadores.

La noticia no es historia, sin embargo, y sus hechos no son hechos históricos. La noticia no es historia porque, por una parte entre muchas otras, se refiere, en general, a *hechos aislados* y no trata de relacionarlos ya sea en forma causal o en forma de secuencias teleológicas. La historia no sólo describe acontecimientos, sino que procura colocarlos en su lugar adecuado dentro de la sucesión histórica, y al hacerlo trata de descubrir las tendencias y fuerzas subterráneas que encuentran expresión en ellas. De hecho, uno no estaría muy equivocado si supusiera que la historia está tan interesada en relacionar los acontecimientos —es decir establecer la relación entre los incidentes que preceden

[18]_ PARK, Rober E.: «La Noticia como forma del conocimiento» en Charles S. Steinberg y A. William Bluem: *Los Medios de Comunicación Social*, pp. 152-162. Ed. Roble, México DF, 1969.

y aquellos que suceden— como lo está en los acontecimientos mismos. Por otra parte, un reportero, a diferencia de un historiador, trata simplemente de registrar cada acontecimiento singular cuando ocurre y se interesa en el pasado y en el futuro sólo hasta el punto en que estos elementos arrojen luz sobre lo que es real y presente. (Cursivas de F.A).

El criterio de Park ilustra suficientemente sobre la concepción que sobre hecho y noticia impuso el periodismo objetivo. No es necesario pretender que el periodista se convierta en historiador para comprender la importancia de enfocar los hechos en su contexto y en sus relaciones causales. Las insuficiencias de la información sobre la Primera Guerra Mundial y tantas otras experiencias que podrían citarse demuestran que el pasado y el futuro son siempre necesarios para la comprensión del presente. La sorpresa que produjo el estallido de la conflagración —hecho presente entonces— se explica en gran parte por el desconocimiento que se tenía de las corrientes profundas que se venían agitando desde el pasado, así como también las tendencias que manifestaban aquellos acontecimientos.

Los científicos sociales, entre ellos los historiadores, han descubierto que no existen hechos simples, como pretende el periodismo objetivo, sino formas simples de enfocar los hechos. En la medida en que obedecemos a nuestros intereses o necesidades circunstanciales, extraemos de los hechos estos o aquellos elementos, los simplificamos para satisfacer nuestras aspiraciones inmediatas. De allí que, en no pocas oportunidades, cuando estamos en presencia de un hecho aparentemente simple sólo estamos siendo víctimas de una ilusión, al no percibir toda la gama de relaciones que ese hecho tiene. La supuesta simplicidad de los hechos viene a ser así otra trampa en el trabajo periodístico, cuya consecuencia es la de reflejar parcialmente la realidad.

La misma palabra hecho ha sido largamente discutida en los últimos tiempos porque, lejos de ser unívoca, admite numerosas acepciones.

¿Son hechos exclusivamente aquellos sucesos cuya materialidad podemos palpar? Las teorías científicas, las corrientes ideológicas, ¿son hechos? Aunque no de manera explícita, el periodismo objetivo llegó a imponer en la práctica esa castración en la actividad humana, al discriminar las ideas como materia prima de las noticias. De allí que la denominación de los hechos como fundamento de las noticias deba ser tratada con reserva. No es que niegue la importancia de los hechos en el trabajo periodístico, ni en ninguna otra esfera de la actividad del hombre, porque eso sería absurdo, pero es conveniente determinar qué entendemos por hechos. Como bien lo advierten Carl L. Becker y Lucien Febvre, no es tan sólida la base de los hechos, sea en la historia o en el periodismo.

Tan pronto como alguien habla de hechos todos nos solidarizamos con él. Este término nos da la impresión de ser algo sólido. Todos sabemos dónde nos hallamos cuando, según la expresión ya consagrada, vamos a los hechos, al igual que sabemos a dónde vamos cuando, por ejemplo, pasamos a los hechos relativos a la estructura del átomo o al inverosímil movimiento de los electrones al saltar de una a otra órbita. Los historiadores se sienten seguros cuando se ocupan de los hechos. Hablamos a menudo de *Hechos Duros* y de *Hechos Fríos*, y también frecuentemente decimos que *no podemos hacer caso omiso de los hechos*, o que es indispensable construir nuestro relato sobre el *sólido fundamento de los hechos*. A fuerza de hablar así, nos parece que los hechos históricos son algo tan sólido y tan sustancial como la materia física (...), algo que posee una forma y un contorno definidos, como los ladrillos o los patrones de medidas (...) ¹⁹.

La irónica relación de Becker, quien termina proponiendo una serie de interrogantes para determinar la naturaleza del hecho histórico, es

[19]_ BECKER, Carl L.: *What are Historical Facts?* citado por Adam Schaff en *Historia y verdad*, p. 246.

corroborada por el historiador francés Lucien Febvre, en su obra *Combats pour l'histoire*²⁰.

En definitiva, los hechos. ¿A qué llamais los hechos? ¿Qué ponéis detrás de este término *hecho*? ¿Los hechos pensáis que son dados a la historia como realidades sustanciales que el tiempo ha enterrado más o menos profundamente y que se trata simplemente de desenterrar, de limpiar, de presentar agradablemente a los contemporáneos?

De nuevo, apelamos a la comparación. Si así piensan los historiadores, que disponen de mayores recursos de tiempo, que pueden despojarse de pasiones con mayor facilidad ante acontecimientos lejanos, ¿qué no podemos decir los periodistas que estamos obligados a trabajar ante las presiones de la inmediatez y de los intereses que se mueven detrás de los acontecimientos? La noción de hecho resulta, pues, bastante conflictiva.

Naturaleza de la noticia

Así como se elaboró una concepción de los hechos susceptible de servir de base a las noticias, también existe toda una formulación acerca de la naturaleza de la noticia y sobre la técnica de búsqueda, selección, redacción y presentación al público. Robert. E. Park, también en su trabajo «Las noticias como formas del conocimiento», señala algunas de las características que el periodismo objetivo adjudica a la noticia:

La noticia, como forma de conocimiento, no se ocupa fundamentalmente del pasado o del futuro, sino más bien del presente; de lo que los sicólogos han descrito como el *plausible presente*. La noticia puede decirse que existe sólo en tal presente. Lo que queremos decir aquí con el *plausible presente* lo sugiere el hecho de que las noticias, tal como los editores de la prensa comercial los saben muy bien, es una mercancía que se echa a perder fácil y

[20]_ *Ibíd.*

rápidamente. La noticia sigue siendo noticia sólo hasta que llega a las personas para quienes tiene *interés noticioso*. Una vez que ha sido publicada y que se ha reconocido su importancia, la noticia se convierte en historia²¹.

He allí, pues, una característica clave: la noticia es una mercancía fungible, de vida efímera. Todo el proceso de búsqueda y producción noticiosa debe regirse por esta cualidad.

«Las noticias —agrega Park—, como sabe bien todo periodista, es leída en proporción inversa a su extensión». Observación que tendrá su respuesta técnica a la hora de redactar. «Las noticias se reciben en forma de pequeñas comunicaciones independientes que pueden ser fácil y rápidamente comprendidas»²². La información noticiosa no constituye un continuo, un proceso, sino emisiones fragmentarias acerca de un acontecimiento. Otra característica clave para las técnicas redaccionales.

Hay un dicho proverbial que asegura que es lo inesperado lo que sucede. Puesto que lo que sucede es lo que hace la noticia, se deduce, o parece, que las noticias se relacionan siempre o casi siempre con lo insólito y lo inesperado (...). No es la importancia intrínseca de un acontecimiento lo que lo convierte en noticia. Es, más bien, el hecho de que el acontecimiento es tan extraordinario que, si se publica, desconcertará, divertirá o excitará de alguna manera al lector de tal modo que será recordado y repetido. La noticia es siempre, a final de cuentas, lo que Charles Dana conceptuó como algo que hace *hablar a la gente*, aun cuando no la haga actuar²³.

De modo, pues, que los actos normales de la vida humana, por grande que sea su valor intrínseco, no constituyen noticia según el criterio del

[21]_ PARK, Robert E.: Op. Cit. (Cursivas de F.A).

[22]_ Ibíd.

[23]_ Ibíd.

periodismo objetivo. Y, en verdad, sólo la anormalidad, lo que se sale de lo corriente, tiene cualidad noticiosa. El trabajo humano, por ejemplo, sólo es noticia cuando se interrumpe, bien por accidente o por huelgas.

Walter Lippmann, en el capítulo dedicado a la naturaleza de las noticias, en su libro *Opinión pública*, agrega otras características.

En primera instancia por lo tanto, la noticia no es un espejo de la condiciones sociales, sino el informe de un aspecto que se ha intrometido en dichas condiciones. La noticia no le dice a usted cómo la semilla está germinando en la tierra; pero puede decirle cuándo asoma la primera punta de la planta. Puede, incluso, decirle lo que alguien está diciendo que le sucede a la semilla dentro de la tierra. Podría decirse que el retoño no apareció cuando se esperaba. Entonces entre más puntos haya en los cuales pueda ser fijado, objetivizado, medido o nombrado un suceso, significa que hay más puntos en los cuales puede haber una noticia²⁴.

Para Lippmann, la noticia se centra en el detalle, no en las situaciones. Otra afirmación que sirve para hacer énfasis en el enfoque de hechos aislados, característico del periodismo objetivo. El mismo Lippmann explica que muchas veces la tendencia a atenerse al hecho evidente no es siquiera una decisión racionalmente elegida, sino el resultado de las presiones que habitualmente se ejercen en las redacciones periodísticas, con lo cual está señalando otra fuente de arbitrariedad en la determinación de la naturaleza de las noticias.

La noticia es un relato de fases premeditadas que son interesantes, y la presión que se ejerce sobre los periódicos para que acepten esta rutina procede de muchos sectores. Se deriva de la economía que significa hacer notar solamente la fase estereotipada de la situación. Procede de la dificultad de encontrar suficiente espacio en el cual aun el periodista más hábil pueda hacer

[24]_ LIPPMANN, Walter: *La opinión pública*, p. 249. Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1964.

plausible un parecer no convencional. Se deriva de la necesidad económica de interesar al lector rápidamente, y del riesgo económico que significa no interesarlo de modo alguno, o de ofenderlo con noticias inesperadas descritas torpe e insuficientemente. Todas estas dificultades combinadas explican la incertidumbre del director de un periódico cuando hay peligrosos problemas de controversia en juego, y lo hacen, naturalmente, preferir el hecho indiscutible y un tratamiento más fácilmente adaptable al interés del lector²⁵.

La tecnificación

Se comprende que, para tratar con una mercancía de naturaleza tan delicada no basta con dominar los cuatro atributos que distinguen a los hechos con potencialidad noticiosa. El periodismo objetivo creó toda una técnica que, en resumen, consiste en limitar al máximo la libertad de reflexión y de juicio del periodista a la hora de buscar, seleccionar, redactar o presentar las informaciones. En primer lugar, procedió a modificar radicalmente las condiciones de investigación de los hechos. El periodista pre-industrial salía a la calle, conversaba con la gente, observaba el panorama de la ciudad y el ajetreo de oficinas y comercios sin ninguna pauta. Sólo la intuición lo guiaba en este periplo cotidiano. De esta forma, su imaginación gozaba de amplias perspectivas.

Este sistema resultaba inadecuado para el periodismo industrial. Por eso, proveyó al periodista de un instrumento para indagar la realidad, la famosa 5WH, fórmula tan ponderada en los manuales de periodismo norteamericano. Ya no saldría a la buena de Dios, sino expresamente a preguntar qué paso, quién lo hizo, dónde, cuándo, cómo y por qué lo hizo. Según algunos historiadores del periodismo la formulita salió en un poema de Quintiliano, el poeta latino; según otros, deriva de un

[25]_ *Ibíd.*, p. 255.

poema de Kipling. Sea cual fuere el origen, lo cierto es que con ella comenzó la sistematización del trabajo periodístico, dando nacimiento al reportero y al reporterismo, signos característicos del periodismo objetivo. Un periodista en el cual el desarrollo de las piernas y de los dedos se correspondió con el desuso del cerebro.

De estas seis preguntas básicas en la indagación reporteril, el periodismo objetivo puso énfasis en tres: qué, desde luego que todo el trabajo se cimenta en la mitología del hecho; quién, por la importancia que asigna a las personas de cierta notoriedad, con lo cual dio origen el vedetismo (los nombres venden, aseguraba un editor norteamericano); cuándo, por cuanto la naturaleza efímera de la noticia lo hace esclavo de la actualidad inmediata. En cambio, desdeña o descuida grandemente la búsqueda de respuestas al porqué, sobre todo cuando detrás de ella hay algo conflictivo.

Como se desprende de las citas de Park y de Lippmann, no siempre la condición noticiosa emana de los hechos en sí. No pocas veces, las circunstancias que rodean al hecho determinan variaciones sustanciales en el valor noticioso. Bajo la égida del periodismo objetivo, además de los atributos y de los elementos, fueron elaborados también los factores condicionantes de la noticia. La lista de factores se alarga o se encoge según los autores, pero hay algunos que aparecen en todas las enumeraciones. Aquí los mencionamos a título ilustrativo:

La proximidad, que se relaciona con la cercanía de los acontecimientos a la comunidad receptora del mensaje periodístico; aquello que está más cercano al lector adquiere más importancia noticiosa. La inmediatez, que consiste en la cercanía en el tiempo y según la cual los hechos aumentan su valor noticioso en la medida de su frescura. La prominencia, es decir, la jerarquía que por su condición personal, su cargo, su función, etcétera, tienen los individuos, los sitios y los puestos que

se ocupen en la sociedad; la gente famosa, rica, con poder hace noticia. La gente humilde sólo hace noticia cuando la afecta una tragedia. Conflicto, rareza, sexo, progreso son otras tantas características que pueden modificar el contenido noticioso de un suceso. Con estos factores, una vez localizado el hecho susceptible de ser noticia, el periodista está en condiciones de hacer su selección. Ya veremos cómo la exacerbación de algunos de ellos en el tratamiento de la información ocasionó vicios muy marcados en el periodismo contemporáneo.

Una vez realizadas la búsqueda y selección de los hechos llega la hora de redactar. Tampoco aquí el periodista puede proceder a su libre arbitrio. De nuevo el periodismo objetivo le ofrece una fórmula que le permite ahorrar tiempo, trabajo y hasta pensamiento. Ésta es la de la pirámide invertida. Es decir, organizar los elementos del escrito exactamente al contrario del estilo literario tradicional: comenzar por el final, no por el principio. En el *lead* irá lo más importante aunque haya ocurrido de último; en el cuerpo los detalles que complementan el hueso de la información y en la cola aquello que pueda ser desechable, en caso de que las exigencias de espacio así lo determinen.

Por último, también la presentación de las informaciones debe obedecer a las exigencias propias del trabajo industrial y a las imposiciones del comercio. La noticia está destinada a la venta entre un público anónimo, indeterminado, que se encuentra disperso en la comunidad. Para llegar a él rápida y efectivamente es indispensable utilizar las técnicas de presentación de productos descubiertas por la mercadotecnia capitalista. Pues, lo mismo hay que hacer con la noticia. Se la viste de gala, se la ubica en sitios bien visibles y concurridos y se coloca en ella ingredientes que despierten la curiosidad del lector potencial. Así nació la diagramación, fase del trabajo periodístico que no existía antes de la aparición del periodismo industrial.

Y ahora los vicios

Sería insensato negar la validez de los aportes técnicos logrados en el periodismo industrial. El trabajo profesional adquirió consistencia, se independizó como oficio, pues antes sólo había sido un divertimento paralelo de otras profesiones. Por otra parte, el periodismo dejó de ser una actividad especulativa, oficinesca, para ganar en contacto con la realidad viva. El beneficio que de allí se derivó no afecta solamente al periodismo, sino que también irradia hacia la literatura y las artes, hondamente influidas por sus relaciones con el trabajo periodístico. Justo es también señalar que, de esos nexos con la vida real, derivan los medios de comunicación social la fuerza innegable que tienen hoy en todas las sociedades del mundo.

Pero sería desconocer la realidad omitir las deformaciones y las deficiencias que esa tecnología —al servicio de intereses políticos y económicos muy definidos— orientada por una concepción inadecuada ya de la información, introdujo en los últimos años. Cada vez que uno de los atributos, de los factores o de los elementos fue sometido a extralimitaciones motivadas por la búsqueda de ganancias, allí apareció el germen de un vicio periodístico.

La concepción de los hechos, tan restringida y discriminatoria, ocasionó un divorcio tácito entre el periodismo y la cultura. Al ser excluido el pensamiento de la categoría de los hechos se produjo insensiblemente un proceso de achatamiento, muchas veces señalado por los mejores pensadores contemporáneos. La circunstancia de enfocar los hechos de manera aislada, por otra parte, derivó en un predominio de lo anecdótico, de lo episódico en la captación de la realidad, ofreciendo así una imagen fragmentada e irracional del mundo, hecho éste que ha sido causa de la poca utilidad que la prensa tiene para una cabal comprensión del mundo en que vivimos.

El énfasis que el periodismo objetivo pone en la actualidad; es más, la deformada concepción de ella al reducirla exclusiva o predominantemente a la inmediatez tuvo su razón de ser en un tiempo en que el vértigo de la velocidad representaba un reto irresistible. Pero son ya numerosos los casos en que este culto a la «noticia de última hora» ha determinado falseamientos de grandes dimensiones en el análisis de los procesos que afectan a la humanidad del presente. Son muchos los estudiosos que han investigado esta histeria de la rapidez en la información contemporánea y todos coinciden en subrayar los errores a que ha inducido.

Los principales teóricos del periodismo norteamericano destacan, como elemento valiosísimo, esa cualidad efímera de la noticia. Robert E. Park se expresa así:

El hecho es que el elemento que hace la noticia es precisamente el interés noticioso y eso, como lo sabe todo jefe de redacción, se produce en cantidad variable. Es un elemento con el que tiene que batallarse desde el momento en que el jefe de redacción se sienta en el escritorio por la mañana, hasta que el redactor en jefe nocturno termina la última línea esa noche. *La razón de esto es que el valor de las noticias es relativo, y un acontecimiento que sucede más tarde puede reducir, y con frecuencia reduce, el valor de un acontecimiento que tuvo lugar antes. En ese caso, la noticia menos importante tiene que ceder el paso de la noticia posterior, pero más importante*²⁶.

Adviértase que Park no indica ningún otro valor, fuera del tiempo, para medir la importancia de la información.

Desde el último cuarto de siglo, aupada por esta concepción de la actualidad, la mayor ambición de la prensa fue la de informar con rapidez. En este empeño incorporó el telégrafo, el teléfono, el cable submarino,

[26]_ PARK, Robert E.: Op. Cit. (Cursivas de F.A).

el teletipo, la radio-foto, los satélites y, en fin, todo el instrumental que ahora resulta familiar en las redacciones periodísticas. La orientación del trabajo periodístico hacia la rapidez produjo cambios significativos —el flash, las ediciones simultáneas— y logros formidables que nadie en la profesión desconoce. Pero, al mismo tiempo, creó problemas que han redundado en la quiebra de la veracidad y precisión de las informaciones, cuando no en el deterioro de la credibilidad en los medios de comunicación social. Piénsese solamente en el caso reciente protagonizado por UPI, al despachar un cable anunciando la muerte del presidente de Colombia, Alfonso López Michelsen.

La velocidad de transmisión de las informaciones no ha sido acompañada por un incremento igual en la capacidad de percepción y discernimiento del ser humano. Así, por ejemplo, un teletipo tiene capacidad para transmitir 600 palabras por minuto. Eso permite a una agencia normal remitir a las redacciones un volumen de cien mil palabras por día. Si tomamos en cuenta que cada diario importante cuenta con los servicios de, por lo menos, tres agencias tendremos un promedio de 300 mil palabras diarias. Todo ese inmenso material debe ser revisado, corregido, seleccionado y titulado en cuestión de horas. Nada extraño tiene que encontremos a diario títulos inadecuados, otros que simplifican el contenido del despacho hasta deformarlo y no pocos absolutamente erróneos.

En general, este problema afecta todas las informaciones que se publican en los diarios o que se emiten por radio o televisión. En ningún medio se dispone del tiempo necesario para leer, meditar y comprender el material que afluye de las diversas fuentes. Se impone así un sistema de trabajo que involucra el sacrificio de la claridad, la precisión conceptual y las bondades del estilo periodístico. En general, se puede decir que la rapidez informativa ha crecido a expensas del pensamiento y de la capacidad de asimilación de los lectores.

Un corresponsal de la agencia France-Presse en Londres escribía en los *Cahiers du IIP*:

La capacidad del ser humano para percibir un hecho permanece igual que hace siglos. Pero, a despecho de esta verdad fundamental, se nos pide que describamos lo que apenas hemos visto, cuando no lo que ni siquiera hemos visto.

Normalmente un político —o un periodista— sólo da muestras de lucidez en muy contadas ocasiones, pues él se agita día a día, hora a hora, minuto a minuto. No tiene tiempo de pensar. Pero esto es un defecto de nuestra civilización actual y no afecta solamente a los políticos y a los periodistas, sino también a muchos otros que han sido entrenados minuciosamente en el torbellino de una actividad incesante que no deja ningún tiempo libre al pensamiento²⁷.

Estas son palabras del extinto primer ministro de la India Jawarlalal Nehru.

En *Mort d'une liberté*, Jacques Kayser enumera los casos en que la histeria de la rapidez informativa ha provocado errores de enorme magnitud, algunos de los cuales pudieron provocar el estallido de conflictos internacionales muy graves. Tales errores se siguen cometiendo en aras de esta diosa de la información contemporánea. La única reacción sensata de este sentido ha sido la de la Agencia Suiza de Noticias, cuyo lema es «Preferimos ser los segundos con una noticia verdadera, que los primeros con una noticia falsa». La obligación de verificar los hechos es sacrificada a menudo en los medios de comunicación social.

Otra de las deformaciones notorias producidas por el periodismo industrial consiste en dar prioridad a la cantidad sobre la calidad, la tendencia a sacrificar los criterios de selección y jerarquización a las

[27]_ NERHU, J.: Intervención en la Conferencia Pan-India de Directores de Diarios, citado en *Cahiers de l'IIP*, p. 18, No. 7 1er année, noviembre 1952, Zurich, Suiza.

simples consideraciones de la abundancia. El dramaturgo norteamericano Arthur Miller se refirió en una oportunidad a esta otra histeria del periodista contemporáneo, consistente en la necesidad de llenar espacio sin parar mientes en la importancia de los hechos que sirven de base a sus informaciones.

Esta tendencia obliga a una selección menos rigurosa de los hechos, a conferir cualidades noticiosas a sucesos insignificantes, a magnificar pequeños incidentes hasta convertirlos en verdaderos dramas. Por esta razón, la prensa contemporánea difícilmente podría tomarse como pauta, desde el punto de vista de la valoración histórica, para medir lo que realmente ha tenido significación y trascendencia en esta época.

Por otra parte, el culto a la cantidad obliga a la inversión de informaciones. El lema de Hearst, «cuando no haya noticias, invéntelas», sigue vigente en muchas redacciones periodísticas de hoy. Y no se crea que en ella incurren solamente los periódicos sensacionalistas. El severo *Times* de Londres, considerado como uno de los periódicos más serios del mundo, anunció 37 veces la muerte de Lenin entre 1917 y 1922, cuando tuvo que resignarse a esperar hasta 1924. La prensa norteamericana, por su parte, ha informado en más de una ocasión la muerte de Fidel Castro.

Por último, el culto a la cantidad ha repercutido también desfavorablemente en la mente del lector. Hoy se habla de «desinformación por exceso de información», de saturación informativa, de anonadamiento del público por el volumen de noticias que lo apabullan segundo a segundo desde todos los medios de comunicación social. El lector de hoy se reduce a los titulares y a uno que otro encabezamiento de las noticias porque ha comprendido que el alud informativo le sirve bien poco para orientar sus acciones en el medio social en que actúa. No en balde un periodista sueco afirmó lo siguiente: «De ahora en adelante, la

misión de la prensa será igual a la de los diques de Holanda: salvaguardar al lector de la avalancha sin cesar creciente de noticias».

La exacerbación del factor proximidad, según el cual tiene más valor noticioso lo que está cercano al lector potencial del periódico, condujo también a una deformación localista de la información que ya no se compadece con la interdependencia que caracteriza al mundo contemporáneo. Sin pretender que estemos viviendo en la «aldea mundial», como afirma Mac Luhan, es indiscutible que el parroquialismo constituye hoy un defecto para la exacta comprensión del mundo en que vivimos. El localismo constituye una deformación, en el sentido de hipertrofiar la importancia de uno solo de los factores en detrimento de otros. A nadie se le ocurre hoy, por ejemplo, que un choque automovilístico en una calle de Caracas tiene más importancia noticiosa que una reunión de la OPEP en Viena o en cualquier capital lejana.

La tendencia al sensacionalismo se inscribe también en las deformaciones que el periodismo objetivo impuso en el mundo occidental. La necesidad de ganar lectores, el imperativo del lucro creciente, están en la base del sensacionalismo. Pero es indiscutible que los recursos provistos por la técnica son los que han hecho posible esta degeneración informativa: grandes titulares, magnificación de hechos intrascendentes, color, fotografías desplegadas, lenguaje incendiario, todo eso llegó a constituir una escuela en el periodismo norteamericano de los años veinte y sigue conservando cultores hasta nuestros días. La diagramación está en la base de todo este proceso, aunque no es la responsable directa. La técnica de la titulación, con las síntesis deformantes que impone, constituye otra de las vetas del sensacionalismo.

Señalemos, por último, que la tendencia a eliminar todo lo que sea conflictivo, en el afán de agradar a todos los públicos sin irritar a nadie, también ha creado vacíos y deformaciones en la información

contemporánea. En efecto, ha impuesto un predominio de lo pintoresco, de lo insustancial, sobre los problemas verdaderamente significativos. Por otra parte, la renuncia a una definición política propia del diario o del medio, en general, lejos de alcanzar el nivel de credibilidad y confiabilidad a que se aspira, sólo sirve para establecer limitaciones al enfoque de la realidad cotidiana. Además de eso, han contribuido a la frivolidad de los fenómenos políticos, el presentarlos con el mismo tratamiento que se aplica a los sucesos de farándula o a la «vida social». Si esto respondiera a una posición crítica, con la cual se buscara subrayar la vaciedad de la vida política del país, pasaría. Pero no es esa la intención de ese tratamiento.

No creemos haber agotado todos los vicios que la objetividad, o el periodismo industrial, si usted quiere, ha engendrado a lo largo de un siglo. Los defectos que hemos señalado sólo son indicativos y han sido registrados para insistir en dos cosas: primero, que el periodismo objetivo respondió a las características de una época histórica concreta, que examinaremos en el próximo capítulo; y segundo, que tales condiciones han cambiado y se impone un nuevo tratamiento, un nuevo periodismo.

La edad del optimismo

Aproximadamente podemos dividir las naciones del mundo en vivas y moribundas. Por un lado tenemos grandes países de enorme poderío que cada año crecen en vigor, en riqueza, en dominio y en la perfección de su organización. Los ferrocarriles les permiten concentrar en un punto cualquiera toda la fuerza militar de su población y reunir ejércitos de una magnitud y potencia jamás soñadas en las generaciones pasadas... Al lado de estas espléndidas organizaciones, cuya fuerza en nada parece disminuir y que presenta contrapuestas reivindicaciones que el futuro sólo será capaz de arreglar mediante un arbitraje sangriento, hay numerosas comunidades que yo sólo acierto a describir como moribundas²⁸.

Esta es la imagen del mundo que, en 1898, dio el Primer Ministro Británico Lord Salisbury, en discurso pronunciado en el Albert Hall de Londres, según recuerda James Joll. Estaba llegando a su fin la era de paz, estabilidad y confianza general que había vivido Europa desde 1870. Se advierte en las palabras del político inglés la intención de provocar un nuevo reparto del mundo por la fuerza, a costa de las naciones moribundas, y las tensiones que estallarían en 1914 con la Primera Guerra Mundial.

Antes de que eso ocurriera, la burguesía había impuesto en el mundo europeo, aun en los Estados Unidos, un modelo de convivencia y de

[28]_ JOLL, James: «Europa, Soberana del Mundo». *En Historia Mundial del Siglo XX*. Tomo I. pp. 1-7. Ed. Vergara, Barcelona, España, 1972.

estructuración social caracterizado por el equilibrio, la fortaleza de las instituciones políticas, la fe en el destino del hombre y la exultación general ante las conquistas que la ciencia y la técnica comenzaban a entregar en forma continua y generosa. En este mundo, nostálgicamente descrito por Stefan Zweig en *El Mundo de ayer*, surgió y se desarrolló el periodismo objetivo. Resultaría imposible explicar muchos de sus rasgos, si desconociéramos la atmósfera que lo rodeó. Las formas periodísticas responden, en sus líneas fundamentales, a las necesidades y solicitudes de una época. No son, como suele creerse a menudo, el fruto de los caprichos o del ingenio de alguien en particular, aunque tales caprichos e ingenio dan con frecuencia matices especiales a su fisonomía.

En el mundo convulsionado que va desde finales del siglo XVIII hasta la Guerra Franco-Prusiana y la Comuna de París, los objetivos, las apetencias y hasta la sensibilidad de los hombres demandaban un periodismo fuerte, combativo, resueltamente comprometido con una causa. En esas condiciones floreció vigorosa la más espléndida manifestación de periodismo de opinión que registra la historia de la prensa. Ensayistas como Steele, Addison o Franklin; panfletistas como el Defoe del *Diario de la peste*; cronistas agudos como Swift, revelan en sus trabajos el pulso agitado, ebullente, de aquellos tiempos.

En efecto, esa era se inicia con encendidas controversias acerca del origen del poder político, las relaciones entre el individuo y el Estado, la vigencia de las nacionalidades en un mundo continuamente sacudido por los choques internacionales. Dentro de ese marco se producen las grandes revoluciones políticas promovidas por la burguesía para adueñarse del poder, luego las violentas reacciones y contra reacciones que precedieron a la estabilización de la clase burguesa en el control del aparato estatal. Y, emergiendo entre las grietas del régimen feudal en franca declinación, se insertaba una batalla novedosa, desconocida hasta entonces: la que iniciaban los trabajadores industriales por la obtención de mejores

condiciones de vida y de trabajo. En resumen, un oleaje social y económico sobreponiéndose a la marejada política impulsada por la burguesía.

Todo aquel panorama aparecía, además, iluminado por una aguda controversia ideológica. Estaba encendida todavía la discusión entre liberales y conservadores acerca de la validez de los cambios revolucionarios ocurridos en el escenario europeo. Los ideólogos de la burguesía no habían tenido tiempo de colgar la pluma, no obstante que la polémica alcanzaba más de cincuenta años. Cuando aún no estaba consolidado el dominio burgués, ya se lo cuestionaba desde las trincheras del naciente proletariado, clase que reclamaba su derecho a gobernar la sociedad. Y todo esto se hacía a un ritmo tan vertiginoso que el libro y el folleto no eran lo suficientemente ágiles para cumplir la misión de combate. El periódico de opinión aparecía así como una exigencia ineludible de las condiciones reales de aquel tiempo.

Tras las agitaciones de 1830 y 1843, la sociedad burguesa parecía haber alcanzado cimientos más o menos sólidos para asentar su concepción del mundo. Pero se trataba de una ilusión. Las fuerzas políticas seguían presionando nuevos enfrentamientos, tanto a nivel nacional como internacional. La confluencia de ambos factores desata la doble confrontación que se registra en el suelo de Francia en 1870. El poderío bélico prusiano, juvenil y arrogante, destroza fácilmente la resistencia del vetusto ejército que una vez paseara triunfante por todo el continente bajo la conducción de Napoleón, y tratando de aprovechar esa brecha para abatir la hegemonía burguesa, insurge la clase proletaria, ahora con definida orientación socialista, dando origen a la primera forma de gobierno obrero que conoce la historia: la efímera Comuna de París.

Allí quedaron selladas las últimas perturbaciones de la sociedad burguesa en lo que restaba de siglo. A partir de entonces, adviene la imposición sin contrapeso significativo de las ideas, las costumbres, los gustos,

la sensibilidad y la filosofía de la vida propios del burgués, orgulloso de su victoria y ciegamente seguro de su porvenir.

El mundo burgués

Esas pujantes organizaciones a que se refería Lord Salisbury en 1898 comienzan a vivir entonces su etapa de esplendor. Gracias a los tratados y a la política de equilibrio de fuerzas militares se había asegurado, por lo menos en lo inmediato, un período de sosiego internacional. Ciertamente que en Francia pervivía un rencoroso sector nacionalista que soñaba en secreto con la oportunidad de una revancha contra Alemania, y que, en no pocas ocasiones, como lo demuestra el caso Dreyfuss, promovía apasionadas corrientes de opinión. Pero tales tendencias no alcanzaban a dominar el escenario.

En el campo interno, los ímpetus del proletariado europeo se habían reducido sustancialmente después de la derrota que significó la Comuna. Es más, al conjuro del cambio que se estaba registrando en las condiciones materiales del trabajador en virtud del crecimiento de la riqueza social, comenzaban a surgir planteamientos destinados a justificar la conciliación entre las aspiraciones de la clase obrera y las ofertas, espontáneas o inducidas, de los patrones. El marxismo tradicional, doctrina dominante en la Primera Internacional, es colocado en revisión por ideólogos como Karl Kautzki, Hilferding y otros, para quienes el acceso al poder no pasaba necesariamente por un proceso de violencia. Así que, también desde las plataformas de la lucha ideológica, emanaban corrientes disuasivas, tranquilizantes.

Se puede decir que la situación económica contribuía a este relajamiento de las tensiones. Inglaterra, con su inmenso imperio y el dominio de los mares, regía los destinos del mundo capitalista, sobre todo cuando a su condición de exportador de mercancías industriales sumó la

de exportador de capitales. Alemania había despuntado con una energía sorprendente, una vez lograda su unidad nacional bajo la égida de Prusia. En pocos años, estuvo en condiciones de competir con Gran Bretaña en la producción de acero, de maquinaria y de hulla, mientras que tomaba la delantera del mundo en la industria química. Francia, a pesar de la derrota militar del 70, se afincaba en su potencial agrícola y en la lozanía de su vida cultural para mantenerse en el rango de gran potencia. París seguía siendo el ombligo del mundo en literatura, artes y modas. Por otra parte, la tenacidad de sus científicos le permitía conservar el ritmo en desarrollo industrial, mientras que las reservas del imperio colonial aportaban ingentes recursos para sostener el esplendor de la vida burguesa y acceder con elasticidad a los reclamos de los trabajadores.

En esta época se desarrolla y consolida un nuevo tipo de imperialismo, en muchos sentidos diferente a las modalidades española y portuguesa de los siglos XV y XVI. Las grandes potencias europeas se reparten el mundo en zonas de influencia y someten a los países de África, Asia y América Latina a regímenes distintos de dominación. En algunas partes, especialmente en África, se impusieron por derecho de conquista, en medio de insólitas depredaciones. En otras, como algunos países asiáticos, mantuvieron las estructuras nacionales de gobierno pero en condición subordinada ante los agentes imperiales. Por fin, en regiones como Latinoamérica utilizaron las formas de los controles aduaneros, el monopolio del comercio de exportación e importación y el flujo de las inversiones financieras. Todo esto permitía a las metrópolis europeas el incremento de su riqueza nacional. Y si bien es cierto que la mayor parte de esos beneficios estaban destinados a las minorías de la clase dominante, también lo es que la abundancia de recursos sirvió para apaciguar el ánimo de los desposeídos y para crear la sensación de un bienestar generalizado.

El mismo ambiente de las ciudades representaba un llamado al optimismo. Las normas del urbanismo introdujeron un orden, una comodidad

y hasta cierto lujo en las calles. La iluminación artificial generalizada acrecentó las posibilidades de la convivencia extrahogareña. Los parques públicos ofrecían la oportunidad de participar en aquella especie de fiesta continental. El interior de los hogares sufría también el impacto de la técnica. Había mejor iluminación, el aspecto de las paredes se enriquecía con telas y adornos exóticos llegados de tierras lejanas. Eso que se ha llamado el confort comenzaba a inundar la vida del europeo.

Por otra parte, la ciencia no hacía otra cosa que arrojar continuamente incentivos para encender la fe en el porvenir. La medicina había descubierto las causas de enfermedades antaño aterradoras y encontrado los medicamentos necesarios para prolongar la existencia en buenas condiciones de salud. Bajo la advocación del positivismo, se había llegado a la conclusión de que el conocimiento humano no tenía límites y que, gracias a la educación, nada podía obstaculizar la perfección gradual del género humano. Incluso aquellas disciplinas que, hasta entonces, habían sido reacias a un ordenamiento lógico y racional, como era el caso de las ciencias sociales, estaban ahora en condición de desarrollarse según pautas científicas rigurosas, al igual que las ciencias naturales. De este modo, las relaciones entre los hombres y los pueblos —objeto de la sociología y la política— serían regidas sin los peligros de las pasiones irracionales. El progreso indefinido no sólo estaba en la ruta de las actividades materiales, sino que también era válido para las díscolas ciencias sociales.

Incluso la literatura y el arte sentían el influjo de todo este hervidero de novedades. Balzac se esmeraba en dejar un retrato fiel de las gentes, costumbres y vicios de la época, pero Stendhal orientaba sus indagaciones más bien hacia las pasiones del individuo y Flaubert hacía otro tanto con cierta inclinación a los refinamientos del estilo. Verlaine, Mallarmé y Rimbaud representaban el rechazo de todo aquello, pero al mismo tiempo reflejaban en su angustia y en sus vicios el contacto con los elementos que constituían la novedad y el orgullo del mundo burgués. Más

allá de estas manifestaciones literarias perdurables, surgió el gusto por la literatura de viajes y por el relato ambientado en regiones exóticas. Por la vía de la literatura se estaba llegando a uno de los géneros característicos del periodismo objetivo —el reportaje—, gracias a las descripciones deslumbrantes de los viajeros que regresaban del Asia o del África.

La pintura abandona los recintos cerrados, las telarañas y las penumbras de las buhardillas, para establecerse en las calles y en los parques. También aquí, por la vía del impresionismo, penetra la enfermedad científica. El pintor busca ahora un estudio de la luz y esta concepción lo lleva a proporcionar una visión hasta entonces inédita de los hombres y las cosas. La pintura impresionista es alegre, sana, exhala el fervor de vivir. Parques, hipódromos, cafés, teatros. He allí los escenarios. La gente vive, goza, se divierte. Estamos muy lejos, con estos azules-blancos y amarillos tenues, de la violencia del color fauvista o de las contorsiones delirantes del expresionismo. Más tarde, antes de llegar a la pintura que responde mejor a la etapa de quiebra de la fe, el cubismo también impone la tendencia a la investigación, al estudio, con la descomposición del rostro humano y todos los objetos reales en superficies superpuestas. Estamos allí ante una fase fría, transitoria, que precede la edad del grito.

Los mundos marginales

Se podría argumentar que estos rasgos sólo corresponden a la realidad de las grandes potencias europeas en el último cuarto del siglo pasado. Y es cierto. Más allá del esplendor de las metrópolis, se extendía todo un mundo marginal integrado por las llamadas por Lord Salisbury «naciones moribundas» y por aquellos países que estaban buscando todavía el camino hacia el bienestar y el progreso. China y el imperio turco, por ejemplo, estaban en plena decadencia, en vísperas de que las potencias europeas se lanzasen sobre ellas como buitres. El imperio Austro-Húngaro era un cascarón vacío sometido a las múltiples presiones de los

pueblos eslavos que deseaban obtener su independencia. La Rusia zarista ofrecía una imagen contradictoria. Por un lado, estaba viviendo un proceso de industrialización acelerada en la zona europea. Por el otro, se mantenía en la más estricta miseria y atraso en las extensas áreas asiáticas. Allí también el soterrado movimiento de pueblos oprimidos en busca de su autonomía presagiaba violentos cambios en el futuro.

De todos esos mundos llegaba a Europa la relación esporádica de las crisis políticas, de las rebeliones sangrientamente domeñadas por los gobiernos, de las intrigas que se tejían en los palacios entre los miembros de dinastías decadentes. Pero llegaba también una literatura estremeceadora, en la cual no sólo se daba una versión escalofriante de las condiciones materiales de vida de la gente, sino también una visión de vértigo sobre los abismos anímicos de hombres y mujeres que sufrían. Gogol, Dostoievski, Turgueniev, Pushkin. En aquellas regiones del sufrimiento y la miseria había también seres que pensaban, que defendían ideas muy parecidas a las que proporcionaron el esplendor europeo.

En los Estados Unidos, para la fecha, la situación tampoco era bollante. Había terminado la conquista del Oeste, las proficuas tierras del medio-oeste, verdaderos graneros del país, seguían produciendo en grandes volúmenes, pero los precios se habían envilecido, los costos de los enseres industriales indispensables para el trabajo agrícola se encarecían progresivamente, poco a poco estaban apareciendo monopolios que establecían diversos tipos de dominación sobre los productores, una segunda generación de inmigrantes —polacos, judíos, centroeuropeos, noruegos— encontraba agudas fricciones para aclimatarse a su nuevo hogar. En fin, la unión norteamericana —como lo recuerda Sir Denis Brogan²⁹— estaba viviendo un período de dificultades. La crisis que arrancaba, de acuerdo con ese historiador de 1873, estuvo a punto de provocar la ruptura del

[29]_ BROGAN, Sir Denis: «Expansión de los Estados Unidos». En *Historia mundial del siglo xx*. Tomo I. pp. 25-31. Ed. Vergara. Barcelona, España. 1972.

sistema bipartidista, cuando en una justa electoral el candidato populista William Jennings Bryan perdió la presidencia de la república solamente por 500 mil votos. Pero, con el profundo individualismo que caracteriza al norteamericano, semejantes tensiones se fueron diluyendo sin poner en peligro la estabilidad del estatus, hasta que la guerra con España y la irrupción de Estados Unidos en la escena mundial con rango de potencia abrieron nuevamente las fuentes del optimismo.

Ración de noticias

En este mundo de cambios vertiginosos, que parecía ofrecer a cada persona una oportunidad para el bienestar y la felicidad, surgió el periodismo objetivo cimentado en una concepción industrial. El progreso técnico, como hemos visto, le permite adoptar pautas de trabajo y de producción que antaño eran inexistentes. El desarrollo industrial había creado condiciones económicas, sociales y políticas que hacían posible el surgimiento de un nuevo público, al cual había que llegar con un mensaje adecuado.

El trabajo industrial obligó a la alfabetización y al establecimiento de la educación pública, gratuita y obligatoria. Con ella se crearon las bases espirituales para que el trabajador industrial fuera un potencial cliente de los periódicos. El mejoramiento de la remuneración —en relación con las que predominaban en los medios rurales— lo hacía apto desde el punto de vista del poder adquisitivo. La necesidad de mantener a los contingentes obreros en las cercanías de las fábricas condujo al urbanismo y a la concentración de grandes masas humanas en áreas relativamente pequeñas, con lo cual se facilitaba la distribución en grandes volúmenes de los periódicos. Por último, la concesión del derecho de voto, el sufragio universal, interesó a este nuevo público en los asuntos de la comunidad, y al dar origen a este incentivo político creó

las motivaciones necesarias para buscar información, es decir, impulsó al trabajador hacia el periódico.

De este modo, el periodismo industrial objetivo dispuso de dos tipos de público: el burgués, interesado en la marcha de los negocios, en los movimientos de la bolsa, en los proyectos gubernamentales, en los sucesos del extranjero, en los acontecimientos políticos y, seguramente, en las actividades propias de la cultura: arte, música, pintura, etcétera. El proletario, que busca en las páginas del diario los signos que le permitan saber si habrá estabilidad en el trabajo, si se están abriendo nuevas empresas en las cuales pueda encontrar mejores condiciones, si hay alguna iniciativa destinada a mejorar la vida en el barrio en que habita, si hay diversiones que estén al alcance de su familia; y, ¿por qué no? también indagará en las promesas de los políticos y en los relatos de los viajeros que encontraron aventuras divertidas más allá de los mares.

Llegar a estos públicos es la meta del periódico industrial. Estos hombres y mujeres necesitan enterarse de lo que pasa, han adquirido el hábito de la noticia, que no siempre es el hábito de la lectura. Es necesario proveerlos de una ración diaria de información, así como otras empresas se encargan de suministrarles la leche, el pan o las verduras. Pero, en primer lugar, es necesario llegar a todos por igual, sin enajenarse el ánimo de ninguno. Para eso es necesario ofrecer un periódico variado, fresco. Estos hombres y estas mujeres no desean conflictos, buscan simplemente la oportunidad que la sociedad burguesa tiene reservada para cada ser humano. La misión del diario es alimentar esa esperanza.

La quiebra de un mundo

Por debajo de aquel mundo tranquilo, avanzaban corrientes profundas que determinarían la quiebra de todos los supuestos en que el hombre europeo había fundamentado su vida hasta entonces. Que muy pocos estaban advertidos de la existencia de esas tensiones, o al menos de su importancia real, lo demuestra la zozobra, el asombro que causó el estallido de la Primera Guerra, y resulta curioso observar que la conflagración bélica fue precedida por violentas polémicas entre nacionalistas e internacionalistas. Incluso hubo acuerdos y juramentos, como aquellos emitidos por la Segunda Internacional, en el sentido de oponerse en nombre de la solidaridad proletaria a la contienda burguesa. Sin embargo, en el fondo se esperaba un entendimiento final entre las potencias porque no se creía que las fricciones fueran tan hondas.

Durante todo el período, se fueron acumulando contradicciones de todo género en el seno del capitalismo occidental. Las viejas potencias imperiales —Inglaterra, Francia, Holanda, España— veían surgir desafiantes naciones nuevas, que reclamaban su derecho a la explotación del mundo colonial y de los mercados internacionales. En el continente, Alemania unificada era un desafío cotidiano para las posiciones de los poderes tradicionales. Había alcanzado un desarrollo industrial vertiginoso, que superaba al de sus congéneres por la modernidad de los equipos y por la novedad de las ramas introducidas al campo productivo a partir de la química. En un plano menor, Italia —también unificada recientemente— pugnaba por equipararse con las demás naciones continentales

de más rancio abolengo industrial y colonial. Y en el Asia, Japón occidentalizado comenzaba a perfilarse como un centro de poder que, si bien distante, estaría en condiciones de influir en los destinos del mundo colonial europeo y aun de causar fracturas en el coto de las grandes naciones.

Este enfrentamiento tácito —a nivel económico, comercial, político y de prestigio— ocasionaría a la larga choques tormentosos. La rivalidad económica servía, sin lugar a dudas, para atizar las nunca bien apagadas brasas del nacionalismo. Franceses y alemanes se vigilaban mutuamente, con propósitos recónditos de cazar una nueva pelea, entre otras razones porque ningún francés estaba satisfecho de haber perdido Alsacia y Lorena. Los ingleses se movían incesantemente proponiendo alianzas o impidiéndolas, según los casos, a conciencia de que su tranquilidad dependía en gran parte del equilibrio de fuerzas en el continente. De allí que todo movimiento que dieran los demás gobiernos resultaba sospechoso para la Corte de Saint James. La reina Victoria había logrado imponer el sello británico en el mundo entero y no estaba dispuesta a dejar que sus dominios fuesen siquiera rasguñados por los países emergentes. La era de la confianza aparente era, en la realidad, un tiempo de sospechas, recelos y maniobras intensas en todo el Occidente.

Las fuerzas combinadas del nacionalismo y del poderío económico desembocaron necesariamente en la tentación del desarrollo militar. Alemania se dio a la tarea de construir una gran fuerza naval, capaz de desafiar a la armada inglesa en sus propios mares. Los objetivos precisos de aquella escuadra no estaban bien definidos. Pero los líderes alemanes, tanto en el gobierno como en los negocios, tenían muy clara la situación de su país. Había llegado tarde al reparto del mundo y, en consecuencia, carecía de colonias que la abasteciesen de materias primas y le ofreciesen extensos mercados de consumo para sus productos industriales. Allí estaba una meta, aunque no fue una búsqueda desaforada. Por otra

parte, estaba el mercado europeo mismo, en el cual podían advertirse —como lo señaló Lord Salisbury— imperios moribundos que bien podrían ser conquistados por la vía del comercio o de la influencia política. Por eso, conjuntamente con el plan naval, surgieron en los medios militares proyectos de invasión muy bien estudiados, listos para ser puestos en marcha cuando la decisión política estuviese madura en el seno del gobierno. El poderío militar alemán desató la carrera armamentista. Los británicos remozaron su armada, los franceses convirtieron al ejército en una institución mítica que representaba todas sus esperanzas de revanchas. Italia buscaba respaldar sus ambiciones de conquistas en el norte de África con la creación de un ejército en forma, España seguía en la modorra que la llevaría al desastre de 1898, Holanda y Portugal aparecían como un tanto fuera de aquella maraña de tensiones y amenazas.

Desde la periferia de Europa llegaban también corrientes que contribuían a encender más aún la situación. Los pueblos balcánicos continuaban —ahora contra Austria-Hungría— su lucha secular por la independencia. Aquellos forcejeos, dirigidos especialmente por Serbia, no eran indiferentes a las potencias europeas. Los dirigentes más lúcidos estaban conscientes de que la agonía del imperio de Francisco José era indetenible, así como también la del imperio turco. Cualquier modificación introducida en ese cuadro podía trastornar radicalmente el equilibrio de fuerzas en el continente. De allí que mientras en algunas zonas intervenían para estabilizar los gobiernos constituidos, en otras impulsaban la subversión, según las conveniencias. Lo que no percibieron los dirigentes europeos fueron las consecuencias de aquel juego de influencias. Quizás estaban persuadidos de que la eventualidad de un choque armado se reduciría a las regiones afectadas sin incidir en el centro de poderes. Y fue en eso, precisamente, donde los cálculos fallaron. La chispa del desastre partiría de ese mundo marginal.

En este panorama, estaban desapareciendo las condiciones para una prensa apacible, desligada de compromisos y pasiones. La historia registra que, mientras la mayoría de los periódicos noticiosos eran adquiridos mecánicamente, sin devoción por parte del lector, voceros de combate como *L'Humanité*, de Jean Jaurés o *L'Homme Libre*, de Clemenceau, incendiaban los espíritus en favor o en contra de la guerra que se avecinaba. Las personas militantes, los que abandonaban la «ración de noticias» para sumergirse en las aguas polémicas de aquel periodismo, no se dejaron engañar nunca respecto al destino que les esperaba. En aquella escena agitada, violenta, la lucha de opiniones en las páginas de la prensa se imponía como una necesidad. Como la información dominante, bajo el signo de la objetividad, no estuvo a la altura de aquellas exigencias, se produjo el vacío denunciado por Maynard Brown.

La guerra ideológica

La guerra del 14 fue antecedida por una serie de sucesos bélicos que son como hitos en la marcha hacia la gran conflagración: La guerra Ruso-Japonesa, la guerra de los Bóers, la sublevación de los Bóxers. Todos ellos eran indicativos de una situación en franco deterioro del equilibrio internacional. Sin embargo, ninguno de estos acontecimientos tuvo la irradiación conflictiva que produjo la frustrada revolución de 1905 en la Rusia zarista, si los analizamos desde el ángulo de sus efectos en la naturaleza de la información.

El estallido de 1905 rompe varios decenios de pasividad del proletariado europeo. De nuevo se habla de la conquista del poder por la vía de las armas, del famoso «asalto al cielo». Se podría argumentar que este episodio no tuvo la magnitud suficiente como para alterar las grandes líneas políticas del movimiento obrero continental. Pero no es así. En verdad, los incidentes mismos, los choques con el ejército, el intento de

asumir el control del gobierno, pueden haber aparecido ante los ojos del europeo como simples desórdenes, propios de los pueblos marginales, y no hay duda de que la Rusia zarista no figuraba entre las naciones rectoras del mundo para la fecha. Pero lo importante de la Revolución de 1905 es que replantea, y no solamente para Rusia, la discusión acerca de las estrategias y las tácticas revolucionarias, mantenidas en un tercer plano por los líderes socialistas de entonces. En otras palabras, reabre la guerra ideológica, como va a ser evidente en los años inmediatos.

Al lanzar, tanto en la teoría como en la práctica, su concepción revolucionaria, Lenin plantea también sus posiciones doctrinarias en relación con el papel de la prensa en la sociedad. Entiende perfectamente que el periodismo que se limita a proporcionar informaciones frías, escuetas, factuales, no es el que conviene a un movimiento que se propone la transformación de la sociedad, ni a un pueblo que necesita algo más que enterarse de lo que está ocurriendo para comprender cuál debe ser su actitud. Lenin reclama un periodismo que no sólo sirva para el combate, para esclarecer a los millones de seres semianalfabetos de su país cuáles son las causas de su opresión, sino también uno que sea útil a la hora de organizar y educar a las masas para la tarea de la construcción de un nuevo modelo de convivencia.

Las concepciones leninistas sobre la prensa, suficientemente claras desde la aparición de *Iskra*, y mantenidas en las páginas de *Pravda*, no pudieron plasmarse a plenitud hasta la victoria de la Revolución Bolchevique. Pero, al encender nuevamente el fuego de la polémica ideológica en el seno del movimiento socialista internacional, impregnó con la guerra ideológica a todo el mundo de su época. El enfoque de la guerra adquirió así una nueva dimensión. Los dirigentes socialistas alemanes, cabezas visibles del socialismo europeo, no tuvieron más remedio que recoger el reto de aquel obstinado dirigente ruso y colocar en discusión todos los principios que habían informado su comportamiento político hasta la

fecha. No fueron consecuentes, ciertamente, con las promesas que ellos mismos habían propuesto en congresos y reuniones, como lo demostraron cuando votaron a favor de los créditos para la guerra y al escindir con ello a todo el socialismo europeo, pero la rebelión de los espartaquistas pone de relieve que el debate había sido algo más que palabras.

Al asumir el gobierno, Lenin asesta, pues, un golpe decisivo a la concepción mercantilista del periodismo. El periódico debe ser un agitador y un organizador social. Es decir, el periodismo pasa a ser un servicio público con objetivos y obligaciones muy precisos, no un negocio con fines de lucro. La prensa debe estar en manos de la máxima representación de los intereses colectivos —sea Estado, partido o sindicato—, no en manos particulares. De este modo, rompe el monopolio que el sector privado había ejercido en el campo de la información bajo el dominio de la burguesía. El periódico debe dar prioridad a aquellos acontecimientos —físicos o espirituales— que contribuyan a resaltar los elementos constructivos en la acción del hombre, pero al mismo tiempo está en la obligación de enfocar los errores y defectos de las instituciones sociales, no para hacer sensacionalismo a base de ellos, sino para criticarlos con severidad y para sugerir las soluciones correspondientes.

Aquí está contenida toda una transformación en la manera de concebir el trabajo periodístico, la información en general. Diferente de la postulada por la doctrina de la objetividad, como es obvio. Pero diferente aun del viejo periodismo de opinión desarrollado por la burguesía, por cuanto el periodismo propuesto por Lenin no desconoce, sino todo lo contrario, la importancia de los hechos, el valor de la información, sino que exige ir más allá del relato escueto de lo que pasa. Este criterio, personalmente aplicado a la prensa, impregnó también la concepción leninista de la función del cine, para 1918 en pañales, y de la radio, cuya aparición ocurrió dos años antes de la muerte del líder

socialista. Lenin comprendió con gran sagacidad la importancia que ambos medios iban a tener en un país inmenso, separado por barreras muy diversas, disperso en enormes extensiones y, sobre todo, predominantemente analfabeto.

En el mundo de la objetividad, aparece así la primera grieta de importancia. En los años que siguen a 1918, tanto por el influjo del pensamiento de Lenin y el que deriva del impacto revolucionario en sí, como por las insatisfacciones que dejó la información objetiva acerca de la Primera Guerra Mundial, los postulados de la objetividad son continuamente sometidos a la prueba de los hechos —valga la ironía— y en cada experiencia se pone de manifiesto su deleznableidad.

Nuevos golpes

Los lectores de los años veinte tuvieron una visión exacta del inmenso drama que significó la guerra del 14 porque la literatura y el arte lograron recreaciones magistrales de la angustia del hombre solo en la trinchera, del destrozo causado por la contienda en los hogares, del profundo desaliento que embargaba a los combatientes cuando sonaron los últimos disparos y comenzaron a preguntarse por qué y para qué habían hecho aquel horrendo sacrificio.

El europeo formado en el último cuarto del siglo XIX confiaba en la fuerza de la razón, en la posibilidad cierta de llegar a entendimientos mediante discusiones racionales y argumentaciones lógicas. No estaba en condiciones de comprender, porque carecía de esa información, la existencia de profundas tendencias irracionales en la mente humana, capaces de provocar comportamientos inesperados. Primero Bergson con sus teorías sobre la intuición como vía del conocimiento, luego Friedrich Nietzsche con sus delirantes análisis de la conducta humana y, por último, Sigmund Freud con el Psicoanálisis habían llamado

la atención sobre la importancia de aquellas fuerzas que se mostrarían abiertamente durante los años de la conflagración.

El lector común, ese que recibe su ración diaria de noticias, tampoco estaba advertido acerca de la influencia que tienen en las decisiones gubernamentales los intereses de ciertos grupos enquistados en cada nación, los cuales determinan la hora y sitio de los conflictos bélicos según las conveniencias de los negocios. Y así, mientras él cree estar muriendo por la patria, el magnate está calculando el volumen de las ganancias en cada operación guerrera.

Obras llanas, tradicionales en su concepción y estructura, como *Sin Novedad en el Frente*, de Erich Marie Remarque o *El Infierno*, de Henri Barbusse; poemas que representaron una verdadera revolución estética como los de Aragon, Eluard, Breton —pontífices del Surrealismo— revelan aun en su forma las tremendas convulsiones que estremecieron al hombre europeo. El Expresionismo y el Surrealismo en la pintura ofrecen también un cuadro penetrante de aquellos días y gracias a eso podemos formarnos una idea real, profunda, del ánimo prevaleciente.

La crisis económica de 1919, que desplomó lo poco que había dejado la guerra en pie, significó otro remezón en la confianza de la gente. Todo aquello que se le había dicho que era sólido, estable, seguro, se estaba desmoronando ante sus ojos sin que llegara a percatarse de las causas. Sólo sabía que ella pagaba las consecuencias. La credibilidad del europeo en los principios que habían cimentado el maravilloso mundo de finales del siglo XIX había llegado a cero.

Sin embargo, los teóricos del capitalismo sostenían que tales fenómenos eran pasajeros y que advendría una etapa de recuperación, pues las fuerzas del sistema conservaban vigencia como lo demostraba la robustez de la economía norteamericana. La crisis de 1929 vino a sepultar estas ilusiones. También en Estados Unidos los llamados mecanismos naturales del

mercado habían fallado estruendosamente. El liberalismo decimonónico, la herencia victoriana, no podía seguir funcionando. En todas partes, hubo que buscar fórmulas de intervención estatal, de control económico, para corregir los desenfrenos de las famosas fuerzas naturales.

Ahora bien, todo esto había que explicarlo. Ya hemos visto cómo en los Estados Unidos surgieron las revistas informativas semanales y un diario —*Wall Street Journal* para responder a esta acuciante necesidad de información útil del público. Los remedios aplicados a la crisis, bajo el gobierno de Franklyn Delano Roosevelt, el «Nuevo Trato», impusieron la necesidad de producir flujos de información permanente desde las esferas del gobierno, como también de los pocos órganos de prensa que lo respaldaban, para vencer las resistencias de la gente a las medidas intervencionistas. Había que esclarecer a los ciudadanos, que habían estado acostumbrados a la noción del Estado liberal, en qué consistía la función de la administración pública y cuáles obligaciones creaba en la comunidad. En resumen, había un cambio en las relaciones gobierno-sociedad, una fuente de tensión ideológica, y para evitar fricciones negativas había que buscar nuevas maneras de informar.

De este modo, el país del libre cambio y de la objetividad hubo de declinar en su apego a ambas concepciones ante los impactos de la realidad. El lector norteamericano, que se había emocionado con la guerra de los «Tabs», que se consideraba óptimamente informado porque así se lo había hecho creer una «prensa libre», despertó un día en medio de escombros que nadie le había anticipado y que nadie alcanzaba a explicarle.

En la esfera política, los decenios del 20 y del 30 reservan aún acontecimientos de envergadura para el destino de la información. Se creyó durante mucho tiempo que los cambios introducidos por Lenin en las concepciones de la prensa eran indesligables de su concepción política y que, mientras no se abatiera al sistema capitalista, nada había que temer.

Las transformaciones ocasionadas por la crisis en la prensa norteamericana demuestran que semejante ilusión carecía de bases. En el mismo sentido, habría que registrar las modificaciones impuestas por el fascismo en Italia y por el nazismo en Alemania, sin vulnerar las estructuras del sistema capitalista.

Cierto que ni Mussolini ni Hitler colocaron la prensa, los medios en general, bajo el control directo del Estado. Pero esto no fue más que un mecanismo formal. Por la violencia física —garrote y aceite de ricino— o por la intimidación, cuando no por simple colusión de intereses, la prensa italiana y alemana obedecía sin chistar las instrucciones emanadas del régimen. Se produjo un cambio radical en la manera de concebir la información. Nada de información pura, imparcial o neutral. Todo lo que los periódicos publicaban, todo aquello que se difundía por la radio o el cine estaba en función de los intereses superiores del Estado fascista o nazi.

Por otra parte, nunca como en la Alemania de Hitler se empleó el poder del Estado para promover el estudio científico de la información. Como lo describe Serge Tchakhotine, en *La viol des foules par la propagande politique*, a la investigación de los mecanismos de persuasión, y la información es uno de ellos, se asignaron eminentes científicos, dineros en cantidades generosas, laboratorios y campos de experimentación. Las concepciones de Lenin eran exclusivamente intuitivas y culturales, fruto del análisis intelectual de los problemas de la información. Lo que los nazis imponen es toda una sofisticada tecnología sobre bases experimentales en el estudio de la conducta humana. Las consecuencias de este trabajo perduran hasta hoy, no sólo en el campo de la información y de la propaganda, sino también en los de la publicidad y las relaciones humanas.

Esta orientación, evidentemente contraria a la objetividad informativa, adquirió un pujante desarrollo en los Estados Unidos con posterioridad

a la Segunda Guerra Mundial, especialmente bajo la presión de la Guerra Fría, dando origen a los ahora en boga estudios de Comunicación Social o Comunicación Colectiva, emprendidos con la intención inequívoca de encontrar medios para influir, si no controlar, la opinión pública. El mundo de la objetividad está en quiebra rigurosa.

La interpretación

Debido a uno de esos imponderables tan frecuentes en el periodismo, la palabra interpretación ha resultado siempre altamente sospechosa en las redacciones de los medios. El diccionario se limita a señalar que consiste en «La explicación del sentido de las palabras». Pero el término ha adquirido, en el transcurso del tiempo, connotaciones que rebasan esa inocente definición etimológica. Las reservas que despierta el vocablo no derivan de su naturaleza terminológica, sino de los usos que ha recibido en la práctica diaria. Además, cien años de objetividad ejercida con fervor casi religioso arrojan sobre la interpretación toda una carga de prejuicios y de resistencias difíciles de evitar.

No es extraño, entonces, que en los primeros intentos de hacer periodismo interpretativo los norteamericanos hayan acudido a una artimaña, con el propósito de reducir las resistencias. Hablaron de *periodismo en profundidad*, *deep journalism*, denominación que algunos siguen aplicando con preferencia a interpretación. Asimismo, es frecuente que se diga: el periodismo interpretativo consiste en ampliar las informaciones con el mayor número de datos posible. Concepción según la cual el problema se reduce a una simple diferencia cuantitativa. Todavía podemos distinguir una tercera posición que, siguiendo a pie juntillas la definición del diccionario, limita los alcances de la interpretación a la pura explicación de los hechos.

No existe, pues, univocidad en la acepción del término. Las confusiones se hacen así inevitables, cuando se trata de precisar qué debemos

entender por interpretación y, sobre todo, qué debemos hacer para cumplir el propósito de practicar periodismo interpretativo. El Instituto Internacional de la Prensa, organismo profesional con sede en Zurich, Suiza, organizó en 1953 una reunión con el objetivo de deslindar el asunto. El debate fue abierto por Lester Markel, para la fecha Jefe de Redacción de la edición dominical del *New York Times* y presidente del instituto. Participaron periodistas de vasta experiencia en la cobertura de la información nacional de varios países, así como también en la esfera de las noticias internacionales. Alan Gould, Director Ejecutivo de la AP; J. Kingsbury Smith, Director para Europa de la desaparecida Internacional News Service; Walton A. Cole, de Reuter; George H. Pipal, Director de los Servicios Europeos de la UP; George Massip, Jefe de Servicios Extranjeros de *Le Figaro*.

Los criterios expuestos en la reunión de junio de 1953, que tuvo lugar en Londres, fueron comentados con sentido crítico por W. Bretschger, Jefe de Redacción del *Neue Zürcher Zeitung* y por Erwin Canham, director del *Christian Science Monitor*. Del mismo modo, durante varios años opinaron otros periodistas destacados, entre ellos Hubert Beuve-Méry, para entonces director de *Le Monde*. Aquí resumiremos el contenido de la discusión porque nos parece extraordinariamente interesante para el esclarecimiento de la doctrina y la técnica de la interpretación. Seguiremos estrictamente las versiones que publicó el órgano oficial del instituto *Cahiers de L'I.I.P.*

Conviene indicar también que, durante el decenio del cincuenta, la Asociación Norteamericana de Editores y la agencia Associated Press en varias de sus asambleas anuales analizaron los problemas de la información interpretada. Los primeros hicieron hincapié en la cobertura de la realidad interna del país y los inconvenientes que podrían derivarse de la aplicación de la interpretación en los despachos de las agencias noticiosas. La gente de la AP, como es natural, redujo el examen a las implicaciones

de la interpretación en la información internacional y en el papel que compete a los corresponsales ante esta nueva responsabilidad.

Controversia en Londres

A mi juicio, la interpretación o el background, yo no los diferencio, es la significación profunda de la noticia. Es lo que da sentido al hecho bruto; en virtud de la interpretación, los hechos se insertan en el cuadro general de una situación. En resumen, la interpretación es lo que proporciona relieve a los hechos, los ubica en su contexto y, por encima de todo, revela su significación³⁰.

Markel expuso, en seguida, uno de los aspectos claves en el tratamiento interpretativo: la diferencia entre interpretación y opinión directa u opinión redaccional, como él expresa.

Hay una diferencia enorme entre interpretación y opinión. La primera es objetiva, o tan objetiva como pueden serlo los hombres. La segunda es subjetiva. He aquí una ilustración: Relatar que el Kremlin lanza una ofensiva de paz es una *información*. Explicar por qué el Kremlin se comporta así en ese momento es una *interpretación*. Decir que toda oferta de paz del Kremlin debe ser categóricamente rechazada es la expresión de una *opinión*³¹.

Se advierten en este párrafo de Markel varias cosas. En primer lugar, el culto a la objetividad lo lleva a considerar que la interpretación es objetiva, sin percatarse de que está creando una confusión innecesaria por razones estrictamente terminológicas. En otro trabajo, publicado

[30]_ MARKEL, Lester: Intervención en el debate del I.I.P. en Londres, publicado con el título general de «Pour et Contre L'Interpretation», en *Cahiers de l'IIP*, pp. 4 y 5, No. 2, 2e année, junio de 1953, Zurich, Suiza. Todas las referencias que siguen, hasta indicar lo contrario, fueron tomadas de la misma fuente.

[31]_ *Ibíd.*

también en los *Cahiers* y citado en el segundo capítulo de este estudio, Markel abandona la timidez y reacciona abiertamente contra la objetividad entendida en el sentido periodístico.

Por otra parte, el ejemplo ilustrativo que propone Markel, en su empeño de distinguir tres tratamientos diferentes para un mismo hecho —información, interpretación y opinión— incurre en la manifestación de opiniones cuando dice: el Kremlin lanza una *ofensiva* de paz. Fue, precisamente, Jacques Kayser el que llamó la atención sobre la carga de opiniones que deriva de la adjetivación y de ciertas palabras cuyo uso las ha contaminado de connotaciones especiales. El término *ofensiva*, de naturaleza marcadamente militar, condiciona todo el contenido de la frase de que consta la información. Con eso se está diciendo, simple y llanamente, que las proposiciones de paz de la URSS representan una forma de continuar la guerra, que encierran una intención agresiva. Esta manera de informar, típica de las agencias cablegráficas norteamericanas, hace completamente innecesaria la emisión de opiniones directas y sirve de base para mantener la falacia de la objetividad.

En esa misma intervención, Markel destaca un elemento que sí tiene importancia fundamental en el análisis de la interpretación, cuando insiste en que el tratamiento interpretativo es propio de las secciones informativas del diario. Aunque no compartamos el criterio de que la división en secciones informativas y secciones editoriales revista la imparcialidad que sus defensores le asignan, creemos correcto subrayar el carácter eminentemente informativo de la interpretación. «La interpretación —dice Markel— es un elemento esencial de la parte informativa del diario. La opinión debe ser confinada casi religiosamente en la sección editorial. Ésta es una premisa sobre la cual nunca insistiremos demasiado»³².

[32]_ Ibíd.

Alan Gould, de la AP, puso énfasis en las dificultades que entraña la selección de las informaciones en el mundo contemporáneo. «El trabajo de recoger, ordenar, seleccionar y distribuir informaciones, decantándolas de ese vasto reservorio que es el mundo, no había presentado jamás tantas complicaciones como en el presente», recalcó Gould³³. Indica que lo primordial para el periodista es lograr que el lector común entienda el contenido de las informaciones, ya que los lectores cultivados disponen de otros mecanismos para encontrar explicaciones adicionales. En otra parte de su intervención, expresó que muchas veces el verdadero sentido de los acontecimientos está en su parte oculta, en aquellos detalles que escapan a la observación rutinaria. Pero, en resumen, no se pronunció.

J. Kingsbury Smith, de la extinta INS, fue más preciso: «El lector sufre —dijo— en razón de la tendencia a relatar los sucesos en una forma escueta, seca, y a ignorar ese elemento capital que ha señalado nuestro presidente (Markel) y al cual asigna tanta importancia: la significación y el alcance de las informaciones»³⁴. De una manera más frívola, acudiendo al argot periodístico, el corresponsal de Reuter Walton A. Cole también admitió la necesidad de ir más allá de la objetividad. «Me parece que las redacciones quieren explicaciones bien fundamentadas. Ellas quieren saber el porqué de la historia del hombre que mordió al perro y lo que ocurrió con ese perro, sin olvidar al hombre»³⁵.

El director de los servicios europeos de la UP para la fecha, George H. Pipal, fue más concreto:

El asunto de la interpretación ha sido bien planteado y hemos acordado ver en ella algo más que un problema de definición. Dudo que se haya escrito jamás un relato que no contenga una parte de interpretación en una u otra forma. Pero

[33]_ Ibíd.

[34]_ Ibíd.

[35]_ Ibíd.

con todo eso, tal como se ha señalado, la agencia de prensa debe estar muy vigilante para que no se escape la opinión en sus servicios... La interpretación es la base misma del servicio creciente que buscamos proporcionar, al ofrecer reportajes especiales de todo acontecimiento importante para un país o para una región en particular»³⁶.

«La interpretación supone —expresa Marcel Stijns, director de *Het Laatste Nieuws* de Bruselas— un sentido muy agudo de la responsabilidad en el periodista. Debemos defendernos de la tentación de juzgar los acontecimientos desde nuestro propio punto de vista». Aspecto que concierne a la ética general del periodismo y que tiene plena vigencia en el periodismo interpretativo, como veremos más tarde. Stijns insiste en la conveniencia de una interpretación de «buena fe», en lo cual coincide con el historiador Paul Ricoeur, quien postula como ideal de imparcialidad en el análisis histórico aquella que se basa en la «buena subjetividad», pues ante la evidencia de que es imposible descartar algún tipo de intervención subjetiva en el enjuiciamiento de los hechos, distingue entre la «buena» y la «mala» subjetividad.

Joseph Newman, corresponsal en Londres del *New York Herald Tribune*, presenta un aspecto diferente: la influencia que podría ejercer la interpretación para vencer la indiferencia del lector norteamericano ante las informaciones extranjeras.

En lo que concierne al mejoramiento de nuestros despachos, la interpretación de las noticias parece ser un factor muy importante para intentar atraer al público hacia la lectura de noticias extranjeras. Parece que este es el problema fundamental que confrontan los corresponsales, los directores y los editores.

«Se sabe que, hasta hoy, las redacciones han sido muy avaras con el espacio que asignan a la interpretación en las columnas

[36]_ Ibíd.

reservadas a las noticias —me refiero sobre todo a los diarios norteamericanos. Es posible que se basen en el resultado de los sondeos de opinión realizados entre los lectores, entre quienes el hábito en el consumo de informaciones escuetas y poco interpretadas ha hecho cundir la indiferencia hacia las informaciones extranjeras. Creo que debemos ofrecer a lo que podríamos llamar la escuela de pensamiento markeliana la oportunidad de que haga la prueba y ver así si ella es preferida a la escuela tradicional³⁷.

En el mismo sentido se pronunció Bertrand de Jouvenel.

Pienso que el artículo llamado explicativo —dijo— es muy importante porque la noticia desnuda, si este concepto existe, no significa nada para el lector. Yo creo que un acontecimiento requiere siempre de una explicación, de un reordenamiento de los hechos más relevantes. El éxito de magazines como *Time* y *News week* deriva de la presentación ordenada de los hechos, y pienso que en esta forma han dado una lección a los diarios...³⁸

No todos los participantes en la reunión de Londres podían estar de acuerdo con la interpretación. Entre las opiniones más significativas, están las de Georges Massip, jefe de los servicios extranjeros de *Le Figaro*.

Yo no estimo que la interpretación sea deseable. Interpretar una noticia es, desde ya, formular una opinión, es emitir un juicio subjetivo. La agencia no debe interpretar, debe limitarse a explicar. La noticia que ella transmite a los periódicos es una noticia bruta, una materia prima que los periódicos tratarán en función de su propia línea política. Ella debe ser presentada simplemente, ella debe ser el enunciado de un hecho acompañada de una explicación cuando ésta sea necesaria³⁹.

[37]_ Ibíd.

[38]_ Ibíd.

[39]_ Ibíd.

Massip introduce dos elementos nuevos, que deben ser tomados en consideración. Por un lado, llama a distinguir entre interpretación y explicación, diferencia que habíamos señalado desde el comienzo. Y, además, basa todo su razonamiento en toda política informativa aplicada a las noticias internacionales, propia de los diarios europeos. Ésta consiste en contratar los servicios de las agencias como materia prima que debe ser tratada en la redacción del diario y no como servicio definitivo, como ocurre en Venezuela. Desde este punto de vista, su planteamiento acerca de la inconveniencia de la interpretación en los despachos de las agencias es perfectamente comprensible y bien fundamentado. Insistiremos en este punto cuando enfoquemos el problema de la localización en la interpretación de sucesos internacionales.

El punto de vista de Massip fue respaldado por M.P. L. Bret, representante de la Société Générale de Presse.

Aun si la explicación es indispensable, ella implica necesariamente un juicio. Esto es tan cierto, que la intervención que se aplica en un órgano de izquierda no es la misma que se aplica en uno de derecha. Para justificar su pretensión de ser internacional, la agencia debe reducir su intervención al mínimo. Ella debe enunciar el hecho; puede referir con qué pasado se relaciona, situarlo en el presente, recoger los juicios emitidos por otras personas y citar los nombres. Pero debe evitar emitir juicios en su propio nombre. De lo contrario, la agencia sería de carácter nacional⁴⁰.

En el mismo sentido intervino el periodista sueco Eric Bengtsoon, del *Kallshamns Allehanda*. Según él, la diferencia entre la explicación y la opinión es tan pequeña que, inevitablemente, toda explicación produce una deformación en las noticias. En general, las reservas manifestadas por los opositores a la interpretación no implican un desconocimiento

[40]_ Ibíd.

de las limitaciones presentadas por la información objetiva. Así lo reconoció Alan Gould en una recapitulación que cerró el debate.

Nosotros, ciertamente, hemos adquirido conciencia de las complejidades de la información y de la circunstancia de que ella supone hoy día conocimientos especiales. Al mismo tiempo, reconocemos la importancia de los detalles explicativos y de la presentación de los acontecimientos en su marco de referencia, en otras palabras, de la necesidad de esclarecerlos para hacerlos comprensibles⁴¹.

Ecos finales

Lester Markel escribió posteriormente en el Boletín de la Asociación Norteamericana de Directores de Diarios un resumen de sus intervenciones en la controversia de Londres y allí precisó algunos de los conceptos que no alcanzó a definir entonces. En este trabajo describe al detalle todas las intervenciones subjetivas que se incorporan al relato noticioso, desde el momento en que el reportero capta el «hecho» hasta que aparece publicado en las páginas de la prensa, aspecto que citamos en el segundo capítulo. Finalmente, Markel considera que, al abstenerse de interpretar, el diario está abdicando de una de sus funciones primordiales.

La carencia de interpretación en los diarios puede muy bien impulsar al público a buscar en los semanarios, en la radio o en la televisión la comprensión de los acontecimientos. Ninguno de estos tres medios de comunicación titubea a la hora de utilizar la interpretación y hasta expresar una opinión en la mayoría de los casos. Así, el diario abandona a otros medios una de las tareas fundamentales que le han sido encomendadas⁴².

[41]_ Ibíd.

[42]_ MARKEL, Lester: «L'Interpretation, un probleme a resoudre», «Cahiers...» pp. 5 y 10, No. 1, 2e année, mayo-1953, Zurich, Suiza.

Markel continúa:

Tengo conciencia de las dificultades que implica esta tarea, que son grandes sin ser insuperables. Reconozco que es fácil colar una opinión en las columnas reservadas a las noticias. Admito que la verdadera interpretación supone la modalidad de periodismo más alta que demanda una gran calidad en el trabajo profesional y en el periodista una gran maestría en el oficio, que reclama en unos y otros inteligencia, una formación básica consistente y una absoluta ausencia de prejuicios... Estoy completamente convencido de que en esta época de confusiones, el periódico no puede informar sin interpretar⁴³.

Knut Petersson, periodista sueco, expuso su opinión en los *Cahiers* de una manera simple y directa. Enjuicia la fórmula norteamericana, propia de la doctrina de la objetividad, y afirma: «Yo no digo que la fórmula norteamericana sobre la manera de informar sea mala. Al contrario, pienso que es excelente. Pero sostengo que ella no puede ser aplicada sino dentro de ciertos límites, si uno quiere evitar que el diario se convierta en una simple enumeración de hechos»⁴⁴.

Erwin Canham, director del *Christian Science Monitor*, también se hizo eco de la discusión de Londres y escribió a los *Cahier* sus opiniones.

Las noticias deben ser reproducidas sin parcializarse o con el mínimo de parcialización de que sea capaz el ser humano. Esto no implica que sólo el acontecimiento despojado de todo comentario sea lo más significativo en los despachos. El acontecimiento debe ser presentado con discernimiento y colocado en su verdadera perspectiva: todo esto forma parte indisoluble de la noticia. El acontecimiento solo, aislado en el tiempo y en el espacio, se presta muy fácilmente a malentendidos que lo

[43]_ Ibíd.

[44]_ PETERSSON, Knut: opinión formulada en «Cahiers...» No. 7, 2e année, noviembre de 1952, pp. 15 y 16.

convierten en una falsedad. El hecho debe ser relacionado con lo que sucedió ayer, o con lo que ocurrió el año pasado y con lo que pasa hoy mismo. Si un político declara hoy que es partidario convencido de la reducción de los impuestos, es importante verificar cuál ha sido su actitud en relación con las designaciones presupuestarias. Las noticias deben dar cuenta de sus relaciones siempre cambiantes⁴⁵.

El hecho de colocar las noticias en su verdadera perspectiva es llamado a veces interpretación y en este caso es confundido a menudo con el artículo de fondo. La interpretación de la noticia puede y debe ser tan imparcial, tan objetiva como la relación misma del acontecimiento. La noticia interpretada puede, de hecho, ser más reveladora que el acontecimiento mismo. Nada hay más engañoso que el hecho aislado, justamente porque es un hecho que atiza la imaginación. Los detalles y pormenores de los hechos, las circunstancias complementarias, los sucesos anteriores, los motivos, todo esto forma parte de la noticia propiamente dicha⁴⁶.

Canham explica finalmente:

La interpretación así comprendida no debe ser confundida con el análisis, que estudia y discute todos los aspectos del problema. Ésta es, de hecho, la mejor forma de reportaje. Nadie podrá acusar al periodista de emitir un juicio de valor o de ensayar una interpretación, si él acude a un hecho o a una declaración del año anterior que arroje luz reveladora sobre los acontecimientos actuales. Esto es lo que entendemos por interpretación: ir al fondo de las cosas, esclarecer las relaciones entre ellas, colocar con intuición los acontecimientos en su contexto⁴⁷.

[45]_ CANHAM, Erwin: «Point de vue americain», *Cahiers...* No. 3, 1er année, julio de 1952, pp. 3 y 4.

[46]_ *Ibíd.*

[47]_ *Ibíd.*

Como puede advertirse, cada uno tiene una manera de entender la interpretación. Así mismo, la mayoría de ellos hace lo posible por evadir el uso de la palabra o, al menos de despojarla de aquellos elementos conflictivos. En Canham es claro el esfuerzo por reducir el proceso a la simple acumulación de hechos: antecedentes, circunstancias complementarias, referencias pasadas y actuales. Sin embargo, no puede evitar la admisión de la intervención de factores subjetivos cuando trata de llegar a una definición concreta.

En la controversia de Londres, así como en los encuentros propiciados por los editores norteamericanos, se consideraron aspectos capitales para el entendimiento de la interpretación y de sus alcances en el trabajo profesional. Está clara la diferencia que todos establecen entre interpretación y opinión directa, aunque no esté suficientemente claro el criterio de que todo tratamiento de los hechos implica de por sí una forma de opinión, como lo estableció Lester Markel. Queda, asimismo, esclarecida la importancia del contexto, de las relaciones causales y de los antecedentes para lograr un enfoque más veraz de los acontecimientos. Está presente la idea de que el periodismo interpretativo supone un cambio radical en la política editorial y en la política informativa de los medios, sobre todo en lo que concierne a la información internacional. Y es, por último, evidente que el tratamiento interpretativo requiere de mayor investigación, de mejor formación y de exigencias intelectuales superiores a las que obliga el periodismo objetivo.

Nuestra próxima tarea será la de examinar en detalle cuáles son las fórmulas de trabajo, las características técnicas que implica la interpretación. A eso vamos.

Fundamentos de la interpretación

De los argumentos esgrimidos en la discusión de Londres se desprende que la interpretación envuelve algo más que un problema de definición. Con ella designamos toda una política editorial, en la cual podemos distinguir una fundamentación teórica y fórmulas de tratamiento técnico para las informaciones. En cada caso, encontraremos que los supuestos que sirven de base al periodismo interpretativo se oponen diametralmente a los que cimentaron al periodismo objetivo. De lo cual podemos deducir que, también aquí, estamos en presencia de una posición doctrinaria, sólo que en esta oportunidad este compromiso es asumido abiertamente.

Se parte, así, de la premisa de que el periodista en sus relaciones con la realidad se comporta exactamente como los demás sujetos cognoscentes. Su versión de los hechos, llámese noticia o reportaje, estará necesariamente contaminada con una dosis de subjetividad. En la medida en que se tenga conciencia de esta limitación consustancial al conocimiento humano, cualquiera sea la esfera en que se produzca, podremos tomar las precauciones necesarias a nivel ético para no quebrantar la veracidad del relato periodístico. Cuando se admite la intervención de la subjetividad del periodista, no se está en modo alguno autorizando la introducción de la arbitrariedad y el capricho individualista en el ejercicio de la profesión. Suponer algo así implicaría convalidar un verdadero caos en el mundo de la información. No hay que olvidar que el relato de un periodista en particular va a ser cotejado con el de otros sobre el mismo asunto y que la deformación intencionada quedará fácilmente al descubierto.

En cada relato encontraremos el sello personal del periodista, su estilo, su temperamento, su enfoque, el enriquecimiento que la formación cultural del individuo permite cuando se informa sobre las cosas. Pero el nudo del asunto, el acontecimiento, será necesariamente común a todos los relatos. El lector podrá así disponer de los elementos primarios de un hecho y de los diversos matices que se desprenden del enfoque particular de cada periodista. Su noción de la realidad resultará más completa, más veraz. Esta concepción del conocimiento humano como un proceso social, como un esfuerzo colectivo de acercamiento a la realidad, ha resultado extraordinariamente fecunda en las ciencias sociales contemporáneas porque, al admitir el papel inevitable de la subjetividad, presenta también los correctivos para evitar el reino del individualismo caprichoso en el campo del conocimiento.

También está claro en los planteamientos de Londres y en los comentarios posteriores que el reconocimiento de los ingredientes subjetivos no involucra la confusión entre información y opinión directa u opinión redaccional. La opinión directa es propia del periodismo de opinión y debe ser expresada en los géneros específicos: editoriales, artículos, crónicas, columnas. Ella comporta una manera distinta de tratar los hechos y su finalidad esencial es el enjuiciamiento de los sucesos, no la información. La interpretación, en cambio, es una modalidad, una técnica de tratar la información.

Entiéndase bien que, al poner énfasis en esta distinción tan necesaria, no estamos admitiendo la validez del postulado de la doctrina de la objetividad, según el cual la separación de las informaciones y las opiniones en palmas distintas dentro del cuerpo del periódico constituye un certificado de imparcialidad. Recordemos que todo acercamiento a los hechos para transformarlos en información, todo tratamiento, encierra una dosis de opinión que se extiende desde la selección de los detalles hasta la estructuración, la redacción y la presentación de la noticia.

Los hechos

La interpretación no comporta, como podría deducirse de la crítica que hicimos a la concepción de los hechos dentro de la objetividad, un desconocimiento de la importancia de los hechos en el trabajo informativo. Todo lo contrario. Los hechos siguen siendo la base de la información y no podría ser de otra manera. Sólo que ahora se plantea una forma distinta de concebirlos y enfocarlos. En primer lugar, no reduce la categoría hechos a los simples actos materiales del hombre, sino que se aplica y cada día con mayor razón a toda la actividad intelectual, largamente desdeñada por el periodismo objetivo.

Pero ese es apenas un detalle que derivó de una deformación evidente. Lo importante es insistir en que para el tratamiento interpretativo, al contrario que para la objetividad, los hechos aislados carecen de significación y, además, se llama a desconfiar de los hechos simples, por cuanto la simplicidad de los hechos en la mayoría de los casos es el producto de una investigación insuficiente.

En efecto, todo hecho tiene una historia, es el fruto de algo, deviene de otros hechos que lo antecedieron, forma parte de un proceso más general. De allí que, para su debida comprensión, sea necesario buscar sus antecedentes, su vinculación con el pasado mediato e inmediato. Si el gobierno nacionaliza el petróleo, no bastaría con reducirse a los elementos actuales de la medida; habría que indagar en la historia petrolera del país cuáles son los antecedentes de la nacionalización, y en el pasado del partido de gobierno sus posiciones anteriores sobre la materia. Y así, en cada caso los antecedentes arrojan siempre luz acerca de la naturaleza y alcances de un acontecimiento. En algunas oportunidades son las causas directas de los sucesos, en otras, factores necesarios para establecer las relaciones causales que explican un hecho.

Pero los antecedentes no lo son todo. Los hechos siguen un curso determinado. Las proyecciones que un acontecimiento tiene en el futuro

son tan importantes de señalar como sus antecedentes. No se trata de incurrir en planteamientos teleológicos, ni mucho menos de postular lo que un neófito audaz denominó por allí periodismo predictivo, sino simplemente de prever o señalar las tendencias de los acontecimientos. A la gente le importará tanto conocer las causas de tal o cual medida gubernamental, como tener una noción de las consecuencias que acarreará esa medida. Volviendo al caso del petróleo, igual o mayor interés existía en su momento por comprender las razones que llevaron al gobierno a nacionalizarlo, como saber qué pasaría con el petróleo una vez nacionalizado, cómo afectaría el acto nacionalizador a cada venezolano.

Desde este punto de vista, entre los elementos de la noticia formulados en la doctrina de la objetividad, la interpretación pone énfasis en el *porqué*, en la búsqueda de explicaciones para los acontecimientos. Pero agrega una pregunta más: *para qué*. Los hechos, especialmente cuando se los enfoca dentro de un proceso, no ocurren gratuitamente, llevan una finalidad abierta o solapada, conducen a algo de manera deliberada o no. De ahí, entonces, que siempre debemos preguntar el para qué de las cosas. Si el gobierno propone una reforma tributaria, o decreta un aumento en las tarifas de los servicios públicos, no sólo es importante saber porqué lo hace, sino también para qué lo hace, a qué va a destinar aquellos fondos.

Hemos dicho que el tratamiento interpretativo enseña a desconfiar de los hechos simples, así como insiste en las limitaciones que entraña el enfoque de los hechos aislados. La simplicidad de los hechos, indica Adam Schaff, es una noción eminentemente subjetiva. Deriva de nuestra manera particular de enfocarlos, en función de los intereses inmediatos que en ese momento dominen nuestro esfuerzo cognoscitivo. Tan pronto comenzamos a profundizar en la investigación nos percatamos de la riqueza de las relaciones que ese hecho, presuntamente simple, tiene, y en la complejidad de su significación cuando se escarba

un poco más. Detrás de la anécdota de los disparos de un estudiante anarquista serbio, Alejandro Princip, contra el Archiduque Francisco Fernando de Austria, causa aparente de la guerra del 14, había todo un mundo de tensiones, rivalidades y problemas que los historiadores tardaron mucho en escudriñar.

La interpretación insiste, por eso, en vincular los hechos a su proceso correspondiente. No se trata, como se podría suponer, de que los periodistas no van a informar sobre hechos particulares sino únicamente sobre situaciones o procesos. No. El objetivo del periodista sigue siendo el hecho particular, sólo que ahora está consciente de que ese hecho no existe por generación espontánea y de que, además, no es autónomo, que está condicionado por circunstancias que lo preceden o lo rodean. No olvidar ese factor condicionante, no cercenar las vinculaciones de los hechos con el proceso a que pertenecen, eso es lo que se busca. Desde este punto de vista, los hechos son necesariamente complejos.

Así como en el campo de los elementos de la noticia la interpretación insiste en el porqué y el para qué, en la esfera de los atributos del hecho que sirve de materia prima a la noticia hace énfasis en la significación social y en el Interés Público. Al preguntarse por las proyecciones y consecuencias, de los hechos, necesariamente dará prioridad a aquellos acontecimientos que están destinados a producir cambios significativos en la comunidad. Todo aquello que represente una modificación del estatus vigente, todo aquello que implique transformación en las situaciones establecidas, pasará a tener mayor interés para el periodista. Asimismo, hemos indicado que en la pregunta *para qué* está envuelta la preocupación permanente por saber en qué forma los sucesos van a afectar a las personas, a los lectores. Si hemos definido el interés público, no en el sentido sensiblero y anecdótico que se le da en los manuales norteamericanos de periodismo —el «human interest»— sino en la acepción de que el hombre es la medida de las noticias, debemos

convenir en que la interpretación debe insoslayablemente conceder importancia especial a este atributo.

No debe colegirse de lo que antecede que, para la interpretación carece de importancia el atributo actualidad. Al analizar la doctrina de la objetividad, insistimos en que se había incurrido en una deformación de este concepto al reducirlo a la noción de actualidad inmediata, como demuestra la histeria por la noticia de última hora en desmedro del valor intrínseco de los hechos. En el periodismo interpretativo la actualidad sigue siendo un atributo vital, que no se trata ni de historia ni futurología. Lo que ocurre es que se tiene una concepción menos repentista de la actualidad, desde el momento mismo en que se hace hincapié en los procesos. En este sentido, los hechos actuales vienen a ser en el periodismo interpretativo sólo el punto de partida, el detonante, para el estudio de una situación mucho más interesante que el hecho en sí. A veces, por ejemplo, un crimen determinado, que podría ser despachado con una información al estilo «sucesos», sirve de punto de partida para la investigación de una situación social mucho más compleja e interesante.

Pero no sólo los antecedentes y las consecuencias resultan necesarios para la comprensión de un hecho. Las circunstancias actuales que lo rodean, esa atmósfera a veces imperceptible que impregna un acontecimiento sin formar parte de él ni de su historia, aportan factores de esclarecimiento que colocan a los hechos en una perspectiva diferente. Gran parte de la significación de los hechos deriva de este condicionamiento muchas veces ignorado. La nacionalización del petróleo en Venezuela hubiera adquirido resonancias muy distintas, si se hubiese producido en la época en que fue aplastado el intento de Mossadegh en Irán o si se hubiese planteado en los tiempos de restricciones a las importaciones de petróleo en los Estados Unidos. La detención de los parlamentarios

Salom Mesa Espinoza y Fortunato Herrera* habría tenido una significación muy diversa en una etapa de crisis política profunda, en la cual el gobierno no hubiera contado con el respaldo parlamentario y político que ahora recibe.

Este campo de influencias o marco de referencia ha despertado el interés de todos los científicos sociales y se ha convenido en llamarlo contexto. Los hechos —se dice en sociología, en historia, en economía— sólo adquieren su verdadera dimensión en su contexto, sacarlos de ese marco implica una desnaturalización inevitable. Sólo en la vía experimental de las ciencias naturales se permite la privación de los elementos contextuales y, aun en este caso, con la salvedad de que los resultados obtenidos se someten siempre a las reservas derivadas de las condiciones del experimento. En las ciencias sociales la posibilidad de la experimentación es muy limitada. Y en el periodismo a nadie se le ocurriría provocar sucesos para comprobar las bondades o defectos de un tratamiento informativo determinado, aunque la inducción de noticias es una práctica común en las redacciones contemporáneas, como veremos en el capítulo que dedicaremos a la información dirigida.

En consecuencia, lo que importa es el contexto en que se inserta el acontecimiento, sus nexos con una totalidad y con el sistema de referencia con que se relaciona; este último elemento es particularmente importante para comprender el carácter relativo de lo que denominamos el ‘hecho histórico’. Solamente la completa conciencia de este estado de cosas nos permite ver claramente porqué un acontecimiento único y sus

[*]_ En 1976, el Juzgado Militar Tercero de Primera Instancia Permanente de Caracas, dictó auto de detención a los diputados Fortunato Herrera y Salom Meza Espinoza por presunta comisión del delito de Rebelión Militar. A los diputados se les vinculó con el secuestro del industrial estadounidense William F. Niehous, por quien se solicitó un rescate que habría estado destinado a financiar actividades subversivas. (N del E).

productos materiales y espirituales son considerados como hechos históricos insignificantes por unos o históricamente relevantes por otros. El historiador que busca, por ejemplo, las fuentes de la historia política de su país, permanecerá indiferente a los testimonios de la cultura y del arte si estos no están directamente relacionados con la vida política; esos testimonios carecen para él de significado histórico, pero se convertirán en hechos relevantes (por lo menos en ciertas condiciones) para aquel que los sitúe en el contexto de la historia cultural de un país o época determinados, para aquel que los relacione con cierto sistema de referencia...⁴⁸

De acuerdo con Schaff, la función del contexto está íntimamente relacionada con la naturaleza del hecho que estamos tratando. Esta comprobación determina que, también en la escogencia de los elementos del contexto, debe haber una selección en la que se pondrá de manifiesto una vez más la intervención de los factores subjetivos. El contexto no es, pues, un telón de fondo que puede servir de punto de referencia a todos los acontecimientos que ocurran en ciertos márgenes de actualidad, sino un elemento cambiante según la estructura y alcance del hecho que nos ocupe.

Un especialista noruego, Joham Galtung, ha puesto de relieve la importancia del contexto en la estructura de las informaciones internacionales. En verdad, un lector extranjero difícilmente comprendería los acontecimientos venezolanos de la actualidad, o de cualquier tiempo, si carece de los elementos generales del contexto nacional en el presente. Gran parte de la incomprensión que afecta a la información internacional se debe a esta circunstancia, como lo veremos en el momento en que estudiemos los problemas que plantea la interpretación en la esfera internacional.

[48]_ SCHAFF, Adam: *Historia y verdad*. p. 252, Ed. Grijalbo México DF, 1974.

Algo más

En resumen, la interpretación no debe ser confundida con la emisión de opiniones directas. Postula la necesidad de enfocar los hechos en sus relaciones causales y en sus vinculaciones con el contexto que le es propio. Admite la necesaria e inevitable intervención de elementos subjetivos en el tratamiento informativo de la realidad, hace hincapié en el porqué, el para qué, la significación social y el interés público, trabaja sobre la base de una concepción de la actualidad menos restringida que la de la objetividad. Pero hay algo más.

En las intervenciones de los participantes en la reunión de Londres, en general en los materiales citados en el capítulo anterior, se insiste en dos nociones: la interpretación es el sentido profundo de las noticias y la interpretación es la explicación de las noticias. En cuanto a lo primero, no hay lugar a discusión. Un tratamiento como el que hemos descrito permite tener una visión más profunda de la realidad actual, de los hechos. Se va más allá de las apariencias superficiales. Pero, por lo mismo, la interpretación es algo más que una explicación. Al estudiar los hechos a la luz de sus antecedentes y de los condicionamientos contextuales para buscar una respuesta a los porqué y para qué, se está proponiendo una organización significativa de los acontecimientos que envuelve una valoración inevitable. Eso es algo más que una simple explicación, aunque también se proponga hacer comprensibles los hechos. La explicación puede ser fría y neutra, mecánica, limitarse a los elementos evidentes. La interpretación, en cambio, es cálida y valorativa, analiza y recompone, aunque el término analizar le parezca peligroso a Erwin Canham.

Como se ha podido advertir, la interpretación no es tampoco el resultado de una simple acumulación de datos y, en consecuencia, una noción cuantitativa. Se trata, como lo señala Schaff en la cita que

hicimos antes, de escoger aquellos datos que tengan significación para la comprensión del hecho que tratemos. No se trata de apabullar al lector con una masa de información no seleccionada, sino de realizar una jerarquización rigurosa en el volumen de datos que hallemos en la investigación. Es necesario insistir en que el periodismo interpretativo, al revés de lo que ocurre en periodismo objetivo, la calidad tiene más importancia que la cantidad. La interpretación no es, pues, un problema de extensión sino de enfoque. Diariamente leemos, o mejor no leemos, en la prensa informaciones larguísimas, concebidas a la manera de los tiempos en que se pagaba a los redactores por galeras, en las cuales no encontramos ni un ápice de discernimiento, sino mera acumulación o amontonamiento de datos sin relaciones perceptibles. En cambio, en los apéndices reproduciremos una noticia de una cuartilla apenas, en la cual es visible el tratamiento interpretativo.

La interpretación consiste en un enfoque global que exige algo más que la pura relación de hechos, como lo veremos cuando examinemos el reportaje interpretativo. En ese tipo de periodismo el profesional de la información recupera el uso del cerebro, largamente abandonado durante la hegemonía de la objetividad, no por culpa suya sino por las imposiciones de una política editorial. Todas las fuerzas del raciocinio deben ser puestas en juego. La etapa de recolección de datos es apenas una parte del trabajo y no, ciertamente, la primera, por cuanto antes debe haber una reflexión previa sobre las formas y los métodos que deberá adoptar la investigación.

Está, además, el papel que juega el ecúmene cultural del periodista. En la medida en que su formación sea más completa y profunda, en esa misma medida podrá descubrir más relaciones; más amplio será el espectro de vinculaciones contextuales que advertirá, más rica será la visión de las proyecciones. El trabajo mecánico de recibir por un lado y

devolver por el otro los datos provenientes de las fuentes informativas desaparece como trabajo final.

El periodista asume así una nueva responsabilidad. De él dependerá, de su aptitud para la veracidad, de su capacidad de respeto por el público lector, la eliminación de las deformaciones conscientes y deliberadas, fruto de los prejuicios y de las conveniencias. Ya no podrá recurrir a la excusa de que es una víctima más de una política editorial que lo aliena.

Problemas de la interpretación

Los problemas de la interpretación no se agotan con el deslindamiento entre información y opinión, ni con ninguno de los inconvenientes que hemos presentado en el capítulo anterior. Debemos enfrentar aún toda una gama de interrogantes, cuya discusión ha ocupado durante años a periodistas y editores. ¿Qué interpretar? ¿Quién debe interpretar? ¿Dónde y cuándo interpretar? ¿Cómo interpretar? ¿Por qué y para qué interpretar? Cada pregunta de éstas envuelve definiciones de política editorial y exigencias de tipo técnico.

¿Qué interpretar?

¿Requieren todos los hechos de interpretación? En términos generales, podemos decir que en el espectro de los sucesos cotidianos existen muchos elementos obvios para el lector común, cuya comprensión no representa problema alguno, bien por su simplicidad o porque el lector tiene en sus manos los recursos de contexto necesarios para entenderlos y ubicarlos en su visión personal del mundo. Tales acontecimientos serían perfectamente asimilables sin necesidad de interpretación, aun admitiendo la reserva de Adam Schaff acerca de la engañosa simplicidad de los hechos.

La interpretación se reservaría así para aquellos acontecimientos complejos, de difícil entendimiento para el público en virtud de su complicación intrínseca o por la ausencia de las circunstancias contextuales que lo aclaren y expliquen. Un accidente de tránsito rutinario se inscribiría en la primera condición, en aquellos aspectos que interesan al hombre común

que observa lo que ocurre en la calle, no en los asuntos concernientes al peritaje técnico. Un suceso internacional lejano de naturaleza simple estaría en el segundo caso, pues nada ganaríamos con su simplicidad intrínseca si careciéramos de las claves de los antecedentes y del contexto.

La selección de los hechos que deben ser interpretados implica, pues, una decisión de política informativa que no sólo atiende a la naturaleza del suceso, sino también a las características del lector. Erwin Canham sostuvo, como lo vimos antes, que no hay necesidad de interpretación en los acontecimientos internacionales. En cambio, Joseph Newman atribuyó a la falta de interpretación la indiferencia que el público norteamericano de los años cincuenta sentía por las noticias del extranjero. Algunos piensan que los asuntos locales, municipales, deben ser objetos prioritarios de interpretación debido a la necesidad que el lector tiene de saber qué terreno pisa en materia de contribuciones y de servicios comunales. Otros, por el contrario, opinan que la interpretación en este terreno es ociosa, por cuanto el lector tiene dominio del contexto y de los antecedentes de todos los hechos que ocurren a su alrededor.

No puede haber reglas fijas, salvo las pautas de referencias que dimos al comienzo: atender a la mayor o menor complejidad de los acontecimientos y a las condiciones específicas del público que recibirá el mensaje en cada caso particular. En principio, todo hecho es susceptible de interpretación según las circunstancias en que se produzca.

¿Quién debe interpretar?

Aquí se plantea un doble problema, político y profesional. Los editores y aquellos que se encargan de ejecutar su línea en los medios rechazan de plano la posibilidad de que la interpretación de los acontecimientos quede en manos de los periodistas, llámense redactor o reportero. Durante años, se estableció una separación muy propia de la doctrina de la objetividad, al encargar al reportero el relato escueto

de los sucesos y a un redactor de confianza, miembro del equipo interno, de hacer los comentarios interpretativos. Los editores venezolanos, como lo expresó categóricamente Luis Teófilo Núñez —Director de *El Universal*, en una entrevista— no sólo rechazan la interpretación, sino que no admiten siquiera la suposición de que el periodista podría reclamar ese derecho como una aspiración de realización profesional. En un tiempo, como hemos dicho, los periodistas norteamericanos apelaron al ardid de llamar «periodismo en profundidad» a la interpretación para colar sus trabajos de esa índole sin levantar resistencia muy aguda. Hoy está establecido que el más indicado para interpretar un suceso es aquel periodista que lo ha investigado, que lo ha vivido, que tiene a su alcance todos los pormenores y esos elementos imperceptibles presentes en la atmósfera que rodean al acontecimiento. Hoy por hoy, se plantea esto como un derecho profesional, no como mera concesión del editor.

Pero queda la otra vertiente del problema. ¿Están todos los periodistas en condiciones de interpretar todo tipo de acontecimientos? Hemos visto cómo es de exigente el tratamiento interpretativo, cuán amplia es la gama de recursos técnicos y culturales que se deben poner en movimiento, hasta dónde exige en materia de información y en empeño investigativo. ¿Tienen nuestros periodistas esa preparación? La existencia de periodistas de primer orden dedicados a la interpretación, tales como los que señalamos en la Introducción, constituye una demostración de que sí se puede alcanzar ese nivel de formación. Queda claro, además, que el periodismo interpretativo justifica plenamente la complejidad de los planes de estudio de Comunicación Social a nivel universitario y que impone como una necesidad insoslayable la especialización. Sin el dominio sólido de un área de los acontecimientos humanos, la interpretación se hace tarea difícil de cumplir. La experiencia histórica y profesional permite comprobar, en cambio, que el ejercicio del periodismo objetivo encerraba exigencias muy inferiores en materia de formación.

En resumen, pues, la respuesta a quién interpreta es clara, pero no sencilla. Debe interpretar el periodista, ése es su derecho profesional. Pero, para el ejercicio pleno de ese derecho, necesita replantear radicalmente todo lo que concierne a su formación.

Los medios y la pista

Ahora bien, dónde interpretar. No planteamos aquí un problema de opción política sino de adecuación. ¿Cuáles son los medios más idóneos para llevar hasta el público los mensajes interpretados?

Abraham Santibáñez, como hemos visto antes, reduce el campo del periodismo interpretativo a las revistas semanales de información, al estilo de *Time* y *Newsweek*. Se parte de varios supuestos, para llegar a esta conclusión tan limitativa. En primer lugar, el concepto de actualidad con que trabaja el periodismo interpretativo es más laxo, menos inmediatista que el del periodismo objetivo. Por otra parte, las exigencias planteadas por la investigación, la documentación y el análisis en la interpretación no se ajustan al ritmo de trabajo de un diario. Y, por último, el escrito interpretado reclama mayor calidad en el estilo que el simple trabajo de información factual; en consecuencia, demanda más tiempo y cuidado. Eso, en cuanto corresponde al periodista. Por su parte, el público busca este tipo de publicaciones —agrega Santibáñez— precisamente porque no ha tenido tiempo para seguir día a día las informaciones de actualidad. No tendría sentido, entonces, ofrecer ese tipo de material en los diarios.

Creemos que ésta es una limitación innecesaria, que deriva de cierta incompreensión de los verdaderos alcances de la interpretación. Las experiencias de *Wall Street Journal*, *Le Monde*, *La Opinión* de Buenos Aires y varios otros que se escapan, sin mencionar al *New York Times*, representan una prueba irrefutable de que sí hay campo y posibilidades reales

para el periodismo interpretativo en la prensa diaria. Insistimos en que, una vez que se comprende que el problema central es de enfoque y no de extensión, tal discusión deja de tener razón. Podemos encontrar un tratamiento —y, por supuesto, una extensión— adecuado para una publicación semanal, quincenal o mensual y uno para el diario. El ritmo y el estilo lo impone la periodicidad de la publicación, pero el tratamiento es el mismo. El esquema propio del periodismo interpretativo puede ajustarse a las exigencias de una noticia corta y a las de un libro, desde el momento de que gran parte de los libros que se editan ahora son, ni más ni menos, que reportajes interpretativos.

También se ha dicho, en esta ocasión con un criterio menos restrictivo que el de Santibáñez, que el campo propio de la interpretación es el medio impreso, toda vez que los medios audiovisuales resultan más adecuados para la información factual, de impacto, debido a sus características específicas. Es innegable que la radio ofrece mejores condiciones para el mensaje instantáneo que para un análisis interpretativo o para cualquier otro material de tipo reflexivo. No es menos cierto que su fugacidad representa una desventaja para la debida percepción y comprensión de los razonamientos y de aquellos aspectos propios del mensaje interpretado. Las condiciones de recepción de la radio son, asimismo, un obstáculo serio, desde el momento en que la radio no impone una audiencia exclusiva sino compartida con todo tipo de actividades. Pero esto no significa que sea imposible hacer periodismo interpretativo en la radio. Significa, simplemente, que el tratamiento apropiado para un mensaje interpretado destinado a la radio debe tomar en consideración todas esas limitaciones y obstáculos y superarlos con los recursos que los especialistas han venido descubriendo y practicando desde hace años. El lenguaje de la interpretación por radio no tiene por qué ser necesariamente el mismo de la prensa.

Lo mismo podríamos decir respecto de la televisión. El dramatismo que deriva de la combinación de palabra e imagen, el nivel de veracidad e instantaneidad que logra la televisión cuando se la dedica a algo más que a ofrecer entretenimiento, son elementos que, lejos de entorpecer la interpretación, la elevarían a grados difíciles de alcanzar en el mensaje escrito. El documental televisivo representa un testimonio de lo que se puede hacer en televisión en el campo de la interpretación, cuando se maneja adecuadamente el lenguaje propio del medio. Desde luego que es necesario considerar todos aquellos inconvenientes ya señalados en el caso de la radio y otros que no mencionamos en esa parte, tales como el manejo de las cifras, la visualización de los conceptos abstractos, los recursos del contraste de imágenes, etcétera. Pero esos son detalles que escapan a los propósitos de este trabajo. Solamente queremos insistir en el criterio de que la interpretación tiene un vasto campo en los medios audiovisuales.

En relación con el cine, bástenos decir que el documental cinematográfico ha sido, en gran parte, el modelo del esquema propio del reportaje interpretativo. En ambos, como veremos más adelante, se parte de un planteamiento con carácter de tesis, se demuestra ese planteamiento y se proponen conclusiones. La técnica del montaje, característica del cine, mediante la cual podemos obtener significados muy distintos según la relación que establezcamos con las escenas, es válido también en el reportaje interpretativo, en el cual el impacto que recibe el lector depende mucho de la forma como haya sido ordenado el material para su presentación.

El periodismo interpretativo no conoce fronteras en los medios. Puede ser aplicado en cualquiera de ellos, siempre que el tratamiento responda a las exigencias específicas de cada uno de ellos. La interpretación tendrá un estilo, una tesitura, un ritmo en la prensa escrita y otros muy diversos en los medios audiovisuales, en razón de las diferencias de lenguaje, de formato y de recepción.

¿Cuándo interpretar?

Ésta es otra pregunta que encierra un problema clave, el que se centra en la oportunidad de la interpretación. Si admitimos que no todos los hechos requieren ser interpretados, en virtud de su simplicidad o de la posesión de las claves contextuales, estamos indicando con ello que existen oportunidades propicias para hacer periodismo interpretativo y otras que no lo son. Y en ambos casos, conviene saber reconocer las pistas que le permitan al periodista elegir con acierto.

La naturaleza de los acontecimientos y las condiciones del público son dos elementos vitales para la decisión, como hemos visto antes. Pero, cuando se trata del reportaje interpretativo, cuya estructura y características estudiaremos enseguida, debemos tomar en consideración dos posibles puntos de partida: la presencia de un conjunto de hechos menores que indican una tendencia común, o bien la de un hecho de gran magnitud que en sí represente un cambio significativo en la situación anterior.

Un día, por ejemplo, sube el precio de los artículos alimenticios. Eso en sí, en ausencia de otros elementos, puede indicar solamente un fenómeno aislado, sin mayores repercusiones que las que envuelve en sus limitadas proyecciones. Pero si, al día siguiente, aumentan las tarifas de los servicios públicos y, sucesivamente, se van registrando alzas en diversos bienes de consumo obligado, la situación cambia radicalmente. Esa cadena de hechos intrínsecamente pequeños, supongamos que las alzas son moderadas en todos los casos, que revelan que existe un proceso de aumento progresivo, lo que comúnmente se llama inflación, con lo cual la mera suma cuantitativa de sucesos menores desemboca en algo cualitativamente superior en cuanto significación para la sociedad. Una cadena de casos de escasa monta, cuando se los observa aisladamente, forma en conjunto un fenómeno nuevo, susceptible de ser esclarecido en un reportaje interpretativo.

Hay acontecimientos de enorme magnitud, intrínsecamente complejos, cargados de elementos irradiantes, que por sí solos provocan una transformación sustantiva en la realidad. El descubrimiento de América por Cristóbal Colón, por ejemplo, o el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, no necesitan de circunstancias colaterales para representar hitos en la vida de una comunidad, cualquiera que ella sea. Ambos pertenecen a esa categoría de hechos que establecen una frontera entre dos épocas. Un suceso de esta naturaleza es un caso indiscutible para un reportaje interpretativo.

Sin embargo, podría argumentarse que los periodistas se morirían de hambre si dependieran de la ocurrencia de sucesos como los mencionados. Pero, desde luego, sólo hemos querido poner énfasis en el ejemplo. Al nivel de cada sociedad, de cada pueblo, se producen diariamente actos, pronunciamientos, revelaciones que valen por sí mismos para incitar la elaboración de un reportaje. La muerte de Jorge Rodríguez o la detención de los parlamentarios Mesa Espinoza y Herrera representan puntos de partida para realizar una investigación sobre la salud de la democracia representativa en Venezuela. ¿Está en peligro el sistema? ¿Son apenas aberraciones propias de un régimen que no ha purificado todavía las instituciones políticas? La escandalosa corrupción registrada en el Concejo Municipal de Petare puede servir, de hecho ha servido, para alimentar el sensacionalismo de la prensa mercantil. Pero también puede ser la pista, la motivación actual, para hurgar en las debilidades de las democracias en el terreno administrativo, sobre todo en un momento en que las principales naciones capitalistas han sido sacudidas por revelaciones sobre corrupción en altos niveles de gobierno. La nacionalización del petróleo, tomada en cualquiera de sus manifestaciones actuales —déficit de las empresas operadoras, posibilidades de mercados, etcétera— es también un excelente motivo para un reportaje interpretativo.

El gran problema

Entre los problemas propios de este tratamiento, uno de los más álgidos estuvo representado en las formas que debe asumir el material interpretativo. ¿Cómo interpretar? He allí el problema técnico clave. En los comienzos, la influencia de la doctrina de la objetividad y las reservas que levantaba la interpretación determinaron dos formas técnicas: el comentario a manera de colofón y el comentario separado. El primero consiste en insertar la noticia escueta, tratada según la objetividad, y luego, a continuación, un comentario explicativo de la misma impreso en negritas, si la primera estaba en blancas, o al revés. De esta manera se diferenciaban uno y otro tratamiento. El lector tenía ante sí el relato seco, presuntamente neutro, y debajo el análisis o explicación: «Esto quiere decir que...».

El comentario separado, lo que se llama hoy ordinariamente columna, representó una confesión de escrupulosidad superior a la modalidad anterior. En las páginas editoriales se insertaba el comentario escrito por un especialista, visiblemente separado de la información. Aunque es evidente la relación que existe entre la noticia y el juicio contenido en la columna, resalta el carácter tributario de esta última. Pero el tiempo ha ido demostrando que ésta no es la forma propia del periodismo interpretativo, sino una modalidad del periodismo de opinión. De más está decir que estas clasificaciones sólo atienden a razones de tratamiento técnico y no a distinciones entre información y opinión, que no existen en el fondo.

El tratamiento interpretativo puede manifestarse en todos los géneros del periodismo informativo. En este mismo trabajo reproducimos como apéndice una noticia —apenas una cuartilla— interpretada. En la entrevista, sobre todo en la entrevista de personalidad, el manejo de los elementos personales y las circunstancias propias de la situación en que se mueve el personaje, el contrapunto de sus ideas actuales con sus

ideas del pasado, puede conducir a un tratamiento interpretativo. La encuesta, por su parte, tiene una fase de interpretación que viene a ser la esencia misma de ese género. Sin embargo, el género por excelencia del periodismo interpretativo es el reportaje. Allí adquiere su verdadera dimensión, desarrolla la plenitud de sus recursos.

Se ha dicho que el reportaje periodístico, esa gran creación del periodismo industrial, es un hijo directo del ensayo. Y con mayor exactitud, que representa el ensayo en la época contemporánea. A mi juicio, esta filiación magnifica los valores del reportaje objetivo, pero resulta perfectamente justa cuando se trata del reportaje interpretativo. En efecto, ambos tienen en común la inquietud por encontrar las causas profundas del acontecer cotidiano, esa irresistible tendencia a indagar con sentido crítico, a preguntarse por qué ocurren las cosas, condición eminentemente intelectual vinculada al racionalismo. Los hermana también la naturaleza analítica y reflexiva, el no quedarse en la simple comprobación de las realidades sino remontar su trascendencia. Los vincula, aún más, cierto afán valorativo que no se da de manera preceptiva o moralista, sino como emanación espontánea de la forma como se presentan y organizan las cosas. Y está, por último, el cultivo de la forma, las exigencias del estilo, el conceder importancia a cómo se dicen las cosas, más allá de su contenido.

Esto no siempre lo encontramos en el reportaje objetivo y, cuando lo encontramos, es porque en él se ha superado la estrechez factual que impone esa doctrina. El reportaje objetivo es evidentemente sensorial, su meta es impresionar los sentidos del lector con una situación o con una sucesión de anécdotas más o menos brillantes o divertidas. Predominan en él la descripción y la narración. Su forma es más libre, más personal. Uno puede comenzar con lo que quiera, siempre que ese comienzo resulte atractivo para el lector. El reportaje objetivo es, además,

evidentemente fáctico, no se propone analizar nada, ni demostrar nada, sólo busca crear una sensación, crear un estado de ánimo.

El reportaje interpretativo, por el contrario, está dirigido a la mente del lector; su meta es convencer, no impresionar. De allí que los recursos fundamentales, sin que ello indique desprecio u olvido de la narración y la descripción, son el análisis, la comparación y el razonamiento lógico. Aquí sí es un objetivo la demostración de algo. Todo esto impone un método de trabajo en el cual la reflexión y la investigación se complementan.

¿Cómo Comenzar?

Una vez que estamos en presencia del conjunto de hechos menores que indican una tendencia común o del gran acontecimiento, no procedemos a lanzarnos a la calle sin un norte preciso. Primero se impone el análisis del punto de partida con el fin de plantear una *hipótesis de trabajo*, que sirve de guía, de brújula, a la investigación documental o viva (reporteo). Supongamos el caso de la detención de los parlamentarios. Después de reflexionar sobre el asunto, lanzamos nuestra hipótesis de trabajo y decimos: «La detención de los parlamentarios Salom Mesa Espinoza y Fortunato Herrera no implica un deterioro significativo del sistema, ni es indicativa de un peligro inminente de colapso de las instituciones».

Con esta hipótesis de trabajo, iniciamos nuestra investigación. Lo primero que debemos hacer es agotar, en lo posible, los antecedentes del asunto. Para eso, consultamos las fuentes documentales que estén a nuestro alcance. Siempre conviene trabajar primero las fuentes documentales, con finalidades muy precisas: una, nos permiten insertar el suceso nuevo en el cuadro del pasado, con lo cual ganamos claridad a la hora de emprender la investigación de las fuentes vivas y actuales; dos, hallamos los recursos necesarios para elaborar el cuestionario para la investigación de calle; tres, obtenemos los elementos de comparación

indispensables para el cotejo de las opiniones que vayamos encontrando en la labor reporteril. Todo esto supone que el periodista dedicado a la interpretación debe estar dotado de biblioteca y archivo personales, pues no siempre podrá contar con los del periódico o los de servicio público. Ambos constituyen herramientas de trabajo de primer orden.

La investigación documental y la indagación que realicemos en las fuentes vivas servirán para corroborar la hipótesis de trabajo que planteamos o para negarla. En el primer caso, podemos convertir nuestra hipótesis de trabajo en la tesis o planteamiento de nuestro reportaje. En el segundo, debemos desecharla y elaborar la tesis con los elementos que se desprendan de la investigación. Es aquí donde se pone a prueba la responsabilidad y la veracidad del periodista. No se trata, en modo alguno, de meter a la fuerza la realidad en un esquema preconcebido, sino de ajustar ese esquema, que sólo ha sido un instrumento para la investigación, al dictado de los datos reales. Una vez verificada la hipótesis, se procede al análisis de los elementos hallados en la investigación. No todos los datos encontrados tendrán importancia para los fines que estamos investigando. Algunos podrán servir para otros trabajos interpretados. Se procede, pues, a jerarquizarlos en razón de la naturaleza del reportaje que estamos realizando y en función de él. Éste no es un paso fácil. Los hábitos acumulativos creados por la objetividad hacen que muchos periodistas se encuentren en esta etapa con un volumen enorme de información —datos, declaraciones, anécdotas, cifras— y no sepan qué hacer con ellos. Ordenar y jerarquizar esta masa de elementos, darles sentido, utilizarlos según un plan de demostración lógica, he ahí una tarea que demanda capacidad intelectual.

Cuando hemos terminado este trabajo de ordenamiento y jerarquización, estamos en condiciones de redactar. El reportaje interpretativo tiene una estructura menos libre que el reportaje objetivo.

¿Cuál es esa estructura?

Tres son los elementos estructurales del reportaje interpretativo: encabezamiento, cuerpo o demostración y conclusiones.

En el encabezamiento, presentamos la tesis que hayamos derivado de la investigación. En el caso de que resultara cierta la hipótesis de trabajo que hemos mencionado antes, a manera de ejemplo, la tesis podría ser: «La detención de los parlamentarios Salom Mesa Espinoza y Fortunato Herrera no indica un descalabro de la democracia representativa ni un peligro para las instituciones políticas». Los historiadores dirán por qué tesis y no hipótesis, si todavía no ha sido demostrada. Por la sencilla razón de que el periodismo interpretativo es periodismo y no historia, y en periodismo lo último siempre es lo primero.

Conviene aclarar también que el encabezamiento no equivale al «lead» de la noticia. Éste es el primer párrafo, en el cual se resume los elementos esenciales y significativos de la información, procurando —dicen los manuales— responder al mayor número de las seis preguntas clave. El encabezamiento, en cambio, puede constar de dos, tres o más párrafos, según el carácter y la periodicidad de la publicación a que esté destinado el reportaje. Lo importante es que la tesis quede claramente planteada.

En el encabezamiento podemos adoptar dos tipos de planteamientos. Ir de lo general a lo particular, o de lo particular a lo general. Por ejemplo, para seguir trabajando con el sistema de la democracia representativa en Venezuela: «Los fundamentos de la democracia representativa en el país no han sufrido un deterioro sustantivo con las circunstancias negativas que se han registrado en los últimos días. No hay peligro para las instituciones». Es ahí un caso de Encabezamiento que comienza con una formulación de carácter general. Esta primera parte debe ser inmediatamente reforzada, en los párrafos siguientes, con los elementos concretos que deriven de la actualidad.

Podemos, en cambio, para buscar un mayor impacto en el lector, partir de una enumeración al ralentí de hechos particulares para resaltar con una formulación general el último párrafo del encabezamiento. Veamos: «El asesinato de Jorge Rodríguez, la detención de los parlamentarios, los casos crecientes de corrupción administrativa, como el del Concejo Municipal de Petare y otros tantos que investiga la Contraloría General de la República, crean inquietud por la suerte del sistema democrático».

En un segundo párrafo se puede hacer referencia a la situación latinoamericana, sobre todo a aquellos casos derivados de una coyuntura similar. Y de esa forma, con la referencia a hechos particulares, vamos creando la atmósfera para una formulación de carácter general. Lo que importa tener presente en cualquiera de los dos métodos que escojamos es que debemos colocar, ya en el encabezamiento, aquellos datos concretos —cifras, hechos, declaraciones— que le den vigor a la tesis.

¿Y el cuerpo?

En el cuerpo, desarrollo o demostración insertamos, de una manera ordenada y jerarquizada, el producto de nuestra investigación. Todos aquellos datos, cifras, declaraciones, citas, anécdotas que le den fundamento a la tesis que hemos planteado. Conviene advertir desde ya que, una vez más, se pone a prueba la honestidad del periodista. Cualquier omisión de los elementos negativos a los planteamientos de la tesis significa una falta de veracidad y de responsabilidad profesional. Lo que procede es encontrar tantos datos probatorios que anulen el efecto de aquellos que contradicen la tesis.

En el cuerpo demostrativo entran en juego las capacidades para el ordenamiento lógico, para la argumentación sobre la base de datos concretos y para el análisis de los acontecimientos. El periodista puede aquí utilizar los recursos de todas las técnicas informativas. Los datos de las noticias, desde luego. Las opiniones e informaciones que ha obtenido

en las entrevistas, no para reproducir la entrevista como género sino para utilizar lo que realmente sea útil al propósito general del trabajo. Los elementos esclarecedores que provengan de la investigación documental. También en este caso procederá como periodista. Jerarquizará el uso de los datos de tal manera que los más importantes, los más demostrativos, los que tengan mayor peso, estarán inmediatamente después de la tesis. De ese modo lo irá graduando de mayor a menor, pero con el cuidado de dejar para el último párrafo del cuerpo demostrativo un elemento significativo, con fuerza, que prepare la presentación de las conclusiones. El ritmo del reportaje interpretativo se asemeja al ritmo sinfónico: *crescendo* al comienzo y *crescendo* al final.

Por último, tenemos las conclusiones. Éstas deben consistir en la presentación de datos de mucho peso que le den consistencia a la demostración y empaten con la tesis. Al contrario de la noticia, estructurada en forma de pirámide invertida que da la impresión de que se cae por falta de sustentación, el reportaje interpretativo concluye con una base amplia, firme, que debe dejar en el lector una sensación de solidez y claridad. Algo así como aquella vieja fórmula matemática L.Q.Q.D: «lo que queríamos demostrar». En los apéndices reproducimos un análisis de un reportaje del periodista K.C. Thaler, que es una ilustración muy demostrativa de lo que estamos diciendo: termina con dos informaciones que, prácticamente, hacen innecesario cualquier comentario de resumen. En estos análisis señalaremos otras características de la estructura del reportaje interpretativo que resulta un tanto forzado explicar en abstracto.

Queda, por supuesto, el problema del título. En este caso se presentan dificultades especiales, desde el momento en que el periodismo moderno tiende a los títulos sintéticos y la mayoría de las veces no es fácil sintetizar con claridad el contenido de un planteamiento interpretativo. En todo caso, el título debe consistir en un resumen, o en una

indicación del contenido de la tesis. «DETENCIÓN DE PARLAMENTARIOS / NO AMENAZA AL SISTEMA», podría ser un ejemplo.

Como se ve, la estructura de la pirámide invertida no se adecúa a la información interpretada. Tampoco la técnica de corte utilizada tradicionalmente en las redacciones, según las pautas de la doctrina de la objetividad: eliminar el o los últimos párrafos, en el entendido de que allí estaba lo menos importante. Si se procediera con el periodismo interpretativo en la misma forma, se estaría cercenando nada menos que las conclusiones, con lo cual se deformaría una parte vital de reportaje.

Se han propuesto algunas representaciones gráficas, tales como la de una pirámide trunca que remata en una base, o la simpática fórmula propuesta por mi profesor de periodismo interpretativo de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, Mario Planet, que consiste en representarlo con un muñequito: la cabeza sería la tesis, con su respectivo acompañamiento de orejas, pelo y nariz en representación de título y datos que complementan el encabezamiento; el tórax sería el cuerpo documental, con sus prolongaciones de anécdotas y circunstancias complementarias (brazos) y, por último, piernas y pies bien robustos para que el reportaje no se caiga. De esta forma, explicaba Planet, se está indicando gráficamente que debe haber armonía entre las partes del reportaje, porque sería horroroso un trabajo con una cabeza enorme y un cuerpecito raquítico, o viceversa, y además que no se le debe cortar las patas al muñequito. Cuando se necesita cortar, hay que hacerlo en el cuerpo, jamás en la parte final.

Bien, éste es uno de los problemas en el periodismo interpretativo. Para aplicar este esquema a la nacionalización del petróleo, o la detención de los parlamentarios, a la corrupción municipal hay que tener dominio del asunto, trabajar duro en la investigación y usar la cabeza para evitar las especulaciones o las conclusiones precipitadas. El periodismo

interpretativo, como bien señalaba Curtis MacDougall, no supone la eliminación del periodismo, sino más bien su complicación con una serie de tareas complementarias, como la investigación documental y el trabajo de análisis. ¿Y por qué enredarse con este tipo de periodismo, si con la objetividad estábamos tranquilos?. Eso lo examinaremos en el próximo capítulo.

Por qué y para qué interpretar

El surgimiento y el desarrollo del periodismo interpretativo no obedece a una motivación caprichosa, ni a la vanidad de ensayar nuevos tratamientos informativos por el prurito de innovar. Su razón de ser está en los profundos cambios que caracterizan al mundo contemporáneo, a esas violentas mutaciones que han transformado la sensibilidad y los modos de pensar en el hombre de hoy.

El ciudadano de cualquier país sufre continuamente el influjo de los asuntos económicos, aunque carezca de la noción más elemental acerca de la naturaleza y fines de las ciencias económicas. Un día pierde el trabajo con el cierre de la fábrica o siente los efectos de una alza de precios por causas extrañas o alejadas. Otro, ve como se trastorna todo su ritmo de vida como consecuencia de una planificación que no esperaba. En fin, debe enterarse de lo que pasa en la economía de su país y del mundo.

Su existencia, por otra parte, está regulada por toda una maraña administrativa —impuestos, ordenanzas, decretos, tarifas— cuyos mecanismos y explicaciones están muchas veces más allá de su alcance, pero no los puede eludir. Las relaciones entre el individuo y el Estado, en cualquiera de sus esferas, constituye un fenómeno sumamente complejo, que no sólo ha dado origen a disciplinas especializadas, sino que también ha creado la necesidad de una información comprensible y útil en el ciudadano común.

Lo mismo podríamos decir respecto del impacto que las ciencias han producido en la vida ordinaria de los individuos en cualquier región del

mundo. Muchos de nuestros actos están regulados por algún tipo de relación con las ciencias en el vasto campo que ellas dominan en la actualidad. Entender eso, buscar respuestas a las dudas que los fenómenos científicos plantean, es también motivo para la interpretación en nuestra época.

Se ha dicho con frecuencia que en este tiempo no hay sucesos locales, que todos los países son interdependientes y nada de lo que ocurra en uno de ellos puede ser indiferente a los demás. Existiría así la llamada «Aldea Mundial» de que habla Mac Luhan. Sin llegar a tales extremos, no hay duda acerca del condicionamiento que los hechos mundiales ejercen entre sí. Una crisis política en uno de los países árabes tiene, en este momento, más importancia para los venezolanos que la tensión provocada por un incidente político interno, cambio de ministros, por ejemplo. La universalización de la información es un fenómeno presente en este siglo y ha creado consecuencias que justifican y dan fundamento a la interpretación.

La misma política, tan contaminada aún de improvisación y en tantos sentidos tan ausente del carácter científico de esta era, ha experimentado cambios sustanciales. La complejidad de la administración pública, la naturaleza técnica de muchas de las decisiones del Estado, los ingredientes ideológicos que matizan ahora el debate entre los partidos, obligan a la utilización de un vocabulario y un instrumental que va más allá de la simple agitación de plaza pública, pues ya no basta con la pura demagogia. Aun los líderes más atrasados en la carrera de los conocimientos humanos sienten la necesidad de asesorarse con especialistas de distintas disciplinas para evitar que su discurso se evapore en la sola palabrería. La información política comporta, en virtud de estos cambios, nuevas exigencias que le dan vigencia a la interpretación.

Digamos, por último, que en lo que concierne a la prensa en particular debemos tomar en consideración otro factor condicionante: la

aparición de los medios audiovisuales. Si bien es cierto que la misión primordial de la radio, la televisión y el cine no es la de informar, sino la de entretener, el hecho es que todos ellos poseen características especiales en el campo informativo que presionan una transformación inevitable en las formas tradicionales del medio impreso.

Ha ocurrido, pues, una diversificación y complejización de los campos informativos que plantean nuevas necesidades en el público y en el periodismo. Allí están las razones que explican por qué es necesario y útil el periodismo interpretativo en nuestro tiempo. Sin pretender un examen exhaustivo, ofrecemos algunas referencias adicionales a lo ya dicho en esta visión panorámica.

Los misterios económicos

Karl Marx analizó y subrayó, en los años cuarenta del siglo diecinueve, el papel que juegan los hechos económicos en la vida de una sociedad. Derivó de allí toda una concepción del hombre y de la historia cuya influencia en esta época no niegan ni los más apasionados adversarios del marxismo. Pero el hombre común tardó mucho en percatarse del influjo de la economía sobre su vida diaria. Durante años sufrió los impactos de los fenómenos económicos, presencié el advenimiento de la bonanza y de la ruina, se enteró quizás de los manejos financieros de los poderosos de su tiempo, pero las causas profundas de aquello no estaban a su alcance, todo representaba un misterio para sus magros conocimientos en este campo.

Y es que los hechos económicos no son simples, ni fácilmente comprensibles. Los mecanismos que determinan el funcionamiento de la bolsa de valores, las andanzas del capital internacional y sus efectos en las economías de muchos pueblos, las motivaciones de las medidas gubernamentales en la agricultura, la ganadería o la minería, los patrones

que rigen el mercado internacional del petróleo. He allí asuntos que rodean la vida diaria del venezolano común, que ejercen influencia innegable en la estabilidad de su trabajo, en su nivel de remuneración, en el precio que debe pagar por las cosas que consume. Sin embargo, ¿qué sabe el venezolano común de estos problemas?

Durante años, hemos oído hablar de la necesidad imperiosa de una reforma tributaria. En el debate acalorado que siempre se origina, se esgrimen términos como «reforma fiscalista» o «reforma que impulse el desarrollo y estimule la producción». Nada de eso dice mucho al lector común.

Él simplemente desea saber en qué forma lo va a afectar esta reforma, si lo beneficiará o redundará en una disminución de sus ingresos.

La misma perplejidad embarga al hombre corriente, ese que ha sido calificado como destinatario de los mensajes informativos, cuando el Banco Central entrega sus boletines sobre la situación económica del país. ¿Hemos crecido? ¿Se ha experimentado una distribución más justa de la riqueza? ¿Ha disminuido la dependencia del país en relación con los renglones vitales de la economía? ¿Es cierto que estarnos más ricos que antes? Y así, por el estilo, las interrogantes podrían multiplicarse si la información económica que recibimos estuviese concebida como un instrumento para ayudar al ciudadano común a ubicarse mejor en el mundo en que vive.

Pero lamentablemente no ocurre así. Todos los que han estudiado las características de la información económica insisten en la necesidad de traducir la terminología especializada, la jerga profesional propia de los economistas al lenguaje común. Evidentemente, entre la jerga económica —o cualquiera que sea— y el lenguaje usual de los lectores existe una disonancia radical. En consecuencia, se impone la búsqueda de un lenguaje común para que pueda establecerse una corriente comunicacional.

He allí el primer defecto de la información económica en Venezuela. Ni siquiera esta exigencia elemental es cumplida a cabalidad. El redactor se limita a transcribir lo que le entregan por escrito o verbalmente, sin darse cuenta que de ese modo está transmitiendo mensajes para los entendidos y no para el público en general. Así como advertía Joseph Newman, en relación con la indiferencia del lector norteamericano ante las informaciones internacionales, podríamos decir que entre nosotros una manera equivocada de presentar las informaciones económicas ha creado también una indiferencia peligrosa en el lector en un campo que le atañe directamente. Piensen en la forma cómo ese público fue manejado por corrientes de información dirigida durante la crisis energética y en el proceso de la nacionalización del petróleo, sin que nuestra prensa le diera herramientas para comprender las situaciones y estar en capacidad de defenderse de las incitaciones contrarias a los intereses del país. Como el lector común carece de las claves necesarias para entender e insertar los fenómenos económicos en su marco de referencia, una información como la que hemos señalado resulta infuncional, carece de utilidad para el público. El tratamiento objetivo se ha demostrado en este campo insuficiente, estrecho y, como hemos visto, sumamente peligroso en etapas de decisiones cruciales. Porque el problema no radica solamente en traducir la terminología y los conceptos propios de la ciencia económica a un lenguaje asequible para los no entendidos. Ésta es una obligación primaria, aunque no se la cumpla entre nosotros. Lo que importa es que el lector encuentre en la información a qué se deben los hechos, qué consecuencia tendrán en su vida presente y futura y cuáles son sus relaciones con otras circunstancias nacionales o extranjeras.

Es decir, una interpretación. Es la única forma de hacer funcional la información económica.

La mayoría de las veces la desorientación del lector no proviene tanto del vocabulario como de las contradicciones conceptuales que se

advierten en una información económica. Deténgase a meditar, por un momento, en el estupor que se debe haber creado en numerosos lectores venezolanos cuando el doctor Juan Pablo Pérez Alfonzo, experto petrolero y hombre con experiencia en materia de gobierno, declaró que la riqueza repentina que inundó al país representaba un peligro inminente de ruina nacional. Entre una afirmación de esta naturaleza y las informaciones procedentes del gobierno, en las cuales se insiste en las bondades de la abundancia, el abismo es inmenso y no precisamente por motivos de oscuridad terminológica.

En resumen, el hombre contemporáneo vive, a partir de la gran crisis de 1929-1933, la angustia de la circunstancia económica. Y si bien es cierto que los golpes de la experiencia, la vida sindical, el entrenamiento político lo han adiestrado en algunos misterios de los fenómenos económicos, necesita de claves que le permitan entender y evaluar las situaciones que enfrenta diariamente. El periodismo interpretativo aparece así como una respuesta indispensable. Lo demostró el *Wall Street Journal* y el desarrollo de todo un periodismo especializado en este campo. Para negar la vigencia de la interpretación en la esfera de la economía no es válido el argumento político según el cual los empresarios estarían interesados en mantener la oscuridad y el misterio en esta zona, como una vez lo advirtiera Marx en relación con el aprendizaje de la ciencia económica por parte de los trabajadores. El *Wall Street Journal*, *Financial Times* o *US News & World Report* no son publicaciones precisamente contestatarias del sistema y en ellas la información económica es interpretada.

El área de la administración reviste especial importancia para la vida del lector común. Lo que ocurre en los concejos municipales, en las gobernaciones, en los institutos que se vinculan directamente con los servicios públicos, es vital para el hombre corriente. Allí se concentra prácticamente un porcentaje muy alto de su vida cotidiana: el agua

potable, la luz, el derecho de frente, el aseo urbano, el alumbrado de las calles, el mantenimiento de las cloacas, la asistencia pública, una parte significativa de la educación elemental. Allí van sus impuestos y contribuciones. En consecuencia, espera saber a qué serán destinados y si son bien o mal administrados. La urdimbre administrativa es como una telaraña que nos afecta por dondequiera que nos movamos. Y está de más decir que allí encontramos una de las fuentes del más rudo desamparo del hombre contemporáneo. Ese es el reino de burocracia, donde el ciudadano casi siempre encuentra indiferencia, arrogancia, negligencia, en lugar de la atención que busca para su problema.

Saber lo que ocurre en el mundo de la administración, entender por qué en el distrito más rico del país la basura se amontona con la misma velocidad que los escándalos en el Concejo de Petare; entender por qué sus relaciones con funcionarios que viven de sus impuestos y contribuciones deben llevarse siempre a nivel de servidumbre de su parte; todo este intrincado mundo de la vida municipal, nuestro mundo diario, requiere también de un periodismo que vaya más allá de la alabanza o de la denuncia sensacionalista.

La política

Ahora ser político no es cosa fácil, es necesario saber estadísticas. Ese comentario, seguramente dicho por alguien que se asombró con el carácter de los discursos políticos actuales, podría parecer una exageración, pero revela la existencia de cambios innegables. Como señalamos antes, la política ha dejado de ser exclusivamente el ejercicio de la especulación y de la intriga. El Estado moderno es muy complejo, está sujeto a leyes y mecanismos cuyo dominio es imposible sin alguna preparación técnica. Los gobernantes deben decidir sobre cuestiones tan disímiles y complicadas como el comercio internacional, los litigios limítrofes,

los reactores nucleares, la investigación científica, el mejoramiento de las siembras, el desarrollo industrial, los problemas de la educación y hasta las políticas comunicacionales. La tarea va un tanto más allá de la capacidad de ingenio o de improvisación que caracterizaron antaño al político típico.

En razón de estas complejidades, la información política se ha hecho más compleja. No basta ya con reproducir las declaraciones de tal o cual líder o gobernante, sin importar lo que está diciendo y el efecto que eso pueda tener en la masa de lectores. ¿Qué se quiere decir, por ejemplo, con la afirmación de que la nacionalización de la industria petrolera ha perdido su carga revolucionaria? ¿Qué hay detrás de la formulación, muy usada en nuestro mundo político, de que vivimos bajo un régimen de democracia formal? En fin, podríamos multiplicar las preguntas.

Digamos, además, que la información política presenta siempre graves dificultades que derivan del periodista mismo, por una parte, y de la materia sobre la cual se debe informar, por la otra. No vamos a repetir aquí lo ya dicho respecto de la percepción como fenómeno social, o de la escogencia de vocabulario, según los estudios semánticos. Todo lo que dijimos antes acerca de la carga de subjetividad que enrarece la percepción de los seres humanos y, en consecuencia, de los periodistas, adquiere aguda validez en la información política, sea objetiva o interpretada. Es ya un lugar común admitir que, cuando se cubre un mitin político, valga el caso, se producen dos fenómenos absolutamente diversos en los periodistas, según sean partidarios o adversarios de la organización que promueve el acto. El periodista que comparte las ideas allí expuestas, tiende a ver exclusivamente —o preferentemente— los elementos favorables, los llenos, el entusiasmo, la brillantez de los oradores. El adversario, en cambio, hará hincapié en los aspectos negativos: vacíos, cansancio del público, desatinos de los oradores.

Para ejercer con idoneidad y, sobre todo, con responsabilidad la interpretación política, el periodista debe cuidar religiosamente que sus prejuicios y parcialidades no introduzcan deformaciones sustantivas en el relato. No se trata de que renuncie a sus principios, o que pretenda haberse despojado de todo ingrediente subjetivo, sino de frenar los impulsos de ese mundo subjetivo cuando ellos implican una violación de la veracidad noticiosa.

La complejidad de la interpretación política deriva también de la naturaleza misma de los hechos políticos. Todos ellos tienen una faz pública, una apariencia, que está al alcance de todo el mundo y que, en la mayoría de las ocasiones, resulta la menos importante. ¿Cuántas veces las manifestaciones públicas de la crisis interna de un partido son justamente las declaraciones de unidad y de respeto a la disciplina? Más allá de esas apariencias están las realidades auténticas, los llamados entretelones, que sólo son asequibles mediante las fuentes confidenciales.

Los personajes de la política son, ellos mismos, otra fuente de obstáculos para la interpretación política, no porque sean herméticos, cerrados, sino precisamente por todo lo contrario. El político necesita de la publicidad diaria, el silencio es su enemigo. Por eso, siempre está listo para declarar sobre lo humano y lo divino. Y no incurrimos en ninguna falta de respeto, cuando decimos que lo menos valioso de un político son las palabras. Debemos atender, en cambio, a lo que se ha llamado realidades no verbales, es decir, todos aquellos indicios y signos que el ser humano emite sin darse cuenta, espontáneamente, como un lenguaje paralelo al de las palabras. Como ha sido señalado muchas veces, mucho más significativos son los silencios en algunas oportunidades.

Una correcta evaluación del personaje político obliga, además, a examinar sus opiniones del presente a la luz de sus antecedentes. Ante muchas de las declaraciones ofrecidas por el doctor Juan Pablo Pérez

Alfonzo en los últimos tiempos, vale la pena recordar que estuvo en posiciones de gobierno en varias ocasiones y no hizo nada de lo que ahora pregona. Podría ser ésta una señal de inconsecuencia o demagogia, pero también la oportunidad para revelar factores restrictivos que no fueron entonces informados al público. Lo mismo podría decirse con la posición de Luis Beltrán Prieto Figueroa, Paz Galarraga o cualquier otro dirigente del MEP respecto de la detención de los parlamentarios ¿Qué pensaban en 1963, cuando los congresantes de izquierda sufrieron una agresión semejante y ellos ocupaban puestos de comando en el partido de gobierno? El uso de los antecedentes, que se obtiene en el manejo de las fuentes documentales, adquiere aquí importancia singular.

Vale la pena también llamar la atención sobre la influencia que pueden tener en una correcta interpretación política el conocimiento y dominio de los factores de la noticia y de los llamados por Francesco Fattorello «factores de conformidad». Entre los primeros, es innegable la importancia de la prominencia y el conflicto. No hay duda de que la relevancia de un personaje político proporciona interés y valor a sus palabras y actos. No es lo mismo que un dirigente medio amenace con el retiro de su partido del Congreso a que lo haga el líder máximo de esa organización. Así mismo, cuando entendemos que la esencia de la política es la controversia, el enfrentamiento, en buenas palabras: el conflicto, aprendemos a no magnificar la peligrosidad de algunas situaciones, cosa que no sería correcta si se tratara de una esfera de actividad humana caracterizada por la armonía.

Los «factores de conformidad» son aquellos que tienden a condicionar la opinión pública: estereotipos, prejuicios, valores, mitos, la opinión de la mayoría, la racionalización. Su importancia en la interpretación política es evidente. Gran parte de la vida política está coloreada por los estereotipos más diversos, que cuajan en «slogans» y frasecitas hechas. La propaganda política no alcanzaría a explicarse sin la existencia de

estereotipos. La política es, además, una actividad ideológica, regida por principios teóricos, en consecuencia, en ella intervienen valores filosóficos y éticos. Muchas de las acciones de la política encuentran su fundamento en la opinión de la mayoría: elecciones, referencia, plebiscitos. En no pocas ocasiones la gente no encuentra otra justificación para su conducta política que la referencia a la mayoría.

Y ¿qué decir de la racionalización? Gracias a su manejo, en política no hay perdedores. Si un partido sufre una derrota aplastante en unas elecciones, sus dirigentes jamás hablarán públicamente de derrota. Por el contrario, insistirán en que en esos comicios su organización obtuvo un crecimiento del tanto por ciento en relación con las elecciones anteriores. Y de esa forma, los problemas políticos van adquiriendo una fisonomía inesperada al conjuro de explicaciones racionalizadas que constituyen verdaderas justificaciones.

La importancia del mito es también fácilmente demostrable con simples referencias históricas. El mito del hombre ario sirvió de cimiento a la política agresiva del nazismo. Gómez, al igual que muchos tiranos latinoamericanos, ha sido explicado como fenómeno telúrico, como fuerza destructora de la naturaleza. La sagacidad de Rómulo Betancourt —El Brujo— ha ido creando una verdadera mitología en la política venezolana. Más allá de la razón, ese mundo de lo real maravilloso que ha sido América Latina constituye una incitación permanente a buscar claves míticas para la interpretación de los fenómenos políticos.

Frente a todos estos escollos y elementos activos en la interpretación política, conviene subrayar la importancia de la experiencia personal del periodista, de su conocimiento directo de situaciones y personajes. La vivencia política proporciona claves muy útiles para poder evaluar con certeza los hechos susceptibles de interpretación. Asimismo, el dominio conceptual o teórico es indispensable a la hora de ejercer esta rama del

periodismo interpretativo. Conocimiento de las tendencias ideológicas de las estructuras institucionales, de la historia política del país.

La ciencia nos rodea

Durante muchos años, la ciencia fue una actividad remota y hasta extraña para el hombre común. Su noción del científico estaba asociada a resonancias misteriosas, a los caracteres que la imaginación atribuía a los laboratorios. Más cercano a su mundo era el brujo o el hechicero. Pero llega la revolución industrial, y la ciencia, por la vía de la técnica, se hace mundana, sale a compartir con el resto de los mortales las peripecias de la existencia cotidiana. Un día se transforma en energía eléctrica e ilumina los hogares y las calles, mueve máquinas y cambia por completo la fisonomía de las cocinas. En otra parte, adquiere la forma de vacuna y los seres humanos aprenden a estimarla como una amiga valiosísima. Y así se fue revistiendo de vitamina, píldora anticonceptiva, antibiótico, y se convirtió en compañera inseparable del hombre. Hasta hoy, cuando la ciencia nos acompaña desde la cuna hasta la tumba, sin que podamos desprendernos de ella en ninguna de nuestras actividades, nos alimenta, nos viste, crea las condiciones para divertirnos, nos rodea por todas partes.

Tampoco el hecho científico es sencillo y comprensible. Necesitamos herramientas adicionales para medir el alcance verdadero de un descubrimiento o de un producto de la experimentación científica. Es fama que la escisión del núcleo atómico por Rutherford sólo mereció una nota de diez centímetros columna en las páginas interiores de un periódico sueco. Si alguien hubiera dicho que ese acto cambiaría todos los supuestos en que se había fundamentado el mundo entonces, quizás hubiera sido motivo de burla. Sin embargo, cuando Hiroshima y Nagasaki demostraron la potencialidad de aquel descubrimiento, el hombre contemporáneo comenzó a vivir entre parámetros radicalmente diferentes.

Ciencia y tecnología están hoy, además, en la base de las aspiraciones de desarrollo y de independencia nacional de los países pobres de la tierra. Para nosotros, entonces, el desafío tiene proporciones muy superiores que para los lectores de los países industrializados. Nuestro ser nacional está estrechamente vinculado a lo que ocurra con la ciencia y la tecnología en los próximos años. No puede ser indiferente esta situación al lector corriente, puesto que allí están comprometidas su existencia y la de sus hijos. Es vital entonces que ese lector comprenda lo que ocurre en el mundo de la ciencia. Para que lo haga es indispensable que la información científica esté a su alcance, que le dé los elementos necesarios para explicarse los fenómenos científicos y su relación con ellos. Es decir, necesita una información interpretada, porque ese lector carece de recursos propios para evaluar por sí mismo esos acontecimientos.

Ritchie Calder, el notable periodista inglés especializado en información científica, insistía precisamente en que no puede concebir una noticia científica escueta, desprovista de los puntos de referencia que le den significación para el hombre de la calle.

Universalización de la noticia

El hombre del pasado inmediato pudo vivir tranquilamente sin saber qué pasaba en los confines lejanos. Su interés se centraba en el campamento de su comarca, en aquello que podía palpar, cuya historia le era conocida. Los acontecimientos de tierras remotas adquirían para él la dimensión de cuentos y fábulas fantásticas, ante la comprobación de que nunca podría estar en contacto con ellos y medir su realidad. Esa fue la época de la información local, la edad del *perro muerto en la puerta de mi casa*, tan llevada y traída en todos los manuales de periodismo.

Ese mundo fue desapareciendo paulatinamente a partir de la guerra del 14. Esta contienda demostró que un hecho lejano, y aun insignificante,

puede comprometer gravemente la vida de todo el globo. Esa fue la primera conflagración global, no sólo porque puso en juego todos los recursos conocidos para el exterminio humano, sino también porque no dejó región del mundo libre de sus efectos. Desde esa fecha, la interdependencia del mundo es una realidad, valorada y analizada desde todas las posiciones ideológicas conocidas. Formamos parte de un mercado mundial, estamos insertos en un juego internacional de tensiones políticas, hemos sido ubicados en áreas comunes de seguridad militar, sentimos el influjo que deriva del esfuerzo competitivo para conquistar espacios extraterrestres, estamos impregnados por un flujo mundial de información que, casi siempre, se rige por mecanismos que no controlamos.

Ahora bien, si la comprensión de los sucesos que ocurren a escasas cuadras de mi casa representa ya problemas de envergadura, ¿qué podemos decir de aquello que sucede en África, en Asia, en Europa, cuyos contextos me son desconocidos? La información internacional comporta así una necesidad insoslayable de interpretación. Una crisis política en Gabón, la devaluación de la moneda en Inglaterra, el cierre de una empresa en Italia, el descubrimiento de petróleo en Asia, son acontecimientos que interesan al hombre común y que seguramente afectarán profundamente su vida. Pero, mientras se informe sobre ellos de una manera tan escueta, ni le interesarán ni podrá comprenderlos. Sin embargo, es indispensable que ese lector maneje esos elementos si aspiramos a que juegue un papel consciente en el país. Que sepa por qué se produce un estremecimiento en Venezuela cada vez que sucumbe una democracia representativa en América Latina, o cuáles son las razones que llevan a discutir tan prolongadamente las reglamentaciones del Pacto Andino.

Sin embargo, no termina allí la complejidad del asunto. Los creadores de la revista *Time* pusieron mucho énfasis en lo que podríamos llamar la

localización de la noticia internacional. Es decir, buscar el enfoque local, la perspectiva propia a la hora de interpretar los acontecimientos del extranjero. Los elementos factuales y sus relaciones son evidentemente extraños, pero la significación que esos sucesos tienen para nosotros debe ser desentrañada de acuerdo a pautas propias. Podemos recibir, por ejemplo, todos los materiales de actualidad sobre una reunión de la OPEP o del Pacto Andino, y aun aquellas referencias contextuales necesarias. Pero la evaluación de esos hechos debe atender a un criterio nacional. Desde este punto de vista, si bien es cierto que ya no hay hechos locales, pues la mayoría de los hechos significativos de este tiempo se insertan en parámetros universales, sí debe haber un enfoque local de los problemas. Lo contrario es exponerse a la penetración ideológica de la manera más ingenua o irresponsable.

Vale la pena recordar en este punto la resistencia de George Massip, jefe de los servicios extranjeros de *Le Figaro* a admitir despachos interpretativos por las agencias cablegráficas internacionales. Esa interpretación, a su juicio, estaría sujeta a la política editorial de la agencia, organismo extranjero en la mayoría de las ocasiones, y no a la del medio nacional. En consecuencia, ese enfoque estaría contaminado por los prejuicios, valores e intereses propios de la agencia en cuestión, cuando no del país a que pertenece, con deterioro de los intereses del país a que pertenece el medio.

Interpretación de los asuntos internacionales, sí, pero realizada por el cuerpo de redacción del diario, radio o televisora nacional. De lo cual se desprende que en cada medio debería existir un cuerpo de redacción internacional encargado de esa tarea y no simples «recortadores» de cables, como es lo usual en el periodismo venezolano.

Analicemos este criterio a la luz de los polos de influencia que caracterizan al mundo de hoy, cuando miramos el acontecer con una

perspectiva venezolana. Existen un centro, o varios centros de poder, y una inmensa periferia que significa para aquéllos mercados, fuentes de materias primas baratas, áreas para la inversión reproductiva del capital financiero y ámbitos propicios para la conquista cultural o ideológica. En ese contexto, las agencias internacionales de noticias, verdaderas empresas transnacionales, juegan un papel decisivo para la formación de la imagen que el lector de la periferia se forma del mundo. La información internacional se transforma así en un mecanismo de penetración ideológica, y, asimismo, la interpretación de los asuntos internacionales significa, cuando el medio se limita a reproducir los servicios de los periódicos o agencias de los países del centro, la aceptación servil de los valores y perspectivas del extranjero.

Las situaciones deplorables que derivan de este estado de dependencia, que no es extraña a la colusión internacional de las burguesías, son evidentes. Hace algunos años, cuando Estados Unidos invadió a la República Dominicana, el diario *La República* dio un espectáculo esquizofrénico en la cobertura de aquella agresión. En las páginas interiores, sus enviados especiales exponían una imagen de los hechos, desde el punto de vista del agredido, que en este caso era Latinoamérica en su conjunto. Pero en las páginas internacionales, las agencias norteamericanas ofrecían el punto de vista contrario, con evidente deformación de lo que estaba ocurriendo, de acuerdo a la versión de los enviados del diario.

Esta experiencia se repitió con motivo de la conferencia de la OPEP en Argel, durante los días cruciales de la llamada «Crisis energética». Mientras los enviados especiales de la prensa venezolana se limitaban a cubrir la anécdota de la reunión, el aspecto frívolo, el enfoque interpretativo a base de los valores de los países industrializados y, en consecuencia, contrario a nuestro pueblo, era enviado por las agencias noticiosas norteamericanas y europeas, según su política e intereses propios.

El asunto se agrava cuando los principales diarios venezolanos, en una manifestación increíble de vasallaje, ofrecen diariamente a sus lectores una página de comentarios interpretados tomados de los diarios más representativos de los países del centro. Una desvergonzada confesión de colonialismo ideológico, mientras no haya la contrapartida de las interpretaciones desde una perspectiva nacional.

El impacto audiovisual

El desarrollo vertiginoso de los medios audiovisuales constituye un reto para la prensa en todo el mundo. Le planteó la necesidad de renovar sus métodos y estilos informativos, habida cuenta de que la información no es en la realidad, la obligación primordial de la radio, la televisión y el cine. El periodismo radial demostró, apenas había nacido, que podía informar con más rapidez que la prensa, aunque ésta se esforzase inútilmente con sus ediciones extraordinarias en mantenerse en la competencia. La radio arrebató, pues, el dominio de la instantaneidad, de la noticia de última hora, a la prensa. La televisión, con su combinación de sonido e imagen, impuso el dramatismo y una noción de autenticidad que ningún medio de comunicación social había alcanzado hasta entonces, toda vez que el cine es producto de la elaboración y el mensaje televisivo puede ser directo. El cine, con el documental, fue un testimonio de las posibilidades de la información en profundidad.

Ya hemos señalado que no es admisible el criterio de que los medios audiovisuales resultan inadecuados para la interpretación. Insistimos asimismo en los cuidados que este método informativo debe asumir en los mensajes radiales, televisados o cinematográficos. Es hora de agregar que los medios audiovisuales representan la única posibilidad de hacer llegar la interpretación a una masa enorme de público, sobre todo en los países pobres, que están privados por el analfabetismo del acceso a

la prensa escrita. Se podría pensar que el mensaje interpretado es demasiado complejo para una mente analfabeta, pero veamos el asunto desde otro ángulo. Nadie está más desprovisto de elementos que lo ayuden a comprender el mundo en que vive, de claves para orientarse en los acontecimientos que lo afectan, que los analfabetos. Piénsese, además, en el peso que han adquirido los analfabetos en las grandes decisiones de los países en virtud de las elecciones y demás mecanismos propios de la democracia representativa, y se comprenderá hasta qué punto es necesaria la interpretación en los medios audiovisuales.

Pero el hecho es que la prensa ha perdido muchos de los recursos informativos que utilizó con carácter de privilegio en el pasado y necesita diferenciarse, encontrar su sitio bajo el sol del universo informativo. Éste no es otro que la interpretación. El periodismo interpretativo no es exclusivo del medio impreso, pero no hay duda de que allí está su hábitat más efectivo.

Un periodismo diferente

Con la interpretación surge un concepto nuevo del periodismo. Se plantea una perspectiva distinta desde el punto de vista del lector, del periodista, del medio y del país. La misión de servicio público, tan maltratada por la comercialización inherente a la objetividad, adquiere vigencia desde el momento en que la información aspira a convertirse en herramienta útil para la comprensión del mundo y el periodista, a su vez, deja de ser un simple proveedor de novedades para ejercer la función de intérprete de la realidad actual. En los países atrasados, como el nuestro, los propósitos del periodismo se enriquecen aún más cuando la difusión de innovaciones y el esclarecimiento de los problemas lo coloca en posición de instrumento de cambio social.

De modo, pues, que la pregunta ¿para qué interpretar? admite toda una gama de respuestas, según sea el ángulo que se escoja para enfocar el asunto.

Hemos dicho que el tratamiento objetivo, al imponer un enfoque restrictivo de los hechos aislados, dio lugar a la fragmentación del flujo informativo que se origina en un acontecimiento determinado. También hemos señalado la irracionalidad inherente a esta forma de presentar la realidad y las consecuencias que ella tiene en la imagen que el lector se forja del mundo. El hombre queda así en la misma situación de quien trata de reconstruir su rostro en un espejo roto. Y eso es lo que ha ocurrido durante años en las relaciones entre la información y el lector común. Se ha producido una disfunción que involucra la inutilidad del

flujo de noticias, por voluminoso que sea, para la tarea de orientar al público en el espectro de los acontecimientos cotidianos.

Reconstruir la imagen de la realidad, introducir coherencia en ese caos derivado de la multiplicidad de informaciones fragmentadas mediante un tratamiento orgánico, integrado, es la misión del periodismo interpretativo. En la medida en que proceda así, estará ofreciendo al hombre corriente, al público por excelencia de los medios de comunicación social, las claves necesarias para entender el mundo, para ubicarse en las poderosas corrientes que impulsan a la humanidad en el presente y, sobre todo, para saber qué posición ocupa en el torbellino de la actualidad contemporánea.

Desde otro punto de vista, ese hombre corriente es también protagonista de sucesos de magnitud diversa. Trabaja, estudia, se divierte, lucha por sus derechos, tiene aspiraciones de mejoramiento. En otras palabras, produce hechos que sirven de materia prima a informaciones que van al interior del país y al extranjero. También en este campo ese hombre corriente ha sido víctima de la objetividad. Por lo regular, la escala de valores de esa doctrina para la jerarquización de los hechos hipertrofió la importancia de algunos factores —prominencia, conflicto, rareza— con lo que prácticamente discriminó a esa persona que sólo es mirada como cliente. Los humildes sólo hacen noticia cuando cometen un delito o cuando sufren una catástrofe. La vida normal no constituye ingrediente atractivo para el mundo de la información objetiva. Se ha derivado de allí una información eminentemente clasista, al insistir en el círculo vicioso de que sólo la gente importante es noticia, pero al mismo tiempo la noticia hace que la gente adquiera importancia.

El lector común es visto por el periodismo interpretativo de una manera muy diferente a como lo considera la objetividad. Para esta última es un cliente, un consumidor que vale en la medida en que adquiera el diario o se exponga al medio audiovisual. Para el periodismo

interpretativo, ese lector es un miembro importante de la comunidad con el cual se tiene una obligación: informarlo de una manera veraz, coherente, orgánica y útil. Es un derecho del ser humano, como ciudadano y como persona. Lo que ocurre es que muchos años de tratamiento objetivo han subvertido la verdadera relación entre los medios de comunicación y el público. La explotación de la información con propósitos exclusivamente privados de lucro creciente, que transforma al hombre corriente en víctima y no en meta del periodismo, ha reemplazado durante largos años al periodismo como servicio público. En esa forma, la libertad de prensa ha pasado a ser el privilegio de una minoría y no la expresión de un derecho social. Restaurar la relación correcta es misión fundamental del periodismo interpretativo.

El derecho a pensar

Políticos y periodistas —decía Nehru, según hemos visto— no tienen tiempo de pensar. Y, ciertamente, una de las peores secuelas de la doctrina de la objetividad fue la de ir creando lentamente, de una manera quizás imperceptible, un divorcio creciente entre el periodismo y el pensamiento, entre el periodismo y la cultura. La concepción dominante del reportero es aquella que lo reduce a piernas, oídos y dedos. Mucha agilidad, excelente capacidad receptiva y habilidad para transcribir los datos presurosamente en las cuartillas. Todo aquello que indique reflexión es visto como desperdicio de tiempo o como tentación de opinar. En consecuencia, el periodista resulta un ser mutilado, desprovisto de la facultad que justamente distingue al hombre de los demás animales.

No en balde han transcurrido años de historia del periodismo, de ejercicio profesional intenso, sin que se haya exigido mayores cualidades al reportero. No son pocos los casos en que apenas se requería leer y escribir, cierto espíritu entrometido y viveza natural. Esta observación

no encierra, en modo alguno, una consideración despectiva acerca de los periodistas que se formaron en la llamada escuela de la vida, por quienes siento profundo respeto. Entre ellos hay profesionales de aquilatada formación e inteligencia, a quienes debemos el desarrollo que la comunicación social ha tenido en Venezuela. No soy de los que piensan que el solo título universitario califica sin más para un ejercicio idóneo del periodismo. En todo caso, ese periodista cercenado es una víctima de la política editorial imperante, no el responsable de la situación que hemos analizado. Conozco casos de buenos reporteros, conscientes y cultos, que no pudieron soportar la alienación inclemente que deriva del periodismo objetivo y abandonaron la profesión. Jamás podían identificarse plenamente con el producto de su trabajo. Las diferencias entre lo que redactaban y lo que aparecía en las páginas del diario eran tan abismantes desde el punto de vista conceptual que aquello no podía ser motivo de orgullo para nadie. Esta situación se ha agudizado desde el momento en que en la prensa venezolana se impuso la costumbre de firmar hasta el más insignificante parrafito, no por el afán de destacar al periodista, sino para proteger a los editores de eventuales demandas.

El periodismo interpretativo, al admitir la intervención inevitable de la subjetividad, postula la concepción de un periodista integral y responsable de su trabajo. No está prohibido pensar, sino todo lo contrario.

El cultivar el hábito de pensar capacitará al reportero no sólo para manejar sus tareas regulares de una manera más satisfactoria y gratificante para su jefe, sino que también hará crecer dos relatos en donde había crecido únicamente uno antes que él pensara. Las mejores historias generalmente no se encuentran en la superficie. Sólo el reportero que cultiva el hábito de una constante, concienzuda meditación, las encuentra⁴⁹.

[49]_ Citado por Robert E. Park en el artículo *Las noticias como formas del conocimiento*, en Charles S. Steinberg y A. William Bluem *Los medios de comunicación social*, pp.

Al reconquistar su derecho al ejercicio del raciocinio, el periodista está en condiciones de superar la alienación a que ha estado sometido. Podrá reconocerse en el trabajo que realiza y seguir los resultados del mismo en la vida de la sociedad. Es propio del periodismo interpretativo el comunicar un sello definido, una fisonomía intransferible a lo que se escribe. Termina así la monotonía impuesta por el periodismo objetivo, en virtud del tratamiento mecánico de la información, cuyo resultado más evidente es que todos los medios presentan un rostro parecido, si no igual.

A este proceso de uniformización en los más bajos niveles —que afecta al periodista, al público a los medios— se refería el general Charles De Gaulle, en un discurso pronunciado en la Universidad de Oxford, como uno de los grandes peligros del hombre contemporáneo: «A partir del momento en que todos los hombres leen los mismos diarios —decía el estadista francés—; ven de un rincón a otro del mundo las mismas películas; oyen simultáneamente las mismas sugerencias e idéntica música a través de la radio, la personalidad íntima de cada uno, la libre elección, dejan de contar absolutamente. Se produce una especie de mecanización general, en la que, sin un esfuerzo notable de salvaguardia, el individuo no puede impedir su destrucción».

Los medios, de más está decirlo, ganarían extraordinariamente con este cambio. Es perceptible el cansancio del público por el tipo de información que recibe. Una evaluación de este género tiene mayor importancia en el medio impreso, toda vez que los medios audiovisuales no tienen como finalidad primordial la información. Es realmente inquietante el bajo índice de lectoría de los periódicos venezolanos, aun en términos de Tercer Mundo. Alguna razón está en la base de esa indiferencia que no puede ser atribuida exclusivamente al analfabetismo.

En el futuro de la prensa está, pues, la interpretación como vía para encontrar el sitio adecuado en el universo de las comunicaciones.

Rostro propio

El momento mundial es extraordinariamente interesante desde el punto de vista de la información. Los gobiernos del Tercer Mundo, especialmente los latinoamericanos, han comprendido por fin que las comunicaciones constituyen parte vital en el desarrollo de los pueblos y en la afirmación de la soberanía nacional. Existe ya todo un movimiento destinado a trazar políticas comunicacionales por parte de los Estados, tendencia que implica varias cosas de trascendencia: cuestionamiento del monopolio privado de la información, propósito de crear las condiciones para un sistema comunicacional de servicio público, replanteamiento de la libertad de información como un derecho de los hombres y de los pueblos, y reconocimiento de la necesidad de organizar instrumentos informativos propios para romper la dependencia que, en ese terreno, se tiene respecto de las empresas transnacionales de noticias.

La meta es, entonces, disponer de la infraestructura y de las técnicas necesarias para proyectar hacia el mundo una imagen distinta de estos pueblos. Hasta el momento, hemos sido víctimas de las deformaciones y de las limitaciones de las agencias transnacionales. Lo que esos despachos transmiten no se corresponde ni con nuestras realidades, ni con las aspiraciones e intereses a que tenemos derecho. No pocas veces, las causas más nobles de nuestros países han sido manipuladas en función de apetencias extrañas, sin que podamos hacer nada para evitarlo. Ha llegado, pues, la hora de comenzar el camino de la recuperación en la esfera de las comunicaciones.

Sin embargo, todo este esfuerzo sería baldío y frustrante si, al lado de las previsiones financieras y técnicas, no se formula una base doctrinaria

que oriente esas políticas comunicacionales. La experiencia de la agencia Latín es aleccionadora al respecto*. Mecanismo creado por las burguesías latinoamericanas, estaba llamado teóricamente a disminuir la dependencia de las agencias transnacionales y a perfilar un flujo informativo con sello latinoamericano. En la realidad, al mantener la servidumbre de la objetividad, el mensaje de Latín resulta pobre, sin sello propio, inútil a los efectos de formar una imagen de estos pueblos. Se puede argumentar que semejante comportamiento responde al criterio de las burguesías latinoamericanas, subsidiarias en tantos aspectos de los monopolios imperialistas. Pero aun así, estas burguesías tienen sus intereses particulares diferenciados en un mundo de intensa competencia interimperialista. A las limitaciones conceptuales se suma el peso de una herencia demasiado agobiante.

Si, en cambio, los intentos de conquistar una voz propia en el mundo de las comunicaciones son reforzados con un tratamiento como el interpretativo, los resultados pueden ser eminentemente positivos. Así como cada ser humano necesita concretar un estilo, una impronta, un rostro definido, así mismo los pueblos requieren consolidar su fisonomía soberana ante los demás pueblos del mundo. Esto se logra, es cierto, con el desarrollo de modos nacionales de trabajo, con expresiones culturales auténticas y con valores políticos que identifiquen a la mayoría de la población. Pero todo eso podría quedar en la anonimia, sumirse en el vacío si no cuenta con las corrientes de información que lo difundan. Allí, justamente, estaría una misión desafiante para la interpretación.

Desde otro punto de vista, las condiciones en que hoy se forma un periodista plantea nuevas exigencias. Con la progresiva dictación de leyes y

[*]_ Agenda creada en los años setenta por periódicos miembros de la SIP y con el apoyo de Reuters. Se le consideraba una alternativa a la agencia Cubana Prensa Latina, y se ha llegado a afirmar que estuvo vinculada a la CIA. (N del E).

reglamentos que regulan el ejercicio de la profesión en todos los países y como consecuencia de la colegiación, adquirir la condición de periodista supone cuatro o cinco años de estudio, durante los cuales se recibe un volumen bastante diversificado de conocimientos en las áreas técnicas y formativas. Existe, desde hace algún tiempo, un requerimiento constante de los estudiantes de comunicación social en el sentido de acentuar el espíritu crítico de esa formación, de subrayar el análisis de los medios en su conjunto. Mal podría un profesional formado en esta tendencia renunciar, sin grave quiebra, al derecho de ejercer la razón en su trabajo.

El desarrollo del periodismo interpretativo está íntimamente ligado a la formación universitaria del periodista. Hemos señalado en la Introducción cómo la primera clarinada de inconformidad fue lanzada en la Universidad de Wisconsin y cómo este llamado encontró eco en diversas instituciones de educación superior. Y en verdad, resulta incomprensible que haya necesidad de dedicar tantos años de estudio, de someterse a las dificultades propias de la vida universitaria, para seguir cultivando el mismo tipo de periodismo, cuyas exigencias se habían satisfecho sin mayores esfuerzos de formación. El cambio en la manera de tratar la información se impone así como una consecuencia casi directa de esta nueva realidad. O bien, la necesidad de desarrollar técnicas y postulados doctrinarios distintos de los de la objetividad acentuó la exigencia de una formación universitaria para el periodista.

Existe, desde luego, el peligro señalado por los alemanes Klaus Vieweg y Willy Walter, en el ya citado trabajo publicado en el número 77 de *Casa de las Américas*, cuando ironizan acerca del «intérprete global», ese Aristóteles redivivo que le explicará al público todo lo que ocurre en el mundo. Pero debemos insistir en que la noción de responsabilidad es indesligable del periodismo interpretativo. Por esta razón, la interpretación ha sido una consecuencia del desarrollo de la especialización en el periodismo. Es imposible que alguien aspire a interpretar los

acontecimientos en beneficio de un público determinado, si él mismo no ha podido entender el sentido profundo de esos sucesos. El periodista será intérprete en la medida en que pueda tener una visión clara de la actualidad, una capacidad para insertar los hechos nuevos en el contexto de la realidad. Interpretación y especialización son tendencias que se condicionan mutuamente, y difícilmente podría concebirse una sin la otra.

El periodismo interpretativo crea también las condiciones para el ejercicio libre de la profesión, lo que los norteamericanos llaman «free-lance». No son pocos los casos que se han dado en los últimos años de profesionales que trabajan sin estar ligados a ningún medio en particular, sino que colocan sus escritos libremente. Ha habido incluso casos en que este profesional llega a crear una verdadera organización que ofrece servicios especiales a los medios. La perspectiva no es desdeñable, por cuanto devuelve al periodista mucha de la libertad que su sujeción a una empresa limita y hasta liquida. Revive, por otra parte, el espíritu de aventura que nunca está de más en un verdadero profesional de la información. Pero lo desliga de los vínculos gremiales y sociales indispensables para todo profesional en una sociedad como la que vivimos.

Sin embargo, no debe entenderse que ese periodista libre puede prescindir radicalmente de todo contacto, de todo nexo social o profesional y depender exclusivamente de sí mismo. Quien hace interpretación en cualquiera de las especialidades requiere constantemente de asesoramiento, de la ayuda de profesionales de otras disciplinas que contribuyan al esclarecimiento de aquellas zonas oscuras de los acontecimientos. La libertad a que nos hemos referido concierne únicamente a la ausencia de obligaciones contractuales.

Como se ve, el periodismo interpretativo es algo más que una simple tendencia técnica. Involucra toda una concepción diferente de la información, de los medios, del profesional del periodismo y aun del público.

Ha surgido como una necesidad de mejorar el trabajo informativo, de ahondar en el tratamiento de los hechos, no como una manera de sustituir la información con especulaciones o comentarios personales. Por eso, James W. Schwartz escribía en *Publicity Process*: «Cada informe es interpretación de algún tipo, y mientras se busque más información, habrá más interpretación». Con lo cual se subraya que la interpretación es la información propia de esta época compleja, tensa y confusa.

La información dirigida

En el mundo en que vivimos, la difusión de noticias relativas a medidas tomadas por el gobierno constituye en sí misma un arma a usar con precaución. En mi opinión, los resultados han justificado los métodos que hemos utilizado⁵⁰.

Estas palabras de Arthur Sylvester, para la fecha (1962) Secretario Adjunto para los Asuntos Públicos del Pentágono, estremecieron a los periodistas norteamericanos y provocaron ardorosos debates en los organismos internacionales que se ocupan del estudio de la información.

Tanto los profesionales de la prensa como el público cobraron conciencia de un fenómeno que los había rodeado desde hacía mucho tiempo: la información dirigida a lograr propósitos deliberadamente escogidos, sin que nadie se percatara, obnubilados como estaban todos por el mito de la inocencia informativa.

Los teóricos de la comunicación distinguen, en efecto, entre los mensajes consumatorios, es decir, aquellos que no persiguen finalidades ulteriores al conocimiento mismo del contenido, y mensajes instrumentales, los que sí buscan producir comportamientos determinados o inducir a acciones concretas, además del mero conocimiento. La información sería una comunicación consumatoria, de acuerdo con los mismos teóricos. La propaganda, la publicidad y las relaciones públicas pertenecerían al segundo tipo de comunicación.

[50]_ THOMPSON, Robert, «L'information, est-elle une arme a la disposition du gouvernement?». *Cahiers de L'IHIP*. No. 9, pp. 4 y 5 12e année, enero de 1963, Zurich, Suiza.

Bien sabemos que, en la realidad, las cosas ocurren de manera muy distinta y que no existe inocencia ni gratuidad alguna en el campo de la información. Pero un siglo de mitología liberal había logrado que público y periodistas olvidaran la existencia de los factores que inciden en la vida de los medios de comunicación social.

¿Qué había pasado? ¿Cuál era el crimen de Sylvester?

Tal como lo recuerda el periodista de *Los Angeles Times* Robert Thompson, en trabajo que recoge *Cahiers de L'IIP*, en octubre de 1962 los reporteros que cubrían la Casa Blanca comenzaron a sospechar que se había desatado una crisis muy grave entre Estados Unidos y la URSS y que Cuba estaba en el centro de la tormenta. Pero la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Pentágono negaron que ocurriese algo. El regreso precipitado del presidente Kennedy desde Chicago, donde asistía a la Convención Demócrata, fue atribuido a un resfriado y no a razones estratégicas.

Cuando los periodistas presionaron, el Departamento de Defensa emitió un comunicado: «Un portavoz del Pentágono negó esta noche que se haya ordenado un estado de alerta o que se hayan tomado medidas militares de urgencia contra el régimen comunista de Cuba. Además, el mismo portavoz agregó que el Pentágono no tenía ninguna información que indicara la presencia de armas ofensivas en Cuba»⁵¹.

Cuando la crisis estalló públicamente y se tuvo conciencia del peligro de guerra nuclear que gravitó sobre el mundo, Sylvester dio la explicación que hemos citado. El gobierno admitía que, como método de política internacional, había negado información sobre un asunto de tal envergadura. La reacción no se hizo esperar. Como ilustración transcribiremos algunas opiniones aparecidas en la prensa norteamericana, tal como lo recoge Robert Thompson en el trabajo ya mencionado.

[51]_ Ibíd.

The New York Times señaló que el «método Sylverster» «...podía ser mucho más peligroso para la causa de la libertad que el libre juego de oposiciones o que la publicación, tan completa como fuere posible, de los hechos»⁵².

«El silencio que se observa hoy con respecto a Cuba —sentenció el *Claveland Plain Dealer*— está quizás inspirado en buenas razones, pero nos es desagradable saber que el gobierno retiene informaciones que la población tiene el derecho de conocer»⁵³.

El *Saint Louis Globe—Demócrat* fue más categórico: «La utilización de noticias como un *arma* —dijo—, no sólo tiene por efecto privar al público del derecho de saber lo que pasa y de formarse un juicio sobre los hechos, sino que puede también tornar imposible todo autogobierno eficaz»⁵⁴.

Vieja maña

Sin embargo, como lo recordó el para entonces Decano de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, Edward Barrett, en el debate promovido en enero de 1963 por el Instituto Internacional de la Prensa, la manipulación de las informaciones por parte de los gobiernos es vieja maña. Expresó que Lincoln retuvo durante varios días la noticia sobre el rompimiento de las hostilidades por parte de las fuerzas sureñas, en los inicios de la guerra de Secesión.

En el mismo sentido, diversos historiadores de la prensa han registrado otros casos igualmente significativos en esta materia. James Reston indica en «La Artillería de la Prensa» que el presidente MacKinley tuvo una actitud similar durante el desarrollo de la llamada «insurrección

[52]_ Ibíd.

[53]_ Ibíd.

[54]_ Ibíd.

filipina», en la cual participaron en plan represivo 60 mil soldados norteamericanos. MacKinley llegó al extremo de plantear en reunión de gabinete la idea de enjuiciar por traición a la patria a los directores de los principales diarios del país porque violaron limitaciones informativas establecidas por su gobierno⁵⁵.

Dovifat incluye en su texto *Periodismo*⁵⁶, como ejemplo de noticia que puede provocar conmoción o *schock* en el público, el histórico «Despacho de Ems», cuya redacción se atribuye a Bismarck, por cuanto esta información empujó a Francia a declarar la guerra a Alemania en 1870. En el mismo sentido, se ha señalado reiteradamente la forma en que el Primer Ministro británico Chamberlain manejó a la prensa inglesa para que presentase los resultados de la conferencia de Munich como un triunfo de la paz y no como lo que fue: la rendición de los gobiernos inglés y francés a las demandas de Hitler.

De allí que James Reston haya intervenido en la discusión en un tono bien distinto.

«El reflejo de la prensa es el de ladrar como un perro escaldado cada vez que sorprende al gobierno deformando al verdad; sin embargo, ella no debía esperar métodos normales por parte del primer gobierno norteamericano que ha debido hacer frente a una guerra nuclear. Es un verdadero contrasentido decir que estas deformaciones no han tenido *precedentes*... Desde que los funcionarios se contentaron con no decir la verdad, pocos de nosotros se quejaron; pero, en cuanto Sylvester dijo la verdad, los directores de periódicos se desataron torpemente contra él»⁵⁷.

[55]_ RESTON, James: «La Artillería de la Prensa». Capítulo traducido por Elizabeth Pérez Luna. Inédito.

[56]_ DOVIFAT, Emil: *Periodismo*, Tomo I, pp. 60 y 61 UTEHA, México DF 1959.

[57]_ THOMPSON, Robert: Op. Cit.

En realidad la historia se repetiría poco tiempo después, con ocasión de la invasión por Bahía de Cochinos. De nuevo, en esa oportunidad la doctrina del gobierno de Kennedy logró que la prensa se autocensurara. Y en esta gestión, planteada bajo la invocación de la defensa del interés nacional, James Reston fue el campeón de la autocensura, como lo recuerda el doctor Dambmann en la revista *Aussenpolitik*:

«Algunos meses antes de la desafortunada invasión norteamericana de Cuba, la redacción del *New York Times* obtuvo referencias dignas de crédito sobre unas maniobras terrestres a efectuar en la Bahía de Cochinos. Durante una detenida conferencia de la redacción, en la que el entonces corresponsal en Washington James Reston llevó la voz cantante, se acordó no publicar esta noticia para evitar que los cubanos se pusieran en guardia, con lo que se salvaría la vida de muchos norteamericanos al coger desprevenidos a los seguidores de Fidel Castro. Algún tiempo después de haber fracasado la invasión, el presidente Kennedy se lamentó al tener noticia de la conducta del *New York Times*, de la reserva del periódico. Kennedy había heredado de su predecesor la desventurada invasión, mas, aunque era contrario a esta acción, no tenía a mano razones de peso suficientes como para renunciar a ella. Una revelación prematura del *New York Times* le hubiese servido, como lo hizo saber a la dirección del periódico, para renunciar a la proyectada invasión»⁵⁸.

No vamos a juzgar la confianza que el doctor Dambmann pone en la hipótesis que encierra la anécdota. Lo importante es que, a la larga, un principio político sentado por un gobierno es asimilado por los profesionales del periodismo, aun contra normas muy valiosas de la ética periodística, como lo demuestra el caso de Reston. La verdad es que todos los gobiernos han manejado los conceptos de *seguridad nacional*,

[58]_ Citado por Federico Álvarez en *La Verdad a la Fuerza* folleto publicado por la Asociación Venezolana de Periodistas, Caracas, s/f.

seguridad del Estado e interés nacional con el fin de restringir, distorsionar y hasta suprimir informaciones de interés público. Esta tendencia, muy larvada en tiempos normales, se convierte en ley en tiempos críticos. Así ocurrió durante el período de la Guerra Fría. En este sentido, es esclarecedor el criterio sustentado por Lester Markel:

En una democracia la prensa juega un papel esencial como fiscal del gobierno. La prensa no puede ejercer esta supervigilancia sin disponer del libre acceso a las fuentes de información y de medios para la investigación y la verificación. En resumen, la libertad de prensa debe ser absoluta *en tiempos normales*» (subrayado del autor).

Pero no vivimos tiempos normales. Estamos atrapados en una guerra fría que, aunque no haya sido declarada abiertamente, es tan amplia y tan decisiva como un conflicto armado. Y esta guerra se lleva a cabo por la vía política, en otras palabras por medio de la propaganda, más que en virtud de esfuerzos militares o económicos⁵⁹.

Allí está el punto clave. En tiempos de crisis, los principios establecidos por la ética profesional y por la experiencia para tiempos normales son, de acuerdo con este criterio, descartados. Markel señala además un elemento importante. La guerra fría, la batalla ideológica por las conciencias, se lleva a cabo por medio de la propaganda. Sin embargo, como él mismo lo deslinda más adelante, el término propaganda se impregnó durante la Segunda Guerra Mundial de connotaciones negativas, provoca rechazo y resistencias. De allí que la batalla se libra mediante el bombardeo sistemático, persistente, de informaciones aparentemente neutrales, inofensivas, pero en el fondo elaboradas para alcanzar objetivos muy precisos: la Información Dirigida, una especie

[59]_ MARKEL, Lester: «Le Grand Debat Americain Sur La Manipulation des Nouvelles». *Cahiers de LIIP*, No. 2, 12e année, pp. 18 y 19, junio de 1963. Zurich, Suiza.

de propaganda subrepticia, propaganda negra, como dicen los teóricos en la materia. «Es esencial —escribe Markel— distinguir entre información y propaganda»⁶⁰.

Las técnicas

Entendemos, entonces, por información dirigida aquel tipo de mensaje destinado a persuadir al lector, a provocar en él determinado tipo de comportamiento. La meta es incidir en la opinión pública para inducir conductas, actitudes, respuestas concretas, sin que el mensaje revele sus propósitos. Es indispensable que el público esté desprevenido y confiado. Dicho en esta forma, podría suscitar reacciones morales y hasta causar irritación. Pero no tenemos la menor idea de hasta qué punto estamos atrapados en una atmósfera de información dirigida. Se trata de una forma de manipulación cuyos mecanismos empíricos han sido largamente estudiados en otras esferas y latitudes, como lo ilustran los libros de Herbert L. Schiller (*Los manipuladores de cerebros y Comunicación de casas e imperialismo yanqui*), de Armand Mattelart (*Para leer al pato Donald, Agresión desde el espacio*, etcétera) y Camilo Taufic (*Periodismo y lucha de clases*).

Cada día aumenta la sensación de que lo que nos llega por los medios de comunicación social está previamente planificado para convertirnos en marionetas de poderosos intereses. En este sentido, Schiller expresa en la Introducción de *Los manipuladores de cerebros*, con marcado dramatismo:

Los directivos de los medios de comunicación de los Estados Unidos crean, procesan, refinan y gobiernan la circulación de las imágenes y la información que determinan nuestras convicciones y actitudes y, en última instancia, nuestra conducta. Cuando los directivos de los medios producen deliberadamente mensajes

[60]_ Ibíd.

que no concuerdan con los elementos reales de la existencia social, se convierten en manipuladores de cerebros⁶¹.

No debe entenderse, sin embargo, que la expresión «no concuerdan con los elementos reales de la existencia social», significa latamente mentir. Semejante procedimiento sería muy burdo y, en breve tiempo, caería en el mayor de los descréditos, tal como ocurrió con la propaganda, cuando rebasó los límites de lo verosímil. Los mecanismos de la manipulación de informaciones son bastante simples y casi todos ellos derivan de la experiencia profesional de las redacciones. Distinguimos esencialmente tres: la *Promoción* de noticias, mediante el mecanismo de la información sonda o globo de ensayo; la *Omisión* de informaciones, bien sea total o parcial; y la *Distorsión* de informaciones, por medio de la minimización o la magnificación, de la retención o por el agregado de elementos arbitrarios que deformen el sentido exacto del mensaje. Schiller señala dos, referidos especialmente a la radio y la televisión, pero que ya han sido analizados como vicios de la información contemporánea por otros autores, sobre todo por Jacques Kayser. Estos son la *fragmentación* y la *rapidez*. Mediante la fragmentación de la emisión de los mensajes radiales o televisivos con la técnica de los cortes para comerciales o para propaganda, se ha creado un ritmo, una manera de percibir la realidad que ha sido condenada por nociva por los psicólogos que han estudiado el problema. Y con la histeria de la velocidad en las transmisiones se somete al público al bombardeo de noticias precariamente procesadas, no verificadas y en muchas ocasiones falsas, con lo cual se distorsiona su sentido de la realidad.

No nos ocuparemos de los últimos dos recursos, suficientemente analizados por Schiller. Veremos los tres primeros. Es costumbre frecuente

[61]_ SCHILLER, Herbert L.: *Los manipuladores de cerebro*, p. 13, Granica Editor, Buenos Aires, 1974.

en los medios de comunicación social de todos los países promover corrientes de información sobre asuntos acerca de los cuales se tiene algún dato pero no los elementos suficientes para elaborar un mensaje acabado. Pongamos como ejemplo la existencia de una crisis interna en un partido político o de problemas de gobierno, que podrían culminar en un cambio de gabinete. Se conoce la situación, se poseen algunos elementos verosímiles y, por lo tanto, interesa que las fuentes autorizadas informen directamente. Si se pregunta abiertamente por una división inminente de un partido a los líderes involucrados en el proceso, la respuesta obvia será negativa. «Nunca había sido más monolítico el partido», dirán con seguridad.

En una situación así, se procede a la redacción de un «globo de ensayo» o «noticia-sonda», atribuida frecuentemente a fuentes confidenciales. Se expone allí lo poco que se sabe sobre el problema, a base de elementos verosímiles y se ensaya el análisis del asunto mediante el manejo de hipótesis múltiples, que abran la posibilidad a la división y que admitan también la posibilidad de su superación. Una vez conocido este mensaje, es probable que las fuentes interesadas se vean compelidas a informar, a declarar, para desmentir algunas de las hipótesis y para afirmar otras. El famoso «Despacho de Ems» cabría en esta categoría de manipulación, por cuanto Bismarck logró lo que se proponía: que Francia declarase la guerra. Muchos de los trabajos publicados por la prensa de Hearst para provocar la guerra entre Estados Unidos y España también responden a esta técnica.

La omisión de informaciones puede consistir en la supresión total, como vimos que ocurrió durante la crisis de los cohetes en Estados Unidos, o en restricciones parciales que consisten en eliminar algunos elementos considerados conflictivos. Esta última práctica fue ejercitada intensamente en Venezuela en el decenio del sesenta, cuando los medios de comunicación social sólo podían publicar la versión oficial de

los hechos relativos a las guerrillas y, en general, a la lucha armada que se desarrolló en esos años. La omisión —los llamados silencios de la prensa— puede afectar a personas, organismos, instituciones, etcétera. Es muy frecuente que en las redacciones de los medios se maneje listas de personas o instituciones que no pueden ser mencionadas —que sólo pueden ser mencionadas para atacarlos o que sólo pueden ser mencionadas para elogiarlas.

Sin embargo, el mecanismo más socorrido es la distorsión de las informaciones, el llamado aderezo, mediante los procedimientos que señalamos arriba. A veces, se convierte un hecho insignificante en una noticia sensacional, con titulares a ocho columnas, con el propósito de exagerar la importancia de algo. En ocasiones, la finalidad es elevar la significación de un hecho como medio de exaltar a las personas que intervinieron en él: el valor de un libro, de una exposición, de una obra de teatro, de un espectáculo deportivo, etcétera. En otras, se busca magnificar el aspecto negativo de una situación: elevar un incidente minúsculo ocurrido en un partido adversario a la categoría de crisis vital, o bien exagerar los caracteres de los problemas de una institución para provocar medidas contra sus directivos.

La práctica contraria también es corriente en las redacciones. Ante un hecho protagonizado por personas o instituciones adversarias, pero que no es posible silenciar, se minimiza su significación. Si merece primera plana, es enviado a páginas interiores; si por la importancia intrínseca del suceso, según patrones profesionales reconocidos, debía ir a cinco columnas, se le da una o dos columnas; sí merecía despliegues gráficos, se suprimen las fotos. Si se trata de acontecimientos serios, se los trata de una manera frívola. En fin, las posibilidades son infinitas.

Un recurso más sofisticado es el de mezclar en la información real elementos arbitrarios, aunque pudieren ser atribuidos a alguna fuente, con

la finalidad de deformar una realidad. Un ejemplo claro de esta práctica es el despacho de la agencia UPI, sobre el acuerdo USA-Panamá, firmado en Washington por Adolfo G. Merino, publicado en la página A-15 de *«El Nacional»*, el día viernes 12 de agosto de 1977, con el título: «Un acto de realismo político / Borra vestigios del destino manifiesto».

Merino destaca en el «lead» (la versión completa la incluimos en los apéndices) el sentido realista, la sensatez, del presidente Carter, al dar un paso que elimina uno de los focos de irritación en las relaciones interamericanas. Pasa, en seguida, a señalar la serie de obstáculos que entorpecieron las conversaciones para firmar un nuevo tratado sobre el Canal de Panamá. Y es aquí, justamente, donde introduce el veneno:

Dos años después, nuevos disturbios sacudieron a la pequeña república itsmeña —escribe Merino. El pretexto fue conmemorar la tragedia de 1964. Un desertor del Servicio de Inteligencia Checoslovaco (SICH), que prestó testimonio en el Senado con el seudónimo de Lawrence Britt, declaró que los incidentes de 1966 fueron instigados y organizados por el SICH.

El acuerdo sobre un nuevo tratado y su protocolo significa un revés para la KGB (Comité de Seguridad del Estado) de la Unión Soviética, cuya estrategia en América es separar a Estados Unidos del resto del continente...

De este modo, un suceso que ha sido largamente trabajado por los comunistas latinoamericanos —un nuevo tratado que haga justicia a Panamá—, un acto cumplido por un gobierno progresista que cuenta con el apoyo del único gobierno comunista de América Latina (Cuba) y, desde luego, con el del Partido del Pueblo (Comunista), es convertido por el señor Merino y la UPI en una derrota del comunismo, mediante uno de los mecanismos de manipulación propios de la información dirigida.

Las fuentes

En los incidentes relatados al comienzo de este capítulo, así como en la experiencia histórica recordada, aparece el Estado como el único promotor de información dirigida. Esto no responde a la realidad, puesto que el sector privado, como veremos más adelante, y los propios medios de comunicación social son fuentes pródigas de información intencionada. Sin embargo, es justo reconocer que el Estado, más específicamente el gobierno, es una fuente muy poderosa en este campo, no sólo por los recursos de que dispone, sino también por las proyecciones de sus mensajes.

El Estado contemporáneo es un ente tan complejo, ejerce control sobre prácticamente toda la vida pública y gran parte de la privada, que sin que se lo proponga deliberadamente, sin que haya trazado lo que ahora se llama *política comunicacional* determinada, es siempre un foco de irradiación de noticias de todos los calibres. En términos generales, dispone del control sobre la administración pública y esta sola circunstancia le permite racionar, a su manera, el flujo informativo sobre los asuntos que son vitales para la comunidad. Maneja sin contrapeso todos los recursos de la defensa nacional, entre ellos el elemento crucial de las comunicaciones, y de allí deriva también posibilidades inmensas para informar o para mantener en la luna a los ciudadanos de un país.

Pero, aparte de estas características del Estado, se ha desarrollado en los últimos años toda una política destinada a crear organismos vinculados directamente con el flujo noticioso que, en realidad, ha devenido en filtros, cuando no en trabas, para el libre acceso a las fuentes de información oficial. Existen oficinas de prensa en todas las instituciones; oficinas de relaciones públicas en cada ministerio, instituto autónomo, concejo municipal, gobernaciones, etcétera. Existen una Oficina Central de Información y un Ministerio de Información. El Estado tiene

dos canales de televisión y una estación de radio. Posee una cartera poderosa para gastar en publicidad en todos los medios de comunicación, al punto de que algunos estiman que ocupa el 40% de las entradas que estos obtienen por concepto de publicidad. Dispone de un variadísimo espectro de recursos para halagar a los profesionales de la información: premios, viajes, invitaciones, etcétera.

No en balde, la oposición ha reaccionado siempre en forma agresiva cuando se plantea un nuevo proyecto del gobierno en materia de información. Calos Silva Valero recoge en su trabajo de licenciatura *La Batalla por la Información Gubernamental en Venezuela* (inédito), del cual fui tutor, la batalla entre el gobierno de Acción Democrática y Copei con motivo de la creación del Ministerio de Información. Antes, por supuesto, los contendores habían ocupado sitios diferentes, por cuanto Copei era gobierno y AD oposición. Pero, en realidad, más allá de las alharacas circunstanciales que tienen como escenarios el Congreso y los mismos medios de comunicación social, los estados contemporáneos influyen, presionan, hacen valer sus recursos de una manera u otra para orientar la información que se refiere a sus intereses. El Estado venezolano no es la excepción.

Todos recuerdan los incidentes promovidos por el para entonces Ministro de Relaciones Interiores Luis Piñerúa Ordaz y «*El Nacional*», con motivo de las informaciones que los reporteros de ese diario elaboraron sobre la llamada «chatarra militar». Así mismo, la reacción de los medios contra «las recomendaciones» del para la fecha Secretario General de la Presidencia de la República, doctor Efraín Schacht Aristeguieta. Herbert Schiller recoge en *Los manipuladores de cerebros* una serie de anécdotas que ilustran acerca de cómo la Casa Blanca y el Pentágono logran que los principales espacios noticiosos de la televisión norteamericana reflejen siempre sus puntos de vista sobre materias de envergadura.

Es necesario poner énfasis en el papel de las oficinas de prensa como organismos que entraban el acceso directo a las fuentes de información. Ellas producen un material —los boletines o comunicados— que deberían ser apenas una pista, un dato, para incitar al reportero a investigar en las fuentes directas, en ningún caso para reproducirlo tal como es recibido porque se trata de un mensaje ya tratado de acuerdo con una política informativa, la del gobierno o institución de donde emana. Y allí está el problema. Por razones de exceso de pauta o por comodidad, lo que ocurre es exactamente lo contrario. Los reporteros se limitan a transcribir el boletín que reciben y de este modo lo que llega al lector es lo que el organismo estatal o privado quiere que llegue. Esta calamitosa práctica, fuente permanente de información dirigida, no es privativa de los reporteros venezolanos. Clark R. Mollenhoff, corresponsal en Washington de las publicaciones *Cowles*, criticó duramente a sus colegas estadounidenses durante el debate suscitado por las declaraciones de Sylvester por la, a su juicio, nefasta: costumbre de atenerse exclusivamente a los comunicados sociales. «Si usted ha perdido la facultad de pensar —escribió Mollenhoff en *Saturday Evening Post*— de pensar libre y sanamente, entonces es usted un candidato posible al título de *recolector de comunicados en los medios de los altos funcionarios*»⁶².

El gremio periodístico venezolano ha soslayado las graves limitaciones que las oficinas de prensa, sean oficiales o privadas, crean al acceso directo a las fuentes de información y a la libertad de investigación de los hechos. Se ha limitado a reclamar que los cargos disponibles en esas oficinas sean ejercidos por periodistas, con lo cual se ha ampliado considerablemente el campo de trabajo profesional, pero no se encara el problema de fondo.

[62]_ MOLLENHOFF, Clark R.: «Le Grand Debat Americain Sur La Manipulation Des Nouvelles». *Cahiers de L'IIP*, No. 2, 12e année, pp. 17 y 18, junio de 1963, Zurich, Suiza.

Uno de los mecanismos favoritos de los personajes del sector oficial para relacionarse con la prensa, especialmente a nivel presidencial, son las conferencias o ruedas de prensa. Otro instrumento típico de información dirigida, toda vez que el promotor escoge el tema, el escenario y, en muchas ocasiones, hasta selecciona las preguntas, tal como lo denunció el diario católico de Maracaibo *La Columna*, en relación con las conferencias semanales del expresidente Rafael Caldera.

Se podría pensar que las conferencias de prensa sin temarios previamente establecidos, al estilo de la de los presidentes norteamericanos, serían una solución. Pero James Reston, en la obra ya mencionada, se encarga de destruir tales ilusiones. Relata allí que Johnson, por ejemplo, se las arreglaba siempre para rehuir conferencias de prensa previamente anunciadas, para evitar que los medios enviaran especialistas a cubrirlas y exponerse así a preguntas comprometedoras en materia política, internacional, económica, militar o científica. Las convocaba —recuerda Reston— de manera imprevista, a veces los fines de semana, cuando apenas quedaban unos pocos reporteros de rutina en la Casa Blanca.

Se ha ponderado asimismo cómo Roosevelt se las ingeniaba para darle vuelta a las preguntas de los periodistas y terminar, en largos soliloquios, hablando exclusivamente de lo que le interesaba. O también la forma como los jefes de gobierno se extienden sobre los puntos que les interesa destacar para reducir el número de preguntas.

Otro aspecto tocado por Reston es la capacidad que tienen los gobernantes para opacar las críticas de la oposición mediante el uso de los recursos modernos de las comunicaciones y de la electrónica. En cualquier momento un presidente puede convocar a una reunión de carácter internacional o promover una gira y, de ese modo, provocar un flujo informativo favorable que desplace de las primeras planas las críticas opositoras.

Igualmente poderoso resulta el presidente para aplastar las críticas de las misma prensa. Reston dice:

El poder del presidente para utilizar la prensa libre contra ella misma es también muy grande. Si, por ejemplo, un columnista lo critica por haber enviado 25.000 mil hombres a la República Dominicana para aplastar una rebelión, es muy fácil para él convocar a varios otros comentaristas cuidadosamente seleccionados y darles unos argumentos detallados a favor del desembarque. El presidente tiene a su disposición todos los hechos vitales de la situación; si él desea exponerlos, no tiene que anunciarlos él mismo. Otros reporteros estarán muy dispuestos a complacerlo aun si saben que son utilizados para demoler la historia de un colega⁶³.

La experiencia, aunque pertenezca a otras realidades geográficas y políticas, es aleccionadora para nosotros.

El sector privado es también gran generador de información dirigida, sin incluir en él a los propios medios de comunicación social que también están en manos privadas. Geroges Seldes ha reseñado, en dos obras clásicas del periodismo crítico *Los amos de la prensa* y *Mil norteamericanos*, cómo las grandes corporaciones norteamericanas influyeron para, mediante el uso de la información, imponer o detener legislaciones, encumbrar o derribar políticos, determinar políticas internacionales intervencionistas en defensa de sus intereses. Aquí en Venezuela, Eleazar Días Rangel recuenta en *Noticias censuradas* algunos casos famosos, en los cuales los mecanismos de la empresa privada funcionaron para silenciar o para distorsionar informaciones, entre ellos el del siniestro del avión YV-C-AVD de Avenza en Maracaibo (marzo, 1969); el conflicto entre el Concejo Municipal de Guarenas y la C.A. Electricidad de Caracas; y las denuncias formuladas por

[63]_ RESTON, James: Op. Cit.

trabajadores de la General Motors sobre la existencia de calabozos en la planta de esa empresa en Antímano.

En el diario *La Extra* y en el semanario *Qué Pasa en Venezuela* quedan testimonios suficientes para ilustrar cómo se manejaron los recursos de la Creole Petroleum Corporation para que sus oficinas de prensa y de relaciones públicas lograran desviar la corriente de información sobre la destrucción del puente sobre el Lago de Maracaibo por uno de sus tanqueros hacia las labores de salvataje y de ayuda que la compañía petrolera realizaba en beneficio de las víctimas. En los meses de mayo, junio y julio de 1977 coincidieron en los medios de comunicación social de Venezuela, especialmente en la prensa, dos flujos informativos sospechosamente hermanados. Por un lado, una serie de comunicados en los cuales se argumentaba en favor de un alza de las tarifas eléctricas y, por el otro, un conjunto de informaciones, a manera de campaña, destinadas a demostrar que había un déficit creciente de energía eléctrica en Venezuela debido a la falta de inversiones oportunas en ese sector de la economía nacional. La sola coincidencia hace pensar en una manipulación. Lo mismo podríamos decir de la forma en que coinciden con frecuencia las demandas de los productores agropecuarios o de los fabricantes de automóviles en el sentido de aumentar los precios de sus mercancías, con informaciones en las cuales se destaca la escasez, el aumento en el precio de los insumos o cualquier otra circunstancia que avale desde afuera las reclamaciones empresariales.

Y es que en el sector privado se dan todos los mecanismos que hemos indicado para el sector público. Personas, instituciones, empresas y partidos políticos cuentan con agentes de prensa, a veces con oficinas generosamente provistas; con organismos de relaciones públicas muy activos y, sobre todo, con la palanca de la publicidad que en el mundo capitalista es capaz de mover montañas. Todos estos instrumentos convergen para detener informaciones desfavorables a las grandes empresas;

para destacar los gestos positivos de los empresarios; para oponerse a los proyectos oficiales que afecten de alguna manera al capital privado, tal como lo observamos con la reforma tributaria. Disponen, además, de los recursos necesarios para promover encuestas de opinión pública — esos extraordinarios mecanismos de manipulación y de presión— con las cuales demuestran periódicamente lo que ellos quieren, sea en materia de servicios, en economía o en política.

Y en el espectro del sector privado debemos agregar, aunque con fisonomía propia, a los medios de comunicación social. Ellos mismos son generadores de información dirigida, para bien y para mal. En primer lugar, utilizan con frecuencia el método de la promoción de informaciones. Hemos recordado antes el ejemplo histórico de Hearst. Aquí es frecuente el recurso de acudir a supercherías como los platillos voladores, los marcianos o el «Abominable hombre de El Ávila», cada vez que una situación conflictiva amenaza los intereses de una cadena periodística.

Conocidas son también las campañas emprendidas mediante noticias falsas con finalidades políticas, que tuvieron un auge en el decenio del sesenta.

Las entrevistas dirigidas, con las cuales los medios hacen verdaderas campañas, constituyen otro de los mecanismos más socorridos. Hay diarios en Venezuela que tienen verdaderos equipos de Aristóteles modernos a cuyos miembros se pone a declarar periódicamente sobre las materias más variadas: política, economía, educación, literatura, mercados petroleros, ecología, cosmonáutica. Siempre son los mismos, cualquiera sea la materia.

Es común, asimismo, hacer galas de pluralismo mediante las entrevistas y las encuestas periodísticas, cuando se trata de problemas muy controvertidos. Se toman dos o tres figuras de prestigio que responden

al punto de vista del medio y se las interroga sobre las reformas tributarias, supongamos; junto a ellos, para hacer una demostración de imparcialidad, se coloca a un oscuro funcionario, escasamente conocido y cuyas opiniones hallarán un eco muy precario en la opinión pública.

Por último, están los silencios de la prensa. Los medios pueden poner una lápida de olvido sobre un personaje o una institución y liquidarlo como figura pública, sean cuales sean sus méritos. No importa que, años después, cuando la obra de esa persona o institución se haya impuesto con el tiempo y ésta haya muerto, el mismo medio se convierta en abanderado del rescate de «ese gran valor nacional».

Criterios profesionales

El Instituto Internacional de la Prensa promovió, a raíz de la publicación del trabajo de Robert Thompson sobre las restricciones informativas de la Casa Blanca durante la crisis de los cohetes, un debate que se realizó en Estocolmo, en octubre de 1963. Allí intervinieron como principales ponentes Edward Barrett, exdecano de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia; Alastair Hetherington, redactor del *Guardian* de Manchester, y Terkelsen, del *Berlingske Tidende* de Copenhague. Además de ellos intervinieron otros periodistas y profesores de periodismo. El objeto del debate fue el de precisar criterios profesionales sobre las restricciones impuestas por los gobiernos a la libre circulación de informaciones, tanto en tiempos normales como en épocas de crisis.

Barrett resumió el criterio más o menos generalizado entre los periodistas allí reunidos, en los siguientes términos⁶⁴:

[64]_ BARRETT, Edward: «La presse aux prises avec l'information dirigée». *Cahiers de L'IIP*, Nos. 5 y 6, 12e année, pp. 14 y 15, septiembre-octubre de 1963, Zurich, Suiza.

La guerra fría justifica las limitaciones impuestas por los gobiernos, concretamente el de Kennedy, a las corrientes informativas. En este sentido, recoge la distinción que hizo Lester Merkel entre tiempos normales y tiempos de crisis, a que aludimos antes. Asimismo, asume una posición similar a la James Reston cuando increpó a sus colegas norteamericanos por criticar a Sylvester y los exhortó a respetar las imposiciones del «interés nacional».

Sin embargo, Barrett condena la noticia prefabricada, el globo de ensayo, como práctica peligrosa. Defiende el derecho del reportero a estar en el teatro de las operaciones, en el caso de un conflicto armado, con una sola salvedad: si está en un barco que, a juicio del capitán, corre peligro, debe abandonar el escenario. Critica en forma categórica la política militar sobre secretos. La responsabilidad en la preservación de los secretos militares —dice Barrett— corresponde a los funcionarios, no a los periodistas. Agrega que cuando un periodista se entera de un secreto militar, es porque el enemigo lo sabe hace tiempo. La prensa no debe autocensurarse. Sólo justifica la centralización de informaciones en momentos de crisis muy agudas. Desde su punto de vista, las contradicciones entre los diversos funcionarios y oficinas gubernamentales, propias de la descentralización informativa, permiten al público tener una idea cabal de la marcha de la administración.

Como se ve, un criterio muy elástico, muy pragmático. Hace un saludo teórico a las banderas de la profesión, pero se cuida de recalcar que ellas sólo pueden flamear libremente en tiempos normales. Para los tiempos de crisis, la responsabilidad pública del periodista señala un solo camino: respeto para el interés nacional, la seguridad del Estado y la seguridad de la nación. Reston indica que fue el presidente Johnson el hombre que formuló de una manera elocuente este criterio: no debe haber debate sobre cualquier proyecto estratégico del gobierno para no

dar armas al enemigo; tampoco se debe debatir una vez aprobado porque entonces se proyectaría la imagen de una sociedad dividida, cuando es indispensable ofrecer la imagen de un pueblo unido.

En este sentido, los periodistas norteamericanos admiten en el fondo la autocensura. Cuando Kennnddy propuso reconstituir la oficina de prensa que funcionó durante la Segunda Guerra Mundial como vínculo entre el gobierno y la prensa, para esclarecer dudas acerca de la publicación de noticias sobre materias estratégicas, editores y periodistas rechazaron vigorosamente la idea como algo nocivo. Sin embargo, el camino escogido conduce al mismo fin.

Alastair Hetherington expuso, como mecanismo alternativo, la experiencia británica de la «Notice-D». El sistema consiste en un organismo bipartito —prensa y gobierno— que regula las relaciones entre ambas entidades y hace recomendaciones acerca de la conveniencia o de los peligros de publicar determinadas informaciones de carácter militar o científico. El organismo está integrado por 14 personas, de las cuales diez representan a la prensa y 4 a las dependencias militares del Estado: Almirantazgo, Defensa Nacional, Aviación y Ejército. Un secretario perpetuo, un almirante retirado, está a la disposición de los medios las 24 horas del día para evacuar consultas o para convocar a reuniones. Las recomendaciones del organismo son enviadas a los medios en una especie de carta confidencial que recibe el hombre de «Notice-D». No son obligantes. Si un medio considera que debe publicar lo que allí se recomienda no hacer, simplemente lo hace y se expone a las sanciones que estipula la ley de seguridad del Estado. Hetherington recordó en la reunión de Estocolmo que su periódico, el *Guardian*, desafió en varias oportunidades los consejos de la «Notice-D» y no le pasó nada. Agregó, por último, que el concepto de secreto tiene una limitación en Inglaterra. Cuando los asuntos son tratados en la Cámara de los Comunes

dejan de ser secretos, por cuanto el parlamento es la representación del pueblo, es decir, del público.

En Venezuela no se ha discutido a fondo, con seriedad, este conjunto de problemas. Desde luego, siempre se ha rechazado la intromisión de los gobiernos en la circulación de informaciones, así como las interferencias que afectan a los reporteros en su trabajo. Se ha condenado también la agresión que las fuerzas represivas gubernamentales cometieron contra periódicos y periodistas, especialmente en los años 60. Y, por supuesto, cada iniciativa de un gobierno, cualquiera que sea, para intervenir en el campo de la información en competencia con el monopolio privado que allí predomina, es señalada como un gesto sectario, ventajista, destinado a dañar el juego democrático.

Pero tales despliegues, la mayoría de ellos retóricos, no apuntan a los problemas que hemos planteado como típicos de la información dirigida, como lo indicamos al observar la conducta esquizofrénica del gremio ante las oficinas de prensa gubernamentales. Por otra parte, las dimensiones mismas del Estado venezolano, cuyo peso en el juego mundial de poderes es muy escaso, no da lugar a confrontaciones tan dramáticas como la originada por la crisis de los cohetes en los Estados Unidos. Sin embargo, dentro de nuestras propias escalas, los problemas fronterizos, los derechos humanos y la conducción de la política petrolera podrían dar lugar a definiciones conflictivas, aunque realmente la naturaleza excesivamente dócil de nuestros medios de comunicación hace difícil pensar en situaciones de esa índole.

En los últimos meses, por lo demás, al influjo de los planteamientos de la Unesco y de algunos estudios sobre las comunicaciones en Venezuela —entre ellos el proyecto Retelve— se ha producido en los profesionales de mentalidad crítica una tendencia marcada a apoyar y aun estimular la formulación de políticas comunicacionales por parte

del gobierno. Se llega, incluso, a la proposición de instrumentos de información que en otros tiempos hubieran sido condenados, tales como la Agencia Nacional de Noticias y la Agencia Latinoamericana de Noticias, destinadas por una parte a contrapesar la influencia del monopolio privado comunicacional y, por la otra, a independizar al país del vasallaje informativo impuesto por las agencias transnacionales de noticias.

Tales tendencias han sido duramente calificadas y combatidas por los organismos representativos de los empresarios de la comunicación: Bloque de Prensa, Cámara de Radio, Cámara de Televisión, ANDA, Fevap. Se califica de totalitarios tales proyectos. Hasta cierto punto, han tenido éxito. El gobierno ha retrocedido en las últimas conferencias de la Unesco, especialmente en Nairobi. Pero con la creación del Ministerio de Información, con los dos canales de Televisión y la planta de radiodifusión en proceso de reacondicionamiento, más las múltiples iniciativas desarrolladas en beneficio de la prensa de provincia, el Estado venezolano está cimentando calladamente un aparato informativo, por lo menos a nivel estructural. El problema, por ahora, es la calidad y la variedad de los mensajes. Allí está el punto crucial.

Pero, insistimos, estos problemas no han sido discutidos a la luz de los peligros y de las bondades que encierra la información dirigida. Mucho menos desde el punto de vista de los compromisos que Venezuela está asumiendo como país petrolero de primer orden en la esfera de las relaciones internacionales. He allí un punto que deberá ocupar la atención de los estudiosos de la comunicación social en los próximos años.

Apéndice «A»

En estos dos despachos cablegráficos se aprecia claramente que la interpretación no es un problema de extensión sino de enfoque, de tratamiento. Latin se limita a la presentación de las circunstancias actuales: renuncia, declaraciones y datos inmediatos. No existe la búsqueda de causas, ni tampoco de las posibles consecuencias del acontecimiento. En el texto de la AP, desde el mismo encabezamiento se define la significación del asunto con una simple descripción: «...reemplazando al duro líder tejano con un economista de tendencias liberales». Más adelante se presentan los antecedentes de Connally y de Schultz y con ese procedimiento se le ofrece al lector toda una rama de los cambios posibles que se derivarán de la sustitución de uno por el otro, especialmente para América Latina. En resumen, juega con el contexto, con las causas y con la proyección del suceso.

Renunció Connally
a la Secretaría
Norteamericana
del Tesoro

Considera que su sucesor, George P. Shultz, aflojará la dureza financiera de EE.UU. en América Latina

Washington, 16
(LATÍN)

El Presidente Richard Nixon anunció hoy la renuncia del Secretario del Tesoro, John Connally, el único miembro demócrata de su gabinete republicano.

Nixon informó que en su reemplazo será designado George Shultz, director de la Oficina de Administración y Presupuesto.

Connally se desempeñó como Secretario del Tesoro por espacio de 15 meses.

El Presidente manifestó a los periodistas que luego de regresar de su visita cumbre a Moscú, anunciará alguna asignación temporaria para Connally.

El mandatario dijo que Connally, ex Gobernador de Texas, permanecerá en el Tesoro hasta que Shultz sea confirmado por el Senado.

Nixon agregó que designará a Casper Wemberger, Vicedirector de la Oficina de Administración y Presupuesto, para ocupar el puesto de Shultz.

Connally, cuyo nombre fuera mencionado como posible candidato Vicepresidencial con Nixon en las próximas elecciones de noviembre, manifestó que no tenía planes inmediatos y en los próximos meses proyecta tomarse un descanso.

Señaló que la política no influyó en su decisión de abandonar el cargo, puntualizando —como lo hiciera el Presidente— que había accedido a colaborar con Nixon por un año, y extendió ese período debido a las difíciles negociaciones internacionales que culminaron en diciembre con un realineamiento de las principales divisas mundiales.

Interrogado sobre si integraría la fórmula presidencial como Vicepresidente en caso de pedírsele Nixon, Connally replicó: «No quiero entrar en este tipo de especulaciones en estos momentos».

«Reiteradamente he manifestado que no tengo aspiraciones», agregó.

Washington, 16 (AP).

El Presidente Nixon anunció hoy la dimisión del Secretario del Tesoro, John B. Connally, reemplazando al duro líder texano con un economista de tendencias liberales.

El cargo recae en el actual director de Presupuesto, George P. Shultz, que encabezó la mayoría que en 1969 recomendó la abolición del sensitivo programa de cuotas para importación petrolera, en una discutida decisión. Nixon pasó por alto ese dictamen para acceder sólo a una gradual liberación del acceso de los crudos externos.

Se anticipa que la llegada de Shultz a la Tesorería facilitará las cruciales negociaciones monetarias con los grandes países industriales y un aflojamiento en la dureza financiera hacia la América Latina.

En medios latinoamericanos se le consideraba el exponente del rigor que se observó durante los 18 meses que estuvo al frente de la Tesorería hacia los países envueltos en controversia por la nacionalización de empresas norteamericanas.

En la despedida, Nixon reconoció que Connally no siempre había ganado el aplauso de los aliados de este país.

«Se levantó ante ellos con fervor norteamericano», manifestó, «Pero se le respetaba».

En apoyo de esa idea citó las expresiones del Ministro británico de Finanzas, Anthony Barber, en el sentido de que sin el impulso de Connally no hubiese sido posible dar en diciembre pasado una solución temporal a la crisis monetaria.

Connally fue el arquitecto de las medidas económicas, entre ellas el abandonado recargo arancelario del 10 por ciento, que forzaron esa situación. Nixon dijo que Shultz «tiene una gran capacidad en los asuntos públicos».

Apéndice «B»

Hemos escogido este trabajo de K.C. Thaler, a pesar de los años transcurridos, porque consideramos que ilustra suficientemente sobre las posibilidades del periodismo interpretativo: tiene una estructura que responde a las exigencias de este método; hay en él un manejo acertado de las fuentes directas e indirectas y plantea problemas técnicos, explicados en el análisis, que conviene esclarecer. Representa asimismo un buen ejemplo de indagación en las proyecciones de un acontecimiento. Sus previsiones siguen siendo válidas 13 años después de escrito.

TÍTULO: «LAS ÚLTIMAS ACTITUDES DE CHOU PRUEBAN QUE EL ROMPIMIENTO DE PEKÍN CON MOSCÚ YA ES COMPLETO».

Origen: Despacho de UPI desde Londres, fechado el 18-1-64 y publicado en *El Universal* el día 20-1-64, página 7.

Redactor: K. C. Thaler

Encabezamiento

1º) «El distanciamiento ideológico que desde hace tiempo predomina entre Pekín y Moscú, constituye ya un rompimiento completo, aceptado por ambas partes, sin que prácticamente tenga probabilidades de arreglo».

(En este primer párrafo del encabezamiento, el periodista hace el planteamiento general que se propone desarrollar en la información: el rompimiento entre China y la URSS es definitivo).

- 2º) «De ahora en adelante, la China Roja y la Unión Soviética, bajo sus presentes regímenes, irán cada una por su lado, pues hasta los pasos que haya habido hacia una reconciliación —más de parte de Rusia que de China— han cesado».

(En este segundo párrafo del encabezamiento, el periodista insiste en la idea inicial y la refuerza con otro elemento: terminaron las gestiones de arreglo entre los dos países en disputa. Nótese, además, que el periodista introduce un elemento de ponderación, de expectativa, al señalar que el carácter definitivo del rompimiento se limita a la permanencia de «los presentes regímenes». Mediante este factor, el periodista se cuida de pronunciamientos definitivos, deja la puerta abierta a futuros arreglos en otras circunstancias y marca la transitoriedad de la ruptura).

- 3º) «Éste es el gran significado que la mayoría de los observadores diplomáticos ven en la actual gira africana del Primer Ministro chino Chou En Lai, y en su viaje marginal de una semana al único aliado con que cuenta Pekín en el continente europeo: Albania».

(El periodista ha dejado para este tercer —y último párrafo del encabezamiento— la referencia directa a la noticia que sirve de punto de partida al reportaje: la gira de Chou En Lai. Bien ha podido colocar esta referencia en el primer párrafo y el resultado habría sido similar. En este caso, se ha ido del planteamiento general a la referencia particular que lo documenta y consolida. En el otro caso, se hubiera partido de una referencia particular, actual, para sacar una conclusión general. Esto da una idea cabal de la flexibilidad de que se dispone en periodismo interpretativo para mover los elementos de la información. Con ello se evitan esquemas rígidos, clisés, que darían un carácter monótono a las notas).

Cuerpo documental

1º) Declaraciones de Chou en Lai.

«Chou no pudo haber destacado la determinación de Pekín de apartarse de Moscú más claramente que lo hiciera a principios de este mes, durante sus pláticas con el jefe albanés Enver Hoxha. Sus declaraciones conjuntas y separadas no dejaron lugar a dudas.

«En sus expresiones de despedida, Chou execró por igual a los ‘revisionistas’ (esto es, la política de Coexistencia del Primer Ministro Khrushchev) y a los imperialistas. Ambos, dijo el chino, son tigres de papel.

‘Solamente la revolución socialista —dijo Chou— puede resolver las varias contradicciones del mundo’, con lo cual impugnó directamente la tesis del Primer Ministro soviético».

Después de haber hecho el planteamiento central de su reportaje en el Encabezamiento, el periodista se dedica a documentarlo. Con muy buen sentido escoge los últimos pronunciamientos de uno de los bandos en disputa —las declaraciones de Chou En Lai. Primero hace un resumen general de ellas y concluye esta parte del reportaje con una cita textual, técnica que comunica fuerza y autenticidad a la referencia.

Testimonio de un experto

«Según Henry Shapiro, jefe de corresponsales de la UP en Moscú, decano de los corresponsales occidentales en esa capital, las palabras y acciones de Chou en su viaje han demostrado palpablemente que los chinos se proponen seguir un camino independiente de los rusos y que ya las perspectivas de reconciliación entre ambos son prácticamente nulas.

«Observadores informados en Londres —agrega Shapiro— y diplomáticos del Lejano Oriente que se encuentran en Europa están contestes del asunto.

«Chou —observa Shapiro— ha hecho patente que Pekín seguirá prestando oídos sordos a los repetidos exhortos de Jruschov para poner fin a las polémicas chino-soviéticas. Hay indicios de que los rusos están hartos de poner la otra mejilla y se cree que pronto responderán con un nuevo contrataque a los crecientes esfuerzos chinos por dividir el movimiento comunista internacional».

Observaciones

El periodista, luego de ofrecer el testimonio referencial directo de una de las partes, se vale de un testimonio autorizado indirecto para reforzar más sus planteamientos iniciales y, al mismo tiempo, para incluir nuevos elementos informativos que den consistencia a su tesis. En verdad, las opiniones de Henry Shapiro son siempre valiosas en todo cuanto se refiere a la política del mundo comunista. Thaler lo identifica inmediatamente —jefe de corresponsales de la UP en Moscú y decano de los corresponsales occidentales— a pesar de que Shapiro es un hombre suficientemente conocido. El testimonio tiene peso, por cuanto Shapiro lleva casi 30 años en Moscú. El periodista agrega, además, dos referencias valiosas en este caso particular: la opinión de los observadores de Londres —la capital inglesa es un centro muy autorizado en relación con la política china, porque fue Inglaterra el primer país occidental en reanudar relaciones con Pekín. Y la de los diplomáticos del Lejano Oriente en Europa. No puede considerarse como negativo el hecho de que no los identifique, por dos razones: a) él las utiliza solamente para demostrar que el criterio de Shapiro está bastante extendido, y b) los observadores londinenses son seguramente funcionarios de Foreign Office, a quienes debe lealtad. Los diplomáticos, por su parte, generalmente opinan con la condición de que sus nombres no sean revelados, por razones obvias. En esta parte del cuerpo de la información, Thaler

agrega un elemento más —el posible contraataque soviético— que refuerza su tesis de un rompimiento definitivo en lo inmediato.

Informaciones corroborativas

- a) «También Pekín, según las noticias que corren, proyecta una nueva ofensiva. Estas noticias dicen que china se prepara para establecer una potente radiodifusora en Albania para bombardear la Europa Oriental con sus propios conceptos ideológicos, a la vez que zaherir a Moscú. Esto resultaría algo así como la *Voz de China Roja* saltando por sobre las fronteras y atravesando la Cortina de Hierro, de la misma manera que la *Voz de los Estados Unidos* pregona su mensaje contrarrestando a Moscú».
- b) «Por otra parte, se cree que Moscú sigue considerando la convocatoria de una conferencia mundial de partidos comunistas para una confrontación final con los chinos. Shapiro informa que para ello se viene ejerciendo presión sobre Jruschov por comunistas cuya lealtad a Moscú es indudable, pero que temen los efectos de un rompimiento irreparable con China».

Observaciones

El periodista incluye finalmente dos planteamientos que refuerzan las proyecciones de su tesis inicial: la instalación de una emisora china en Albania y las dificultades para realizar una conferencia mundial de partidos comunistas. ¿Por qué refuerzan estas noticias la tesis del rompimiento definitivo entre China y la URSS emitida en el Encabezamiento? Veamos:

- a) Se supone que el establecimiento de una emisora china para «bombardear» a los países socialistas europeos con los puntos de vista chinos y para atacar a la Unión Soviética será una nueva fuente de roces

entre ambos gobiernos. La referencia comparativa a la *Voz de los Estados Unidos*, lejos de ser meramente anecdótica, tiene un carácter internacional bien marcado. La *Voz de los Estados Unidos* ha ocupado siempre un lugar destacado en las discusiones de paz entre la Unión Soviética y Norteamérica. Al introducir esta comparación, el periodista trata de proporcionar una imagen adelantada de lo que serán los efectos de esa emisora china en Albania.

- b) La sugerencia sobre las dificultades de convocar a una reunión mundial de partidos comunistas —atribuida nuevamente a un experto en asuntos soviéticos (Shapiro)— lleva la misma finalidad demostrativa: sin duda, una conferencia de este tipo, en opinión de muchos, serviría para decantar los asuntos en discrepancia. Sus resultados posibles podrían ser dos: arreglo o rompimiento definitivo. Su no realización deja el problema tal como está, en una fase de rompimiento de hecho que podría desembocar en un alejamiento definitivo en lo inmediato —«mientras duren los presentes regímenes»— pero con perspectivas de arreglo en un futuro no previsible.

Hemos visto, pues, un caso de Periodismo Interpretativo en el cual un periodista situado en Londres explica e interpreta el significado político de la gira de Chou En Lai. Hace planteamientos interpretativos en el encabezamiento y los refuerza con referencias testimoniales directas e indirectas, con noticias concretas y con rumores atribuidos a fuentes autorizadas.

¿Qué faltaría en este caso, de acuerdo con el esquema que hemos presentado? La conclusión. En este caso puede haber ocurrido una de estas dos posibilidades: 1) que haya sido mutilada en el diario, por razones de espacio; 2) que el periodista la haya considerado superflua, en virtud de los testimonios ofrecidos en el cuerpo de la información. No obstante eso, el reportaje habría ganado con un breve párrafo que

resumiera el planteamiento inicial, que redondeara la argumentación. Algo así como esto: «Las declaraciones de Chou, el criterio de los expertos y las noticias que salen de Moscú y Pekín indican que el alejamiento entre los dos colosos del mundo comunista tiende a incrementarse en los próximos meses».

Apéndice «C»

En este trabajo de Bryan Brumley, redactor de *The Observer* de Londres (*El Nacional*, página A-6, edición del 7/9/77) se presentan algunos detalles significativos en las técnicas del periodismo interpretativo. La principal de ellas es el peso que en el reportaje tiene la investigación. Se trata de un sólido cuadro de datos, prospectivas y señalamiento de planes concretos, que casi no dejan espacio para la elaboración analítica. Conviene subrayar esto porque tiende a generalizarse en Venezuela la creencia, errónea por demás, de que el periodismo interpretativo consiste en la simple especulación, en el mero comentario de un hecho o problema, sin que el periodista tenga la obligación de investigar por cuenta propia. La imposición de semejante tendencia convertiría al periodismo interpretativo en un trabajo parasitario, sin ninguna posibilidad de aportes originales y, desde luego, sin la existencia de un punto de vista legítimo que sólo puede emanar del contacto con las fuentes.

Por otra parte, atendamos a la tesis. La tesis general, tal como aparece en el título y en las conclusiones del trabajo, consiste en despejar una incógnita: si es posible que Irán pueda sostener el crecimiento industrial diversificado que proyectan sus líderes con los actuales recursos petroleros. No obstante el acopio de datos, llegamos a la conclusión sin una respuesta consistente. Sólo sabemos que el gobierno iraní, al contrario de lo que hacen otros países petroleros, está emprendiendo una vasta programación para diversificar mercados, para asegurar clientes y para orientar la explotación del petróleo hacia fines más productivos, como el de la industria petroquímica. Nada más.

Sin embargo, en la parte final del encabezamiento —que se inicia con una anécdota, es decir de lo particular a lo general— Brumley plantea una interrogante: «Por qué entonces Irán encabeza el reclamo mayoritario de la OPEP de un aumento del 15 por ciento en el precio del petróleo crudo?». Esta pregunta no encuentra una respuesta directa en el cuerpo del trabajo ni en las conclusiones. Pero el lector colige que el gobierno de Irán necesita dramáticamente incrementar los recursos derivados del petróleo para financiar sus ambiciosos planes. De este modo, esta tesis secundaria encuentra una respuesta de conjunto y no, como en el caso de la principal, concretamente formulada.

Irán a Marcha Forzada
Recursos del petróleo alimentan ramas
económicas que autosostendrán la
economía cuando éste se acabe

Teherán

Los iraníes suelen decir jocosamente que mientras la Compañía Nacional Petrolera Iraní (NIOC) es la corporación con mayores beneficios del mundo, es la más pobre en Irán. Sus ingresos van directamente a las bóvedas del Banco Central de Irán para constituir las tres cuartas partes de los ingresos totales del gobierno.

Los beneficios del petróleo y el gas alimentan en Irán un ambicioso plan de desarrollo destinado a garantizar que el país pueda autosostener su economía y su política cuando se acabe el petróleo. El Shah Mohammad Reza Palhevi advirtió varias veces que las reservas petroleras de Irán, estimadas en 64.5 mil millones de barriles, sólo durarán algunas décadas más, y quizás menos de 20 años.

El año pasado NIOC arrojó beneficios por 17.1 mil millones de dólares, más que las cuatro mayores corporaciones de Estados Unidos tomadas en su conjunto. Comparadas con las ventas totales de 19.6 mil

millones de dólares, esto significó un margen de beneficio del 89.9 por ciento. Paragonándolo con la Royal Dutch Shell, con ventas de 34 millones de dólares, el margen de beneficio fue de menos de 7 por ciento.

¿Por qué entonces Irán encabeza el reclamo mayoritario de la OPEP de un aumento del 15 por ciento en el precio del petróleo crudo?

Estrategia

La estrategia del gobierno en materia de petroquímica al igual que la del acero, cobre y otras industrias pesadas para la cual Irán está realizando importantes inversiones, está diseñada para proveer al sector de la empresa privada con las materias básicas que necesita.

El proyecto petroquímico más grande es la Compañía Petroquímica Japonesa-Iraní, una empresa mixta por tres millones de dólares en que los intereses japoneses están encabezados por Mitsui. El complejo, que ya se halla en vías de construcción en Bandar Shapur, sobre el Golfo Pérsico, entrará en operaciones, según lo proyectado, en 1979. Irán tiene proyectado exportar fertilizantes y plásticos de baja calidad.

Intereses iraníes y suizos están realizando negociaciones para establecer otro complejo petroquímico por 3 mil millones de dólares en el Golfo Pérsico para producir una variedad de productos de más alta calidad, incluyendo nylon.

Los ingresos del gas natural y el gas de petróleo líquido también están aumentando. «Hemos descubierto más gas natural que petróleo crudo en los últimos diez años», destacó Mostowti.

El gasoducto principal de Irán condujo el año pasado 327.7 mil millones de metros cúbicos destinados a la industria soviética en el Cáucaso. A su vez los soviéticos abastecen a Alemania Occidental, Francia, Australia, y Checoslovaquia de sus propios yacimientos ubicados mucho más al Oeste, por los cuales Irán obtiene pagos al contado.

La terminación del Gasoducto número 2 a principios de la década del 80 duplicará con creces las exportaciones a Europa a través de la Unión Soviética, en tanto un proyecto de obtención de gas natural a través de petróleo líquido tiene el propósito de abastecer al Japón.

Moderación

En primer lugar, iraníes prominentes como el ministro de Estado, Mohammad Yeganeh destacan que Irán es una fuerza moderada dentro de la OPEP. Irak y Libia, subrayó, pedían incrementos de precios del 25 por ciento o más.

En segundo término, de todos los más importantes exportadores petroleros de Medio Oriente, Irán tiene el menor ingreso petrolero per cápita, Arabia Saudita, con una población de siete millones de personas, tuvo ingresos petroleros totales de 26.7 mil millones de dólares en 1975, o sea, 10 mil dólares per cápita. Los 19 mil novecientos millones percibidos por Irán ese mismo año se repartieron entre casi 35 millones de personas, a cada una de las cuales correspondieron solamente 580 dólares.

El gobierno iraní está utilizando estos 580 dólares per cápita para construir la base industrial del país. NIOC marcó el camino en esta dirección cuando asumió el control total de la producción petrolera en 1973. En un esfuerzo por omitir los intermediarios, NIOC prosiguió una vigorosa política para impulsar sus ventas directas de crudo y productos de refinería.

Actualmente, ya las ventas directas suman más de la quinta parte de los cinco millones de barriles de producción diaria, y NIOC tiene el propósito de aumentar esta proporción hasta el 50 por ciento para 1980.

En 1976, una cantidad estimada del 40 por ciento de estas ventas directas de crudo fue Israel; sin embargo, este año se produjeron otros acuerdos de importancia con países de Europa del Este, Lejano Oriente y América Latina.

Mercado seguro

Un mercado seguro para las ventas directas son las refinerías en el exterior que Irán está construyendo con un sistema de empresa mixta. Ya existen refinerías y fertilizantes que operan en Madras, India, y en Suramérica. Otra está en construcción en Corea del Sur, en tanto se constituyó con Senegal una empresa mixta con el objeto de construir otra fábrica.

NIOC ha negociado durante tres años para asumir una mayor participación en el ENI, Ente Nazionale Idrocarburi, la compañía petrolera italiana de posesión estatal, que proveería a Irán de una vía de salida integrada a refinería y distribución en Europa.

Irán está creando su propia flota de buques tanques petroleros, y formó una empresa mixta con Brish Petroleum para perforar pozos en los yacimientos del Mar del Norte. Futuras inversiones de industrias derivadas podrían incluir a Alemania Occidental, Estados Unidos, Egipto y Marruecos.

La abundancia de gas natural y la perspectiva de reservas petroleras en disminución apresuraron a Irán a realizar fuertes inversiones en el sector de la industria petroquímica.

«Si la industria privada se arremanga y acelera su actividad todo lo que puede, los ingresos petroquímicos deberían equiparar a los ingresos petroleros para 1992», dijo Begher Mostowfi, presidente y director ejecutivo de la Compañía Nacional de Petrleo del Irán.

Evolución

Es demasiado pronto para decir si la estrategia de desarrollo iraní, será o no exitosa. A pesar de las postergaciones en la construcción de las plantas, los planes destinados a generar ingresos por petróleo, productos petroquímicos y gas están evolucionando. El petróleo y el gas producen ingresos equivalentes al 76 por ciento de los ingresos totales del

gobierno, una proporción que está disminuyendo lentamente debido a un sistema más eficiente de captación fiscal.

De los 49.2 mil millones de dólares de gastos totales del gobierno, 32 mil millones serán canalizados hacia empresas oficiales. Esto abarca industrias básicas y la actualmente deficiente infraestructura económica, particularmente en materia de transporte y capacidad de generación de energía eléctrica.

El petróleo seguirá insuflando crecimiento en las rentas nacionales, en su producción y desarrollo. Pero una pregunta que hoy los planificadores iraníes se formulan con mayor frecuencia es si este crecimiento asegurará un desarrollo autosostenido cuando las actuales reservas de petróleo estén agotadas.

Apéndice «D»

Este trabajo de James Reston, publicado en *El Nacional* del miércoles 7 de septiembre de 1977, es ilustrativo acerca de las técnicas del periodismo interpretativo.

En primer lugar, la escogencia del punto de partida. No selecciona ninguno de los grandes acontecimientos que han ocurrido en los últimos meses, sino un conjunto de pequeños problemas signados por una tendencia común: todos son indicativos de una situación crítica para el gobierno de Carter. Considerados en forma aislada, ninguno de ellos tiene el suficiente «punch» informativo. Pero presentados en conjunto, como si fuera una secuencia cinematográfica, logran un efecto preocupante.

Acude, en seguida, Reston al recurso de las relaciones con los elementos del contexto. Refiere los pequeños problemas que constituyen el núcleo de su trabajo con las grandes líneas de la política exterior norteamericana: viajes de Cyrus Vance, de Andrew Young y de Sol Linowitz a los centros clave de las tensiones internacionales. Estos movimientos ocupan, desde luego, las primeras planas de los grandes diarios, pero ninguno inquieta más al ciudadano común de los Estados Unidos que los «asuntos municipales» que presenta Reston.

En el cuerpo del reportaje, Reston maneja con extraordinaria destreza los elementos informativos derivados de las fuentes directas e indirectas. El planteamiento de la tesis, que fue formulada de lo general a lo particular, es reforzado con cifras, con datos concretos, con declaraciones de las autoridades competentes en cada área y todo ello es relacionado con

los esquemas generales de la política de la Casa Blanca. (El caso de los braceros y la política de Ray Marshall, secretario del Trabajo).

La conclusión hace hincapié en que ninguno de los pequeños problemas encontrará solución si no se traza una estrategia global de formación, tanto en el interior de los Estados Unidos como en los países que generan inmigración hacia Norteamérica. De ese modo, el reportaje, que comenzó con un planteamiento general, se cierra con otro planteamiento general, en este caso una proposición concreta.

Washington

Para la gente que debe gobernar este país, e incluso, para aquellos que informan y analizan las noticias, los acontecimientos del último día de agosto de 1977 en esta ciudad fueron casi suficientes como para pensar que la vida es un poco complicada. Por ejemplo, ese día:

—El secretario de Trabajo, Ray Marshall, anunció que el desempleo entre la población joven negra de los Estados Unidos este verano (hemisferio norte) —que llegó a casi 35 por ciento —fue el más alto registrado por ese departamento. En total, la desocupación juvenil, negra y blanca, fue de 15 por ciento.

—El mismo día un juez federal en Virginia ordenó al secretario Marshall y al Departamento de Trabajo que autorizaran la importación de unos 5.000 trabajadores extranjeros para recoger manzanas en nueve estados fronterizos del noreste, porque al parecer nosotros no hacemos nuestro trabajo. Marshall describió esto como «Un precedente alarmante».

—También el mismo día, el Departamento de Recursos Humanos del distrito de Columbia anunció que el año pasado hubo un tercio más de abortos legales en Washington que nacimientos —2.945 abortos contra 9.636 nacimientos— y que 57 por ciento de los abortos fue pagado por el Programa Federal de Asistencia Médica, que dejó de financiar tales abortos el mes pasado.

Titulares

Ésta no es una lectura muy entretenida de verano, pero mientras los titulares últimamente se han ocupado del secretario de Estado Vance en el Medio Oriente y China, y de Andy Young y Sol Linowitz tratando de evitar la guerra en Rodesia, Suráfrica y Panamá —misiones todas útiles— estas estadísticas de fines de agosto nos recuerdan que tenemos unos cuantos problemas enormes en casa.

También el último día de agosto de 1977, Amtrak (el último experimento del gobierno en transporte público) anunció que reduciría sus servicios en el tramo Washington-Filadelfia-Nueva York-Boston y aumentaría sus tarifas, porque si bien el pueblo estadounidense clama por más transporte público, no lo emplea lo suficientemente como para evitar un déficit operativo de 50 millones de dólares por año.

James Schlesinger, el nuevo jefe de energía tiene el mismo problema, al igual que el presidente Carter, sigue insistiendo en que existe una crisis energética en este país, que amenaza la libertad de la nación, y que tenemos que conservar el combustible y reducir el consumo. Pero hasta el momento las evidencias muestran que la mayoría de la gente no escucha los consejos ni reduce el consumo, y las importaciones de gas y petróleo están aumentando a ritmo alarmante.

Dilema y desafío

El dilema del secretario de Trabajo Marshall en el último día de agosto dramatiza el problema.

Enfrentado con una orden judicial para traer a 5.000 trabajadores extranjeros para recolectar manzanas mientras trata de poner a trabajar a millones de estadounidense desocupados, el secretario desafió la orden.

«Estoy profundamente preocupado» señaló. «La importación de este gran número de trabajadores extranjeros privará a unos 3.000 estadounidenses de puestos necesarios. Sé que los cultivadores prefieren

obreros extranjeros, porque los encuentran más dóciles que los domésticos. Pero con un desempleo de 6.9 por ciento —casi 7 millones de estadounidenses fuera de trabajo— ésta no es una consideración básica.

«Intentamos adoptar todas las medidas legales y administrativas a nuestra disposición para impedir que esa desafortunada orden sea llevada a la práctica», añadió.

Pero por supuesto, Marshall, que es uno de los más reflexivos y subestimados miembros del gabinete de Carter, va a perder. Porque para cuando él adopte «todas las medidas legales y administrativas» las manzanas se habrán podrido en los árboles. El problema es que el gobierno no tiene una política eficaz para poner a nuestros propios desocupados a trabajar en las plantaciones y al final habrá que importar trabajadores de México, Jamaica y otras partes, muchos de los cuales se quedaran en el país como residentes ilegales contra la política del presidente Carter.

Problema básico

El problema básico, que el gobierno de Carter ha tomado seriamente pero no ha resuelto aún, es cómo preparar a jóvenes estadounidenses desocupados, negros y blancos, y ponerlos a trabajar en aquellas tareas que evidentemente deben hacerse.

Y más allá de eso —un problema más difícil pero quizá más importante— cómo ayudar a México y nuestros vecinos del Caribe a mejorar sus economías para ofrecer empleo y mantener a su población en sus países.

Wayne Cornelius, profesor asociado de ciencias políticas en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, señaló después de muchos años de cuidadoso estudio de este problema, que los cientos de millones de dólares gastados en controlar las fronteras y atrapar a los residentes ilegales serían más eficaces si se gastarán en mejorar la economía de México y en ofrecer empleos para impedir que los desocupados crucen hacia el Norte.

El gobierno de Carter está trabajando en todo esto, dentro y fuera del país, pero es un embrollo endemoniado. ¿Qué hacer con el alarmante número de jóvenes sin empleo en los Estados Unidos? ¿Qué hacer con los trabajos que deben realizarse pero que nuestra población no hará? ¿Cómo enfrentar más abortos que nacimientos en la ciudad capital de la República, con o sin fondos federales para abortos?

Estas cuestiones obviamente confunden a los que toman las decisiones e incluso los críticos habituales deben simpatizar con sus problemas. Fue sólo un accidente que tantos dilemas emergieran el 31 de agosto de 1977. En cualquier otra semana o mes probablemente se podría haber encontrado el mismo catálogo de dilemas.

Apéndice «E»

Un Acto de Realismo Político Borra Vestigiosos del «Destino Manifiesto»

Adolfo G. Merino

Washington, 11 (UPI)

En un acto de realismo diplomático, en el que fue preciso hacer acopio de sensatez y paciencia, Panamá y Estados Unidos concluyeron anoche 13 años de difíciles negociaciones para borrar uno de los últimos reza-gos de la doctrina del «Destino Manifiesto».

De esta suerte, el presidente Jimmy Carter eliminó un punto de fricción con algunos gobiernos de América Latina y, sobre todo, un factor geopolítico en la lucha hegemónica en la cuenca del Caribe.

Las negociaciones tuvieron que abrirse paso por entre la encendida retórica de la última campaña presidencial, las maniobras diplomáticas clandestinas y hasta el drama. En 1964, estallaron sangrientos motines en Panamá donde 21 panameños perdieron la vida al tratar de reemplazar la bandera de Estados Unidos por la de Panamá y forzar su entrada en la zona del canal.

Dos años después, nuevos disturbios sacudieron a la pequeña república Itsmeña. El pretexto fue conmemorar la tragedia de 1964. Un desertor del Servicio de Inteligencia Checoslovaco (SICH) que prestó testimonio en el senado con el seudónimo de Lawrence Brit, declaró que los incidentes de 1966 fueron instigados y organizados por el SICH.

Nadie sabe quién mató en la ciudad de Colón al joven estudiante Juan Navas en la víspera de los disturbios de 1966. Pero esa fue la mecha que hizo estallar el polvorín.

El acuerdo sobre un nuevo tratado y su protocolo, significa un revés para la KGB (Comité de Seguridad del Estado) de la Unión Soviética, cuya estrategia en América es separar a Estados Unidos del resto del continente, según afirmó Brit en el senado. El declarante dijo que el SICH está bajo la dirección de la KGB.

Las negociaciones se estancaron en 1967, cuando los panameños rechazaron un proyecto de tratado que estimaron no tomaba en cuenta la soberanía de la nación. Las conversaciones prosiguieron, sin embargo, y tomaron nuevos impulsos con la declaración de principios firmada por el entonces secretario de Estado, Henry Kissinger, y su colega de Panamá, Juan Antonio Tack, para de nuevo entrar en el atolladero.

En setiembre de 1973, las negociaciones ingresaron en una nueva fase con la designación del veterano diplomático Ellsworth Bunker, para conducir las discusiones en nombre de Estados Unidos.

El protocolo del tratado concluido anoche, que trata la defensa militar por Estados Unidos de la estratégica vía acuática, lleva alivio a las inquietudes de los millares norteamericanos y muchos legisladores sobre el siempre omnipresente tema de la seguridad nacional.

La cuenca del Caribe siempre fue vinculada insoslayablemente a la seguridad de Estados Unidos, ahora amenazada con el establecimiento de un régimen comunista en Cuba dominado por la Unión Soviética y la instalación de una base rusa de submarinos en Cienfuegos, cuya línea vertical termina directamente sobre el canal.

La lucha geopolítica por la dominación de la turbulenta cuenca adquirió nueva importancia con la presencia física soviética y las retadoras incursiones de barcos de guerra soviéticos en el Caribe.

La preocupación norteamericana se ilustra de por sí con las giras en sólo dos meses por los países de la estratégica cuenca, de los cuatro más altos funcionarios diplomáticos de Estados Unidos y la primera dama Rossalyn Carter.

Empero, todavía Carter y el jefe del gobierno panameño, Omar Torrijos, tienen que remontar empinadas cuestas, particularmente el primero. El tratado y su protocolo deben ser ratificados por el Senado y la Cámara de Representantes y poderosas fracciones de ambos cuerpos colegiados son opositores resueltos.

Torrijos está satisfecho por la actitud adoptada por Carter en las negociaciones. Si el senado y la Cámara rechazan lo hecho, es posible que Torrijos enarbole nuevamente las amenazas de violencia, pero ello apuntaría no contra el Poder Ejecutivo norteamericano y sí directamente contra el Congreso.

No importa la dirección que asuma la violencia si es que llegara a estallar. Las fuerzas armadas norteamericanas estacionadas en la zona contestarían con la fuerza, para repetirse los dramas de 1964 y 1966.

El gobernante panameño prometió someter el proyecto de Tratado a un plebiscito. Lo que está por ver, es si Torrijos estará dispuesto a brindar amplias garantías de reunión y propaganda a los grupos que opinan que el tratado y su protocolo no satisfacen las aspiraciones panameñas.

Bibliografía general

CALVO, Jorge Raúl. (1970). *Periodismo para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Librería de las Naciones.

COPPLE, Neale. (1968). *Un nuevo concepto del periodismo*. México: Ediciones PAX. Librería Carlos Cesarman.

DÍAZ RANGEL, Eleazar. (1974). *Caracas: Síntesis Dosmil*. Caracas.

DOVIFAT, Emil. (1959). *Periodismo*. México DF: UTEHA.

EMERY, Edwin. (1966). *El periodismo en los Estados Unidos*. México, DF: Trillas.

FATTORELLO, Francesco. (1969). *Técnica social de la información*. Caracas: Ediciones de la Escuela de Periodismo de la UCV.

GOMIS, Lorenzo. (1969). *El medio media: La función política de la prensa*. Madrid: Seminarios y Ediciones.

KAYSER, Jacques. (1962). *Mort d' une liberté*. París: Ed. Plon.

KRECH, David, Richard S. CRUTCHFIELD y Egerron L. BALLACHEY. (1965). *Psicología Social*. Parte Primera: «El conocimiento. Factores básicos sicológicos». Madrid: Biblioteca Nueva.

LENIN, V.I (S/F). *Acerca de la prensa*. Moscú: Editorial Progreso.

LIPPMANN, Walter. (1964). *La opinión pública*. Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora.

MAC DOUGALL, Curtis. (1966). *Interpretative Reporting*. Nueva York: Mac Millan.

MARTINEZ ALBERTO, José Luis. (1974). *Redacción Periodística*. Barcelona, España: Ed. A.T.E.

SANTIBÁÑEZ, Abraham. (1974). *El periodismo interpretativo*. Santiago de Chile: Ed. Andrés Bello.

SCHAFF, Adam. (1974). *Historia y verdad*. México DF: Grijalbo.

SCHAFF, Adam. (1966). *Introducción a la semántica*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

SCHILLER, Herbert I. (1974). *Los Manipuladores de cerebros*. Buenos Aires: Granica Editor.

SCHILLER, Herbert I. (1974). *Comunicación de masas e imperialismo yanqui*. Barcelona. España: Gustavo Gili.

SELDES, George. (1959). *Los amos de la prensa*. Buenos Aires: Ediciones Triángulo.

SELDES, George. (1957). *Mil norteamericanos*. Buenos Aires: Ediciones Triángulo.

STEINBERG, Charles S. y BLUEM, Williamn (1972) *Los medios de comunicación social*. México DF: Ediciones Roble.

TACHAKHOTINE, Serge (1962) *Le viol des foules par la propagande politique*. París: Gallimard.

TAUFIC. Camilo (1973) *Periodismo y lucha de clases*. Santiago de Chil: Qui-mantú.

AAVV. (1966). *Enciclopedia del periodismo* Barcelona-Madrid: Noguer.

AAVV. (1972). *Historia mundial del siglo XX*. Tomo I. Barcelona, España: Vergara.

VOYENNE, Bernard. (1962). *La presse dans la société contemporaine*. París: Librairie Armand Collin.

WILL, George (1962) *El Periódico*. México DF: UTEHA.

XIFRA HERAS, Jorge. (1972). *La Información: Análisis de una libertad frustrada*. Barcelona, España: Editorial Hispano-Europea.

Fuentes hemerográficas

Cahiers de l'I.I.P. Bulletin mensuel de l' Institut International de la Presse. Zurich. Suiza.

Casa de las Américas. No. 77. La Habana, Cuba.

Diario *El Nacional*. Caracas, Venezuela.

Diario *El Universal*. Caracas, Venezuela.

El Periodista. Órgano de la Asociación Venezolana de Periodistas (hoy Colegio Nacional). Caracas.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-019-3

Depósito Legal

DC2021001566

Caracas, Venezuela, octubre de 2021

La presente edición de
LA INFORMACIÓN CONTEMPORÁNEA
fue realizada
en Caracas
durante el mes
de octubre de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

Dr. Humberto Salazar "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia". Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó "el equilibrio del universo". Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la "mayor suma de felicidad posible", de la "igualdad establecida y practicada" y de "moral y luces" para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional; a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



La información contemporánea Este libro sostiene que la pretensión de restringir la información al reporte de los "hechos" excluye el pensamiento del ejercicio del periodismo y lo aísla de la cultura. Esto responde a la utilización de las noticias como armas de guerra y a la visión de la comunicación como un producto industrial, que va consolidando la sociedad de la información dirigida. Y si esto tiene un fuerte impacto político a escala global, también tiene un efecto visible en la práctica concreta de producir los contenidos noticiosos: notas de prensa generadas por distintos medios en países diversos parecen escritas por una sola persona porque se atienen a un esquema único y reciclan despachos emitidos por dos o tres agencias internacionales sin ninguna contextualización.

Este "achataamiento" del discurso ha relegado la comprensión profunda de las cosas para dar paso "al predominio de lo anecdótico, de lo episódico en la captación de la realidad, ofreciendo así una imagen fragmentada e irracional del mundo", afirma Federico Álvarez al final de la década del 70 del siglo XX. Cuarenta años después, la realidad de hoy le da clara vigencia a este libro que va a las raíces de la reacción entre ideología y propaganda para cuestionar desde ahí el llamado periodismo objetivo, al que le contrapone una visión crítica del periodismo de interpretación.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

